

JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA
IMPRESIONES DE UN VIAJE A AMÉRICA

TOMO XI

DESDE EL 1o. DE DICIEMBRE DE 1883 AL 26 DE FEBRERO DE 1884

REGRESO A ESPAÑA

RESUMEN

De la Concepción a Cúcuta - Resurrección de una ciudad - El ferrocarril - Navegación del Zulia - El Catatumbo - El mar de agua dulce - Maracaibo - Velada literaria - El golfo - Otra vez Curazao- El Sr. Bethencourt - El capitán Watson - Cartagena de Indias - El Cabrero - Varios amigos - Colón - Las obras del canal - Panamá - El mar de Balboa - Vuelta a Colón - La bandera española - Travesía del Atlántico - Cádiz - Sevilla - El abrazo de mi madre.

VIAJE DE COLOMBIA A ESPAÑA

Carta a un amigo de Bogotá:

Mi querido amigo:

Algo he tardado en escribir a Usted, no por pereza ni por falta de voluntad, sino porque al regresar a la patria, después de 13 años de ausencia, la familia y los amigos absorben todos los momentos, y no puede hacerse otra cosa que sentir y recordar tiempos mejores, que es la manía de los seres humanos: encontrar lo pasado siempre mejor que lo presente, sin tener en cuenta que el juicio que uno forma tiene por base el sentimiento y la impresión puramente personales de que queremos que participen en absoluto la humanidad y hasta la Naturaleza.

En ésta y en las demás que le dirigiré en lo sucesivo, trataré poco de política, de la cual pienso vivir alejado; porque la política (aquí como ahí), esa fuerza de querer constituirse en panacea universal para la curación de todas las enfermedades que la sociedad padece, se ha convertido en una dolencia más, de síntomas mucho más dolorosos y de consecuencias más funestas que las de los otros males.

Siempre que pueda, me limitaré a darle noticias de los acontecimientos que influyan o determinen algún adelanto en las letras, en las artes, en las ciencias, en la industria o en el comercio; principalmente lo que juzgue que puede aplicarse de una manera más eficaz a los adelantos de Colombia, a la que mis numerosos y buenos amigos, como Usted me enseñaron a amar como a mi segunda patria.

Líbreme Dios de ser, como la mayor parte de los extranjeros que recorren un país, el pregonero de sus defectos, sin tener en cuenta ninguna de sus virtudes. El amigo leal, como yo me precio de serlo, y sobre todo si es miembro de la propia familia, procura poner el dedo en la llaga del hermano, pero no con el fin de enconarla, sino de llamar su atención para que trate de aplicar remedio. No fue otro el origen de las generales

simpatías que despertó en su favor *El Cachaco*¹, durante su corta existencia; y varios de sus pronósticos sobre algunos hombres y muchos acontecimientos que empezaban a desarrollarse, se han cumplido con una exactitud casi matemática.

Mi misión, que fue en Colombia inspirar amor hacia España, será en este viejo mundo desarrollar en lo posible el mismo sentimiento hacia la que fue para mí, casi por tres lustros, no sólo benévola y hospitalaria, sino afectuosa como la mejor de las madres; pues, si bien es verdad que en mi senda hallé como excepción alguna que otra espina, lo demás estuvo siempre para mí cubierto de flores, cuya suavidad me hizo olvidar en breve, y hasta cicatrizó las heridas causadas por los malignos y envenenados abrojos. Y ¡cosa particular! así como durante mi permanencia en Colombia me sentía yo más español que en España misma, así hoy, lejos de Colombia, me parece que soy más colombiano; y la poesía especial de las regiones equinocciales habla a mi imaginación y a mi sentimiento con voz más poderosa y enérgica que cuando ahí me encontraba rodeado de la atmósfera sutil de las empinadas cordilleras o del ambiente abrasador de los profundos valles y de las llanuras dilatadas y casi desiertas del Oriente.

Mientras doy la última mano a mis Impresiones de viaje en el mismo lugar que me vio nacer, en el seno de mi familia, que me prodiga todo género de cuidados y, sobre todos, las santas caricias de mi anciana madre, que tanto ha llorado en mi ausencia; mientras la primavera, este año lenta y perezosa, engalana los campos con sus preciosas flores, llenando el aire tibio y perfumado de todo género de armonías; mientras el Guadarrama desecha su manto de nieve, bajo el cual oculta el puñal alevoso con que hiere el pulmón de los confiados moradores de la coronada villa del oso y el madroño, escribiré a Usted de cuando en cuando lo que sepa de interesante.

Por hoy empiezo a remitir a Usted un ligero extracto de mi viaje último desde la Concepción de Santander hasta este lugar donde reposan las cenizas de mis abuelos, y donde Dios mediante, pienso dejar las mías con la esperanza de que nadie me las

¹ Periódico festivo publicado por el autor en Bogotá.

revuelva, y de encontrarlas, por decirlo así, más a la mano, cuando llegue la Resurrección de la carne.

SALIDA DE LA CONCEPCION

SÁBADO 1o. DE DICIEMBRE DE 1883

El mal estado de mi salud me obligó a abandonar esta población en que había permanecido por espacio de cuatro años al frente de un Instituto Agrícola, fundado allí por el gobierno de Santander y cuya dirección tuve a mi cargo.

Aunque salía con licencia del gobierno, y había hecho la promesa de regresar lo más pronto posible, mis amigos creían generalmente que al llegar a mi país natal, las afecciones de familia me impedirían el regreso. Consideraron, pues, mi despedida como definitiva; y aunque la mañana estaba fría y lluviosa, se empeñaron muchos en acompañarme hasta una gran distancia del lugar, y emprendimos la marcha a la una de la tarde.

Como a media legua de la población arreció tanto la lluvia, que supliqué a mis amigos que se volvieran al lugar; atendiendo a mis ruegos sólo los que se hallaban algo delicados de salud, y continuando los demás en mi compañía hasta El Cerrito, pueblo que se halla a dos leguas de distancia, a la orilla derecha del río Servitá, cuya margen pedregosa sigue el camino invariablemente desde nuestro punto de partida. Allí dije adiós a mis amigos, y hasta el fin de la jornada me acompañó sólo el joven cerritano D. Fructuoso Higuera, dueño de una propiedad llamada Corral falso, donde debíamos pasar la noche.

Por encontrarse el caserío ya cerca del páramo y con las pocas comodidades que generalmente ofrecen por allí las posadas, la noche fue algo molesta; pero tuvimos por compensación la buena voluntad con que nos fue ofrecido el hospedaje.

MARTES 2 DE DICIEMBRE

A las nueve de la mañana, después de dar al Sr. Higuera mi abrazo de despedida, y de enviar adelante mis sirvientes con las cargas de equipaje y las bestias de remuda, salimos en dirección del páramo con un frío bastante intenso, aunque habíamos tomado todas las precauciones posibles contra la temperatura glacial que reina en aquellas regiones elevadas.

El camino sigue siempre el curso del río, aguas arriba, por el fondo del valle, cubierto con los detritus de los cerros próximos, y donde por todas partes se ven peñones erráticos y pequeños cantos rodados de arenisca los unos y de caliza carbonífera los otros, cuya descomposición lenta pero continua, unida a la de los esquistos arcillosos que ruedan de las laderas, forman un suelo heterogéneo, sumamente fértil, donde los pastos son muy abundantes y nutritivos como lo demuestran los ganados que en ellos pacen. El cultivo se reduce allí a trigo y cebada, algo de papas y pocas leguminosas. El terreno, en su mayor parte, está adhesionado, porque el pastoreo produce mucho más que la agricultura.

Al pie de las últimas colinas, donde se pronuncia ya la subida al páramo, hay una venta llamada El Mortiño, que es estación forzosa para almorzar, pues en el páramo no se encuentra ningún género de recursos. Por desgracia era día de fiesta, y los dueños habían ido a oír misa al lugar desde muy temprano, no teniendo los sirvientes que ofrecernos sino el alimento usual de los peones cargueros y obreros pobres que por allí transitan, que es la mazamorra o engrudo de maíz, de que en otras partes he hablado. Por fortuna llevaba algún repuesto de fiambres y pudimos preparar el estómago para pasar el páramo y resistir la inclemencia de la brisa helada que en él sopla.

Poco después del mediodía coronamos la altura donde se divorcian las aguas, cayendo unas a la cuenca del Servitá y las otras al Chitagá por el lado opuesto. El suelo del páramo, por lo general arcilloso y cubierto en su mayor parte de una capa de humus

producida por la descomposición de los vegetales que allí crecen, apenas produce algunas gramíneas para alimentar un reducido número de ovejas; y en las depresiones, donde las lluvias van acumulando mayores cantidades de tierra vegetal, algunos helechos y arbustos de hoja mirtiforme y de muy poco desarrollo.

A poco de avanzar en el páramo, dejamos a la izquierda del camino y en la falda de un cerro una especie de anfiteatro, donde los cortes verticales de las rocas y la estratificación de sus capas simulaban las ruinas de un gran circo; como si la Naturaleza se complaciese en indicar al hombre que ella sabe ostentar hasta los más bellos tipos de las ruinas, que dan a las obras de los hombres el aspecto sagrado y venerable que toman éstas, cuando la mano del tiempo señala el paso de su acción niveladora a que nada resiste.

Sin otro objeto que llamase nuestra atención llegamos a la caída de la tarde a un lugar llamado Floresta. Allí encontramos una humilde posada donde nos dieron albergue y en cuyos potreros, sucios y abandonados, y por consiguiente estériles, soltamos a pacer nuestros animales.

LUNES 3 DE DICIEMBRE

Al salir de nuestra posada empezamos a descender por un plano ligeramente inclinado. La temperatura se eleva a medida que se descende, y el terreno más permeable y suelto por la mezcla de arenas cuarzosas de los conglomerados en descomposición de las regiones elevadas, producen ya vegetales corpulentos y vigorosas gramíneas, capaces de alimentar mucho ganado; pero la incuria de los propietarios deja crecer por todas partes los arbustos que se dan espontáneamente y que todo lo llenan, ahogando y destruyendo los pastos, que sólo se ven donde los arbustos no predominan.

Poco después del mediodía llegamos a Chitagá, población de unos tres mil habitantes, situada en una meseta a orillas del río que lleva su nombre. Su temperatura benigna,

que es ya de diez y siete grados, permite el cultivo de todas las plantas de tierra templada; pero sólo se cultivan algunos cereales, especialmente el trigo, que suele ser de muy buena calidad, aunque el cultivo es muy defectuoso.

Antes de llegar al pueblo encontramos un puente caído, lo cual imposibilita o dificulta por lo menos el paso en tiempo de lluvias y da una triste idea de los habitantes de esta comarca, que tan poco se cuidan de las vías de comunicación, siendo uno de los elementos de mayor interés para los pueblos. En el fondo del valle se ven grandes trozos de cuarcita y asoman de cuando en cuando el gueis y el granito abortado. A las dos de la tarde continuamos nuestra jornada, y a las cuatro y media llegamos a un caserío que se halla próximo a un puente cubierto de paja, sobre el mismo río Chitagá, cuyo nombre lleva también, y donde hay que pagar un crecido pontazgo, a pesar de que nadie se cuida de los caminos, que aun en tiempo seco están casi intransitables. Allí tuvimos que pasar la noche, en una vivienda poco confortable y próxima a un despacho de guarapo, en que hacían frecuentes libaciones un padre y un hijo con otros dos ciudadanos más, que de cuando en cuando salían a entretenerse y a probar sus fuerzas, dándose de bofetones, luchando a brazo partido, y rodando por el suelo, hasta que el afecto filial de tan extraña manera expresado, hizo caer al padre de espaldas sobre una piedra, contra la cual se fracturó la cabeza, y esto dio fin a aquella bronca semisalvaje, que indica perfectamente el género de educación que los hijos reciben y el poco respeto que por sus padres tienen.

A poco de haber tomado nosotros posesión de la única pieza disponible que había en la posada, llegaron a ella dos curas muy reverendos con dos jóvenes muy bien parecidas, montados los cuatro en sendas mulas y llevando en otras todo el equipo de viaje. Su ánimo era sin duda pernoctar allí; pero no habiendo encontrado habitación en que poder estar solos y con el recogimiento correspondiente a su estado, siguieron adelante.

MARTES 4 DE DICIEMBRE

Pasado el Chitagá se desarrolla una cuesta asperísima, hasta dominar un cerro que tendrá unos ochocientos metros de elevación, para descender luego a otro valle no menos profundo, por donde corre el río Cágota, que unido al Chitagá más adelante, sigue con él hacia las llanuras del Oriente. Los terrenos predominantes son los formados por detritus de conglomerados de arenisca y por consiguiente muy permeables. En algunos lugares se ven estratos arcillosos y fragmentos de caliza en descomposición más o menos avanzada, y a veces se encuentran también bancos de esquistos pizarrosos, que revueltos con los anteriores forman tierras bastante fértiles; sin embargo, el cultivo es casi nulo. La pobreza de la comarca está indicada por el miserable aspecto de las viviendas y de las gentes que las ocupan. El vestido sucio y muchas veces harapiento acusa una gran pobreza, y el ver a muchos niños casi desnudos, sentados a la orilla del camino para pedir una limosna a los pasajeros, mientras se entretienen en mascar y chupar algunas cañas de maíz, son signos seguros de la escasez de alimentación y de sus malas condiciones.

Cágota de Velasco, que tendrá unos dos mil habitantes y una temperatura media de diez y siete grados, ocupa la falda occidental de un empinado cerro y sus tierras son medianamente fértiles; pero escasea mucho el agua. Su cultivo consiste en algunos cereales.

MIÉRCOLES 5 DE DICIEMBRE

Después de una noche bastante fría por las malas condiciones de nuestra posada, salimos a las nueve de la mañana en dirección de Pamplona. Los campos que atravesamos, en su mayor parte incultos, se hallan a una gran elevación sobre el nivel del mar y su temperatura es fría y desapacible. En una extensión inmensa, apenas se ve de cuando en cuando alguna choza miserable y algún corto rebaño de ovejas custodiado por humilde pastora, aterida de frío, o por algún muchacho medio envuelto en su ruana burda, que va buscando de trecho en trecho matas en qué

abrigarse del viento que le hiela y a cuyo amparo poder recibir más de lleno un rayo de sol que lo abrigue y conforte.

En aquellos páramos se hallan hoy abandonadas las ricas minas de oro corrido que, explotadas por los pamploneses en los primeros tiempos de la Colonia, produjeron tantas riquezas, que los habitantes de la ciudad, creyéndolas inagotables, se entregaron a los mayores despilfarros del lujo por lo cual llegó la ciudad a adquirir el nombre de Pamplonilla la loca. Las célebres minas de Baja y Vetas han perdido hoy toda su importancia, que no dudamos volverán a adquirir, cuando se consagre a su explotación la inteligencia y los recursos que están demandando. En cuanto a la riqueza de toda aquella comarca, la indican muy bien los terrenos auríficos de Girón, arrastrados allí por la fuerza de acarreo desde la cumbre de los páramos donde las minas están situadas.

A la una de la tarde, sin dejar de subir cuestras más o menos penosas, coronamos el cerro que por el sureste domina la ciudad, y ésta apareció a nuestros ojos como un bellissimo panorama. El valle en cuyo fondo se asienta es muy profundo y de forma irregular. El sitio que la población ocupa es un llano, donde el valle toma su mayor ensanche, y el suelo es de sedimentos, donde abundan de tal modo las arenas micáceas, que los rayos del sol brillan como si la tierra estuviese sembrada de infinitas partículas de oro. Las calles en general son anchas y en ellas hay buenos edificios, que recuerdan las antiguas construcciones españolas; es capital del Obispado del mismo nombre; tiene seis o siete templos, un colegio de segunda enseñanza y un seminario.

La ciudad fue fundada en 1549 por Pedro de Ursúa y Hortún Velasco, y en la actualidad tendrá unos doce mil habitantes. Su temperatura media es de unos diez y seis grados, y su atmósfera frecuentemente cargada de nieblas o cubierta de nubarrones, hacen de ella una mansión poco apacible. Por medio de la ciudad corre el río Pamplonita, que se abre paso al través de las rocas que cierran el valle por el lado del sureste y que en tiempos remotos fue sin duda un extensísimo lago que cubría toda la parte inferior del valle, como el Funza la extensa llanura de Bogotá; hasta que

por ignorados cataclismos, las aguas de uno y otro depósito lograron abrirse paso rompiendo sus formidables barreras, para despeñarse el uno por el salto majestuoso e imponente de Tequendama, y el otro por el boquerón del sureste llevando su atormentado curso hasta las llanuras ardientes donde se reúne con el Táchira.

En Pamplona me detuve sólo el tiempo necesario para saludar a algunos amigos, y acompañado de uno de ellos, el Sr. doctor D. Isidoro Ortiz, continuamos nuestra marcha hasta descender a una temperatura de diez y nueve grados y encontrar una posada modesta donde pasamos una agradable noche.

Al salir por el boquerón que da paso al río Pamplonita, y por donde éste corre despeñado y clamoroso por un cauce irregularmente escalonado, se ofrecen a la vista del espectador los efectos sorprendentes de la fuerza incomprensible que levantó por aquella parte la andina cordillera. Los estratos de arenisca de un espesor prodigioso se hallan de tal manera dislocados, que en algunos parajes tienen una posición casi vertical, y en otras una inclinación de muchos grados. Al romperse con violencia aquellas densísimas capas y formarse la extensa grieta que constituye el valle que sirve de lecho al Pamplonita, han quedado en el fondo enormes peñones que obstruyen el cauce y forman continuas cascadas. De estos peñones hay algunos que visiblemente han sufrido un movimiento de rotación a impulso de las aguas, porque tienen muy gastadas sus aristas vivas, en señal de que no se han hallado expuestos a la misma causa modificadora, y por su misma dureza han resistido la acción de los agentes naturales que trabajan continuamente en la disgregación de los cuerpos. Debajo de aquellos estratos formidables y de una solidez granítica, asoman bancos de arcilla esquistosa y pizarras carboníferas sobre las cuales fueron depositándose en forma de sedimento y por espacio tal vez de centenares de siglos las arenas silíceas que, cementadas más tarde por diferentes sustancias, impregnadas siempre de óxido de hierro, formaron la densa costra horizontal que las fuerzas plutónicas tuvieron que romper para variar completamente la fisonomía de nuestro planeta.

JUEVES 6 DE DICIEMBRE

Como la temperatura era ya agradable en aquella región, salimos temprano, y pudimos soltar los abrigos, molestos siempre y embarazosos. Para que pudieran formarse una idea del gran cambio que en pocas horas se había verificado a nuestro alrededor, las personas que prácticamente no conocen la diferencia de temperatura, debida a la mayor o menor elevación del suelo en toda la zona intertropical, sería preciso que pasasen con la imaginación de un día frío y nebuloso de invierno a otro claro y espléndido, tibio y perfumado de la más agradable primavera. En la triste monotonía de las regiones paramosas, la Naturaleza parece condenada a un eterno mudismo; las plantas ofrecen pocas variedades; los pájaros no cantan o no existen; las aguas corren tranquilas y silenciosas por cauces someros, o salen filtradas a la superficie de la tierra por entre líquenes y musgos, y los seres racionales envueltos en ropas burdas se atreven apenas a separarse del hogar. En las tierras templadas y calientes, el aire dilata los pulmones; una naturaleza variada y espléndida sonrío por todas partes; revolotean y cantan las aves canoras, las aguas murmuran y el hombre se mueve sin pereza, alegre y risueño con el medio en que vive. ¡Qué diferencia tan grande, y a tan corta distancia! Casi no se puede comprender, si no se experimenta.

El camino para Cúcuta va siempre por uno u otro margen del río, que se pasa diferentes veces por puentes rústicos de problemática seguridad, estrechado muchas veces entre el cauce y los cortes verticales del cerro, de manera que cuesta trabajo que pase un animal con carga medianamente voluminosa. La formación geológica es idéntica en todo el valle; aunque en alguna depresión muy marcada de los vallecitos secundarios asoma alguna vez el granito o se ven trozos de caliza conchífera desprendidos de las alturas. La vegetación, tanto la espontánea como la artificial, es vigorosa, variada y bella; bordan las orillas del camino guarumos y balsos, ortigas arbóreas, melástomas de varias especies, corpulentas mimosas, dragos y algodóneros silvestres. Alrededor de las casitas, blancas ya y aseadas, extiende el plátano sus hojas anchas y lustrosas; abundan los naranjos y limoneros, el modesto chirimoyo de escasas hojas y grueso y agradable fruto, y el mango de tupido follaje y frutas

cordiformes; y donde las vegas se ensanchan un poco, las cubre el maizal o el plantío de caña de azúcar, principales bases de alimentación de aquellos moradores, viéndose también en las laderas las verdes arracachas, el yucal de oscuras hojas y tallo nudoso, el recto papayo y algunas cucurbitáceas, ya trepando a las ramas de los árboles o a las empalizadas de las cercas, ya formando en el suelo una tupida alfombra.

Como el valle se ensancha más a medida que se desciende, desde un lugarejo llamado el Chopo, que ocupa una meseta a la izquierda del camino, empiezan ya a encontrarse grandes pastales de pará y guinea, gramíneas que sirven de alimento a toda clase de animales; el camino sigue por un largo trecho el cauce del mismo río y empiezan a verse algunos cafetales abandonados y cubiertos de maleza. Allí vimos también un trapiche de cilindros de hierro verticales, movidos por mulas, que es ya un paso, aunque corto, dado en el progreso; pero en el plantío de cañas, que es de notable extensión, observamos la manía general y perniciosa en todos aquellos cultivadores de tener muchas más plantas que las que caben en el terreno, lo cual impide su desarrollo y la madurez completa del jugo por falta de luz y de aire, que tanto influyen en todos los fenómenos fisiológicos.

Al llegar a un punto en que el camino se bifurca, siguiendo un ramal estrecho y peligroso a la orilla del río, y dirigiéndose el otro por una empinada loma, a pasar por el pueblo de Chinácota, tomamos este último, tanto por evitar los inconvenientes del primero, como por visitar una de las poblaciones más importantes de aquella comarca. Antes de llegar, pasamos por vado una quebrada o riachuelo que lleva el nombre de Iscalá, y subimos luego a la alta meseta que el pueblo ocupa.

Tendrá Chinácota unos tres mil habitantes; su temperatura media es de veinte grados y su principal cultivo es el café, de que hay numerosas plantaciones, descuidadas hoy a causa de la depreciación del fruto, y cuyas cosechas han proporcionado por muchos años a sus moradores el bienestar y la abundancia. Las casas en lo general están bien construidas, aunque muchas de ellas se ven deterioradas por el último terremoto de Cúcuta. Alrededor del pueblo hay muy buenos pastales cercados de piedra suelta,

donde se alimenta mucho ganado, y a pesar de su actual decadencia, es una de las poblaciones de más elementos de vida entre todas las del contorno.

En la casa en que nos alojamos se hospedaba también una orquesta ambulante de músicos italianos, que suelen pasar a aquel continente en grupos más o menos numerosos y que abandonan luego su primitiva profesión para dedicarse al comercio u otra industria más lucrativa.

Como llegamos temprano, dimos una vuelta por el pueblo, cuyas calles en lo general están bien empedradas y tienen aceras; en la plaza principal se halla en vías de reconstrucción el templo que fue derribado por el terremoto de 18 de mayo de 1875, y observamos en casi todas las casas de las afueras explanadas o patios perfectamente pavimentados para secar el café, lo que es indicio de lo generalizado que está allí tan importante cultivo.

VIERNES 7 DE DICIEMBRE

A las ocho de la mañana nos pusimos en camino, siguiendo hasta el borde de la meseta por entre portales y plantíos de caña de azúcar y bajo la sombra de bellísimos cámbulos, que por todas partes se levantan. Bajamos después por una cuesta pedregosa a las orillas del Pamplonita, que lleva ya un caudal de aguas respetable, y lo pasamos por un puente de un solo arco de ladrillos de medio punto, construido en tiempos de la colonia. Llámase este puente de la Donjuana, nombre paradójico que recibió de una mujer de aspecto y costumbres varoniles, que residía en un caserío próximo. En aquel lugar tuvo su desenlace en 1877 una de las muchas contiendas civiles que han ensangrentado el suelo de Colombia y aún se ven blanquear algunos huesos de las muchas víctimas inmoladas allí en aras del furor político. De los sirvientes que me acompañaban, tres habían sido actores en aquella fatal contienda, y ellos me señalaron los lugares en que se habían ejecutado los principales hechos de aquella tremenda jornada.

Al otro lado del puente hay una llanura ligeramente ondulada y en ella un edificio que es a la vez casa de labor y posada para los transeúntes. En la parte más próxima al río y al frente de la casa había sembrado un tabacal en tan pésimas condiciones de cultivo, que los dueños podían prometerse muy poco de sus productos. La langosta, que se había estacionado allí desde dos años antes, había causado daños enormes en todas las cementseras, sin perdonar ningún género de plantas.

Después de almorzar continuamos nuestro camino por colinas incultas y pedregosas cubiertas de espinosos arbustos, útiles sólo para alimento de las cabras. Más tarde volvimos a la orilla del Pamplonita, cerca del cual pasamos por un peligrosísimo desfiladero, entre rocas enormes y el profundo cauce del mismo río. La vegetación adquiere ya todo el carácter de las tierras calientes: donde hay humedad, se levantan copudas ceibas y gigantescas mimosas; donde aquella falta, sólo se ven espinos y cactus de diferentes especies que se enseñorean del terreno. En las veguetas que el río forma se ven algunos limoneros, naranjos y mangos y alguna que otra palmera.

En un lugar llamado el Moro, donde hay una venta y posada, el camino vuelve a bifurcarse: el de la derecha atraviesa el Pamplonita por un vado, y sigue por una llanura de aluvión moderno hasta cerca de Cúcuta; el otro vuelve a separarse del cauce; sigue por colinas detríticas de arenisca arcillosa muy impregnada de óxido de hierro y desciende luego a una vega en la cual hay algunas haciendas de cacaotal que rinden muy buenos productos.

A la caída de la tarde llegamos a una de estas haciendas, que a la vez es venta y posada, donde nos propusimos pasar la noche.

La hacienda, que lleva el nombre de Santa María, se compone de tres edificios: la venta y un gran cobertizo, cerca de la vía pública; una linda capillita en el centro de un gran patio rodeado de mangos, y en el otro frente una modesta casita para los dueños de la hacienda.

Al llegar nosotros, un mono araguato suspendido de las ramas de un mango, excitaba la hilaridad de los peones de la hacienda, que habían dado de mano a las labores del día, y rodeaban al mono aplaudiendo su agilidad, y queriendo algunos imitar sus contorsiones. ¡Quién sabe si aquel espíritu de imitación tendría algo de reminiscencia y los hombres aquellos estarían más cerca del mono que lo que generalmente se supone! Nosotros nos acercamos también movidos por la curiosidad, y en esto se aproximó una de las señoras de la casa que me proporcionó una sorpresa muy agradable. Era una conocida antigua, a quien había tenido el gusto de tratar algunos días en Bogotá, y que me conoció antes que yo a ella. Desde aquel momento todo estuvo franco para nosotros; y sus hermanos, jóvenes apreciabilísimos, así como toda la familia, se esmeraron en obsequiarme. No habiéndoles querido aceptar para mi habitación parte de su casa, para no producir en ella un trastorno, máxime siendo ya tan agradable la temperatura, aun a campo raso, me improvisaron entre todos debajo del cobertizo una especie de tienda de campaña, donde pasé muy bien la noche.

SÁBADO 8 DE DICIEMBRE

A las seis de la mañana salimos de Santa María para Cúcuta, acompañados de una de las señoras y el mayor de sus hermanos, hombre sencillo pero de muy buen juicio y de la suficiente instrucción, sobre todo en agricultura, para satisfacer cuantas preguntas se me ocurrió hacerle sobre los cultivos de la localidad y sus productos.

Desde la hacienda a la población habrá unos quince kilómetros. El camino sigue por la falda de las colinas, de igual aspecto y formación que las anteriores, que van a terminar en las vegas del río, cubiertos de numerosos cacaotales, protegidos por la sombra de cámbulos y ceibos y regados por las aguas del Pamplonita, llevadas allí por un cauce artificial desde una larga distancia.

Antes de llegar a Cúcuta vuelven a presentarse al descubierto, y cerca del camino, los estratos dislocados de la roca arenisca que forma la armazón de aquel ramal de la cordillera; pero no ya cementada por sílice como en las cercanías de Pamplona, sino

por una sustancia arcillosa con mucho óxido de hierro que da a la mayor parte de los estratos el aspecto y la consistencia del asperón rojo y facilita mucho su laboreo para los trabajos de arquitectura.

A la entrada de la población hay un puente de mampostería con una de sus extremidades formada de maderos. Desde allí empieza ya el poblado y el valle se ensancha hacia el Occidente. Las primeras casas son de aspecto pobre, formadas de madera y barro y están habitadas por las clases más ínfimas. Allí empiezan ya a verse las ruinas de los edificios derribados por el terremoto, y sobre ellas y en cobertizos improvisados viven algunas familias indigentes. Más adelante siguen todavía los montones de escombros que produjo la misma catástrofe, y entre ellos se vuelven a levantar las nuevas viviendas, dando a las calles mayor anchura y construyendo las casas de un solo piso, con maderos entramados y con las condiciones necesarias para que su misma falta de solidez les sirva de garantía contra nuevos y muy probables accidentes.

La ciudad de San José de Cúcuta, muy próxima a los límites de Colombia con Venezuela, está situada en un clima ardiente, de 27 grados de temperatura media y a una altura de 360 metros sobre el nivel del mar. El valle en que se asienta, que forma un semicírculo irregular, es un valle eruptivo. Probablemente siguieron a aquella erupción corrientes poderosas que acarrearón los suficientes materiales para rellenar el hueco que la erupción había dejado, y las aguas continuaron en posesión del valle, convertido en lago más o menos profundo, como lo acreditan las muchas piedras rodadas que por todas partes se encuentran; hasta que roto el dique que las sujetaba, huyeron, probablemente por el cauce actual del río, y el valle quedó al descubierto. Esto mismo se observa en el desagüe de todos los lagos andinos y en la formación de su fondo sedimentoso, convertido hoy en llanuras más o menos fértiles, según que ha sido mayor o menor la fuerza de acarreo de las aguas, antes de haberse consolidado completamente su suelo.

Siguiendo nuestra hipótesis y apoyados en el hecho de que allí se sienten con lamentable frecuencia grandes ruidos subterráneos y temblores más o menos intensos, creemos que a la depresión del valle por su parte superior corresponde una cavidad de la costra sólida del globo por la parte inferior, donde los gases producidos por el fuego central trabajan con ahínco en busca de la salida hacia el exterior, y no pudiendo vencer la resistencia, dirigen su corriente hacia los volcanes más próximos, produciendo a su paso los movimientos sísmicos que de cuando en cuando se notan y amenazando con nuevas y más terribles catástrofes un suelo trabajado tan continua como tenazmente.

Fui a hospedarme al hotel Santander, uno de los mejores de la población, donde recibí la visita de muchos amigos.

Al recorrer las ruinas que se hallan hacia el Sur de la población actual, se ve todavía parte de las paredes de los principales edificios, y aún se distingue la dirección de las antiguas calles entre los escombros cien veces revueltos por la piqueta y el azadón de los que durante algún tiempo tuvieron por único oficio buscar el dinero, enterrado con sus poseedores en la repentina catástrofe (18 de mayo de 1875).

Conservando yo algunas fotografías de la población antigua, pude hacer comparaciones en que la ventaja está de parte de la moderna. En las anchas y rectas calles de que hoy se compone la ciudad, se ven muchas palmeras de coco, tamarindos, mangos y otros árboles que ocupaban antes el interior de algunas casas, y que, con el nuevo trazado, han venido a quedar sin concierto ni orden en medio de la vía pública, conservándolos tal vez en ella por un recuerdo respetuoso. Al pie de uno de aquellos árboles, que nos designaron, se hallaba sentado el padre de una numerosa familia que quedó toda sepultada por el terremoto, salvándose el jefe de ella por aquella casual circunstancia.

Entre los edificios públicos actuales sólo hay tres que merezcan mencionarse: el templo católico, que es de una arquitectura común y sin carácter determinado y que

tanto puede servir para templo como para salón de baile; el teatro, que no pudimos ver por hallarse fuera de la población el encargado de las llaves; pero que por el exterior, por su aislamiento y capacidad parece bien apropiado a su objeto; y por último la aduana, que es un edificio de hierro con las condiciones necesarias de comodidad y capacidad, construido en Norte-América y colocado allí por contrato de un particular con el gobierno.

Los alrededores de Cúcuta, excepto por la parte del río, donde tiene el riego de una acequia que del mismo se deriva, son en extremo áridos, y no hay en ellos otra vegetación que algunos espinos raquíuticos, cactus espinosos y algunas euforbiáceas enanas, cuyo tipo es el papayo silvestre. En las colinas próximas, donde los materiales de aluvión no cubren el suelo, asoman en posición vertical los estratos alternados de esquistos arcillosos de color plumizo con las vetas de la misma arcilla muy impregnadas de óxido y carbonato de hierro.

La disposición de aquellas capas está indicando lo portentoso de la fuerza que produjo aquel trastorno, fuerza que todavía continúa obrando, aunque en menor escala, y que tal vez anuncia al hombre algún nuevo y terrible movimiento geológico.

A pesar de esto, tan poderosa es la fuerza de la costumbre; tanto el amor al suelo donde se nació y tan irresistible el vínculo de los intereses creados, que los mismos que perdieron allí su familia y una gran parte de su hacienda; los que lograron salvarse de los estragos del último terremoto, por casualidad o por designio oculto de la Providencia, a pesar de los ruidos subterráneos casi constantes y de la trepidación del suelo tan frecuente, edifican sus nuevos hogares sobre los escombros de los antiguos con la indiferencia más estoica y la confianza más completa.

Impresionado yo por aquel cúmulo de circunstancias, que evocaban en mi espíritu ciertas ideas de que hablé a algunos amigos, éstos me rogaron que consignara mis impresiones en una poesía y se la dejara como recuerdo. Entonces escribí la que va a

continuación, que fue publicada en un periódico de la localidad y circulada muy profusamente.

A CÚCUTA

Cual sacude su víctima iracundo,
En su febril anhelo,
Con saña destructora,
El tigre que en sus garras la devora,
Y luego, de la lucha fatigado,
Sobre los restos del festín se duerme
Con la boca entreabierto y jadeante,
Y en letárgico sueño sumergido,
Contrayendo sus miembros vigorosos,
Lanza de cuándo en cuándo algún rugido,
Así se agita y rebullir se siente
A tus pies, en el cóncavo profundo,
La inmensa mole de materia hirviente
Que removi6 tu suelo
Sin compasi6n ni pena por tu duelo
Y al humano clamor indiferente.

Como el F6nix del mito,
Que una existencia nueva
En la virtud de sus cenizas halla,
Lo cual quiere decir: que en la batalla
Del ser, en lo infinito,
Nada perece y todo se renueva,
Así t6, al mismo tiempo que enjugabas
Con una mano tus dolientes ojos,
Tu hogar con la otra mano levantabas

De tu antiguo esplendor con los despojos.

Tal es la ley que en la creación impera:

Ama el molusco la profunda roca

Por furiosas corrientes combatida;

Los líquenes y musgos,

La cumbre de las áridas montañas

Entre nieves eternas sumergida;

La tostada y ligera

Playa arenosa, el cacto y el espino;

La hormiga laboriosa

Sostiene y no abandona su morada,

Cien veces derribada;

Vive allí placentera,

Y su labor fecunda en nada altera

El peligro constante de un camino.

Halla el lapón encantos en el polo,

En el África ardiente el hotentote,

Y en una árida roca, entre los mares,

O en la falda mil veces sacudida

Del horrido volcán, el que sus lares

Conserva allí, donde nació a la vida:

Cadena poderosa,

Simpatía profunda y misteriosa,

Que a todo ser orgánico sujeta,

Para que no haya un punto, un punto sólo,

Donde falte la vida en el planeta.

Tus anchas calles, el gracioso aspecto

De tus nuevas moradas,

Con antiguos escombros fabricadas,

En que el arte a la par que la hermosura,
Ha buscado más firme resistencia
En la fragilidad de la estructura;
Todo trae doquier a la memoria
Que aquí toda existencia
Es efímera, breve y transitoria;
Que es tan solo el aspecto y no la esencia
Lo que en los cuerpos se transforma y cambia;
Que la madre común cede amorosa
A cada ser lo indispensable y justo,
Para que cumpla su misión divina;
Que ella a nadie prefiere, a nadie escoge;
Que da con mano franca, hasta con gusto,
Y presta a cada cual lo necesario;
Que ni a ruegos ni a dádivas se inclina;
Mas lo prestado sin piedad recoge
De entre los hondos pliegues del sudario,
Tan pronto como el plazo se termina.

En las bellas y múltiples creaciones,
Que del seno de Dios aquí han brotado,
Por más que todo cambie, nada muere:
Es la misma materia, el mismo polvo
Que vida tuvo en mil generaciones
Lo que en formas distintas agrupado
Nuestros sentidos hiere:
El esmalte bruñido
De la blanca, envidiable dentadura,
Que hoy hermosea el rostro más pulido,
Ayer fue parte de una roca dura;
La cal, que en las paredes hoy blanquea,

Fue parte de los huesos delicados
De la doncella linda y pudorosa
Cuya imagen acaso aún nos recrea,
Cuyos restos amados
Fueron con nuestras lágrimas regados
Al sepultarse en la olvidada fosa;
Y lo que ayer sirvió para morada
Del crimen o del vicio,
Oculto en denso velo
O sacado a la luz con fiero espanto,
Tal vez, de la moral en beneficio,
Hoy parte formará del templo santo,
Do el hombre con el alma resignada
Y con piadoso anhelo
Esperanza y amor demanda al cielo.

¡Qué inmenso es tu poder, Dios soberano!
¡Qué acción tan complicada y admirable
La que, a tu voluntad obedeciendo,
Presta tanto detalle a las sencillas
Obras de perfección y maravillas
Que salen de tu mano!
Todo a tu voz se cambia y se trasmuta,
Y todo permanece inalterable.
En vano el hombre escruta
En lo que es por sí mismo inescrutable.
¡Qué pequeña y mezquina es la grandeza
Del espíritu humano,
Cuando todo es para él sombras y arcano!
¿Qué es el ser y el no ser? ¿Por qué escondida
La eterna causa está? ¡Lucha insensata!

¿Cuáles tus leyes son, Naturaleza?

¿Qué es la muerte y la vida?

¡Quién sabe dónde acaba y dónde empieza!

El sutil infusorio,

Que nace y vive y se propaga y muere

En algunos instantes

El hombre, que, por mucho que aquí espere,

Dura muy poco más, desde la cuna

Al lecho mortuario,

Y el astro, que, en el éter condensado,

Por millares de siglos

Tal vez su vida en el espacio cuenta,

Que súbito a los ojos se presenta,

Cumple la sabia ley de lo creado,

Quizás oculta siempre para él mismo,

Y se pierde del tiempo en el abismo.

Entre el montón de escombros hacinados,

Cien veces por la mano revolcados

De la codicia humana,

Los restos del amigo y del esposo,

Del hermano y del padre

Y los del hijo delicado y tierno

Volvieron ya a su origen misterioso;

Pero el ser que en nosotros juzga y piensa;

Que es, por esencia, indivisible, eterno;

Que por la libertad de su albedrío

O merece castigo o recompensa;

El espíritu, en fin, que se levanta

Y en su místico vuelo,

Admirando de Dios el poderío,
Su inmenso amor y sus grandezas canta;
Ese destello de la luz divina
¿Se habrá también en polvo transformado?
¿Yacerá inerte entre la masa impura
De insensible materia
Donde se hundió su efímera envoltura
De escoria deleznable y de miseria?

Responda el que se sienta conmovido
Por el eco interior que el alma humana
No desoye jamás ni echa en olvido.
Sea cual fuere del hombre la creencia,
En la vejez como en la edad temprana
Todos sienten la voz de la conciencia.
¿Quién dice que ese grito
No proceda de espíritus amados,
Que ya de la materia desligados,
Nuestros actos aprueban o censuran?
Cuando hacemos el bien, en nuestro oído
Parece que las auras vagarosas
Voces de aliento plácidas murmuran;
Cuando hacemos el mal, ronco y violento
Nos parece escuchar hasta en el viento
Ecos de indignación, que nos maldicen
Y en frases temerosas
El castigo tremendo nos predicen.

Si el amor y el respeto algo merecen
De los que van delante,
Abriendo a nuestro espíritu el camino

De otra vida segura y no distante;
Si a ese amor nuestras almas se estremecen,
Y aspiramos a unir nuestro destino
Al de los tiernos y adorados seres
Que recordamos con placer y llanto,
Que desde allí nos miran
Y a nuestro pecho inspiran
Actos de abnegación y de amor santo,
En ser felices con su unión pensemos.
Si todo en la creación se perfecciona;
Si todo aquí progresa,
¿Al hombre, que de Dios la obra corona,
Podrá excluir la universal promesa?

Nuestros altos destinos sobrehumanos
Más pronto alcanzaremos,
Cuanto más nuestro espíritu illustremos,
Cuanto nos deban más nuestros hermanos.

Aunque deseaba continuar pronto mi viaje, no pude hacerlo con mucha premura por tener que arreglar algunos asuntos interesantes. El cambio de monedas entre Colombia y Venezuela, por donde forzosamente tenía que salir, me obligaba a la pérdida de un veinte por ciento, diferencia enorme, que no consiste en el valor intrínseco de las monedas sino en el capricho del legislador venezolano; las letras sobre Europa no podían obtenerse sino con pérdida de un veinte y cinco por ciento, y aun así, se encontraban con dificultad, por ser escasas las transacciones comerciales. No era otra la razón de hallarse en Cúcuta los negocios tan abatidos. El ínfimo precio del café tanto en Europa como en los Estados Unidos del Norte, por la mucha aglomeración de este producto en los mercados, debido al desequilibrio cada vez mayor entre el producto y el consumo, había determinado en aquella importante

plaza una paralización tal, que se dejaba sentir en todas las clases sociales. Mientras el café tuvo elevados precios, aflúan a Cúcuta las pingües cosechas no solamente de aquella comarca sino de toda la región del Táchira, en territorio venezolano, y del Norte de Colombia, donde el cultivo del café es la principal fuente de riqueza; pues si bien el cacao, que sale por allí también, para expendirse en Europa con el nombre de Caracas, no deja de dar buenos rendimientos, es casi insignificante en comparación del otro artículo.

Al abatimiento comercial uníase el desaliento producido por una epidemia de fiebres malignas, que habían llevado el luto a muchas familias respetables, y que algunos doctores calificaban de fiebre amarilla; sin embargo, esto no evitaba que algunas noches diesen en las calles algunos escándalos varios jóvenes despreocupados, ni que en los centros más cultos, como el Casino comercial, se reuniese la gente acomodada para pasar el rato en diversiones honestas. La sociedad de Cúcuta tiene ya mucho de europea, o más bien de cosmopolita, en sus costumbres y en su trato: el comercio es casi todo Alemán y los naturales se acomodan muy bien a ciertos hábitos extranjeros; los que visitan la población, si son personas de alguna importancia, son visitados y obsequiados por las gentes más distinguidas, y nosotros tuvimos que agradecer mucho bajo este concepto a las familias de mejor posición social que en ella residen.

Pocas fiestas se celebraron allí durante nuestra permanencia; sólo hubo una de carácter religioso con una procesión, que salió por las calles al anochecer, llevando algunas imágenes, precedidas de música estrepitosa y de disparos de cohetes en tan copioso número, que producían un verdadero aturdimiento. En ella no pudo menos de llamar nuestra atención la ausencia absoluta de personas de las clases ilustradas, que sin embargo concurren con frecuencia al templo, lo cual indica que los actos religiosos de aquel carácter se alejan cada día más de nuestras costumbres, y sólo tienen importancia y encuentran séquito entre las clases más ignorantes, que en todos los países toman por diversión cualquier clase de espectáculo.

Cuando lo tuvimos todo arreglado para nuestra marcha, vino a impedirla un nuevo accidente: una gran avenida del río por donde teníamos que navegar había depositado enormes troncos en su desembocadura al lago de Maracaibo, y el paso estaba obstruido para el vapor que viaja periódicamente entre aquella ciudad y el puerto de Encontrado, en el río Catatumbo, hasta donde suelen bajar la carga tres vapores más pequeños, que navegan por el Zulia, y algunos bongos o ligeras embarcaciones, que son conducidas a remo o a palanca.

A una corta estación de grandes lluvias había sucedido otra de seca; dos de los vaporcitos que debían subir hasta el puerto de Buenaventura, donde pensaba embarcarme, estaban el uno varado en una playa y el otro en viaje de descenso. Sólo quedaba uno, cuya llegada era incierta, y éste no se detendría en el puerto sino el tiempo estrictamente necesario para hacer la carga y emprendería la navegación en el momento en que el agua del río se lo permitiese. Este era el San José, el más pequeño e incómodo de todos, pues hasta carecía de camarotes; y sin embargo, me resolví a aprovecharlo, si subía, y a partir tan pronto como se tuviese en Cúcuta la noticia telegráfica de su llegada. Esta se recibió el día 29 en la tarde; y a pesar de las gestiones de mis amigos, entre los cuales se hallaba el director de la empresa del ferrocarril de Cúcuta al Puerto, que deseaba que me quedase para la inauguración de uno de los trozos de la vía, que debía verificarse el 1o. de Enero, dispuse mi marcha, con el deseo de alcanzar el vapor Maracaibo, que hace la navegación entre la ciudad del mismo nombre y la isla de Curazao cada ocho días, y tuve anunciado mi viaje para el cuatro de Enero.

DOMINGO 30 DE DICIEMBRE

Después de despedirme de mis numerosos amigos, y acompañado de algunos de ellos, salí de Cúcuta al amanecer de este día, haciendo el viaje a caballo hasta la primera estación del ferrocarril (unas cuatro leguas), porque las lluvias torrenciales de los días anteriores habían inutilizado la carretera para cualquiera otro vehículo.

A poco de salir el sol, se levantaron algunas nubes y empezó a caer una llovizna bastante molesta. Yo no iba preparado para este accidente, por haber enviado con mi equipaje cuanto creí que ya no necesitaba, y sufrí las consecuencias de mi imprevisión, que no fueron graves por fortuna.

Desde la ciudad hasta la estación primera, el camino va por colinas más o menos estériles, siguiendo un plano ligeramente inclinado hacia la cuenca del Zulia. A los diez o doce kilómetros, se entra ya en una región del todo diferente: el terreno es más quebrado; las aguas abundan y la vegetación se agiganta; de los espinos y cactus se pasa insensiblemente a la vegetación arbórea, vigorosa y espléndida, que es el verdadero carácter de la flora tropical, donde quiera que el suelo ofrece a las plantas la humedad suficiente para su nutrición y desarrollo, y la atmósfera se halla cargada de grandes cantidades de ácido carbónico desprendido por la descomposición de materias orgánicas. Aquella atmósfera es tan propicia y benéfica para todos los seres del reino vegetal, como pernicioso y maligno para los animales, especialmente el hombre, y más si este hombre es europeo, o está acostumbrado a respirar el aire puro y sutil de las tierras altas.

Al llegar a la primera estación, el Sor. González Vásquez, ingeniero en jefe de los trabajos de la línea, y otros empleados amigos que con él se hallaban, me hicieron detenerme a almorzar con ellos, y el primero me proveyó de un capote impermeable para el resto de mi excursión ecuestre.

A las dos de la tarde tomé en la estación de Altoviento el tren que salía para el puerto de Villamizar, admirando al par que las enormes masas de vegetación por entre las cuales se abre la vía, los largos y elevados terraplenes levantados sobre terrenos vírgenes y cenagosos, donde no había pisado jamás la planta humana, y donde la Naturaleza inclemente y bravía se opondrá por espacio de mucho tiempo con sus mortíferas emanaciones al dominio a que la civilización trata de sujetarla.

Por recomendación especial, fui hospedado, al llegar al puerto, en la casa de uno de los principales empleados en la empresa del ferrocarril; casa formada de tablas y con el piso entarimado casi al nivel del suelo, lo cual, si evita en parte la humedad de las continuas lluvias, que allí reinan, la deja, como a todas, expuesta a la acción del paludismo, que en gran parte podría evitarse, o atenuar por lo menos sus mortíferos efectos, edificando, como en otras comarcas pantanosas, sobre pontones o pilotes de tres a cuatro metros de altura, dejando el piso inferior bien ventilado para almacenes, establos u otras atenciones análogas y destinando exclusivamente el piso superior para viviendas humanas.

Hemos dicho que la lluvia es allí casi continua, y hemos debido decir casi diaria. En efecto, en todas aquellas selvas y a una temperatura mínima de treinta grados, la evaporación es muy activa. Desde que el sol nace y empieza a calentar el suelo, el vapor se levanta en forma de densa niebla, y por falta de corrientes de aire va agrupándose a cierta altura en nubarrones que, enfriados por la elevación, o adquiriendo mayor gravedad específica que la de las capas que lo sostienen, caen en forma de lluvia desde el mediodía en adelante en casi todas las estaciones del año.

Aunque el tráfico no es en la actualidad lo que era antes, no deja de haber actividad en el puerto, pero esta actividad dura sólo algunas horas del día, para la carga y descarga de los buques y transporte al ferrocarril; y el resto del tiempo lo emplean los trabajadores en beber, bailar y dormir, que son sus ocupaciones más agradables. El consumo de toda clase de licores es algo verdaderamente asombroso. Las tiendas de bebidas son tantas, como las habitaciones; y tanto de noche como de día, se escucha por todas partes el sonido de instrumentos más o menos ruidosos con que amenizan sus fiestas.

Una de las costumbres especiales de la localidad es el baile a que dan el nombre de Chimbauque o Chocho de San Benito: éste consiste en dar vueltas hombres y mujeres alrededor de un palo de dos o tres metros de altura en cuya extremidad superior hay un muñeco vestido caprichosamente, dando saltos y brincos al compás de los golpes

de un tambor hecho de un tronco ahuecado y entonando a coro una canturía monótona y desapacible, pronunciando la palabra Chochos, repetida mil veces mientras dura el baile, el cual se interrumpe sólo para beber aguardiente y concluye por una embriaguez general, seguida o acompañada de todo linaje de excesos.

El Chimbauque es de muy difícil filiación, atendido su carácter y sus accidentes: en la monotonía del canto y el movimiento pausado y regular de los bailadores formando círculo, se parece mucho a los bailes simbólicos de los salvajes de varias tribus del Orinoco y del Amazonas; en los gestos y en las contorsiones que hacen con el cuerpo, tiene mucho de las danzas africanas, y en el muñeco alrededor del cual se mueven, tiene mucha semejanza con lo que en casi toda Colombia, aun en los lugares más civilizados, se llama bailar el angelito, que consiste, como hemos dicho antes de ahora, en colocar sobre una horqueta o palo bastante elevado el cadáver de un niño, vestido con telas de vivos colores y adornado con flores y ramaje, con el cual improvisan una procesión en la que la familia y los amigos van tocando y bailando al son de tiples y panderetas generalmente, continuando la diversión por uno o más días en la casa mortuoria y a veces en la del algún amigo, que pide el niño prestado para bailarlo, siguiendo en ocasiones la fiesta y la jarana hasta que el cadáver entra en putrefacción y lo conducen en la misma forma al cementerio.

Durante la noche que en el puerto permanecemos, no dejó un solo minuto de oírse el Chimbauque. Por la mañana veíanse alrededor de algunas casas grupos de hombres y mujeres aletargados por la embriaguez, hasta que los rayos del sol tropical llegasen a despertarlos.

La influencia del clima por una parte y por otra los excesos, dan a los moradores de aquella incipiente población el carácter de un hospital de convalecientes: tal es la demacración, la palidez y la laxitud que se observa en todos sus habitantes.

Sólo cuando el hacha de la civilización haya descuajado aquellas montañas, desecado el sol aquellos pantanos interminables, y sustituido la agricultura las plantas útiles a la

vegetación espontánea, se hará aquella región habitable para el hombre. Hoy, basta a los habitantes del interior pasar una sola noche en el puerto, para contraer fiebres, que suelen durar mucho tiempo, cuando no acaban con la vida.

En cuanto al ferrocarril, su utilidad es incuestionable; pero muchos comerciantes y trajineros se quejan de los altos precios del flete, atribuyéndolo al privilegio concedido a la empresa para imponer a su antojo las condiciones, atendiendo más que al servicio público, a la utilidad del negocio.

No pudiendo tener esta vía férrea un gran desarrollo hacia el interior por las enormes dificultades que el terreno ofrece para poder llegar siquiera hasta Pamplona, la explotación tiene que limitarse al valle de Cúcuta y las comarcas adyacentes; y aun esta explotación quedará muy limitada, si los venezolanos realizan su proyecto de establecer una vía férrea por la cuenca del Táchira, que baje hasta un puerto desde el cual la navegación al lago de Maracaibo sea más fácil, segura y económica.

En la mañana del domingo, con una ligera lluvia tomé pasaje en el vapor San José, pequeño buque plano de unas setenta toneladas de cuba y de tres pies de calado en su máximo. Estos buques de río están todos contruidos por un mismo sistema: el casco sin quilla y en forma de batea, en cuyo fondo se deposita la mayor parte de la carga; sobre cubierta, la maquinaria que da impulso a la rueda de paletas que ocupa toda la popa, y en una segunda cubierta, cuando no en la primera, los camarotes y la cámara del capitán y encima el puente desde donde dirige la navegación el práctico.

A mi llegada a bordo me recibió con mucha afabilidad el capitán del buque, antiguo patrón de una de las piraguas que por allí navegan y aunque algo inculto por su educación, hombre franco y benévolo, modesto hasta la humildad y en extremo complaciente.

Como era yo el único pasajero, concentró en mí todas sus atenciones y puso a mi disposición cuanto había en el barco.

Por fortuna el cocinero que llevaba a bordo era un joven español procedente de Asturias, marinero de nuestra armada y desertor de un buque de guerra, de cuya tripulación formaba parte, escapando, según decía él, por el trato duro de uno de los jefes. A fuer de compatriota, el joven asturiano se esmeró cuanto pudo en su ministerio; y en el condimento de las comidas y en la manera de presentarlas me hizo recordar muchas de nuestras costumbres. Entre él y el capitán me dispusieron un asiento cómodo con una mesita para escribir y me arreglaron mi cama de manera que no pudiesen molestarme durante la noche los muchos mosquitos o zancudos que son en aquellos parajes una de las más insufribles plagas.

El Zulia, en el lugar donde se halla el puerto, tiene, como todos los ríos que cruzan las llanuras intertropicales, aspecto sombrío y melancólico, y majestad imponente y salvaje: es uno de aquellos cuadros en que el hombre aparece tanto más pequeño, cuanto más se agiganta la Naturaleza.

Como el buque no había acabado de completar su carga, tuve tiempo de recrearme en las bellezas naturales de las orillas del río; en aquellos cortinajes de verdura perpetua, que ejercen como el abismo una atracción poderosa y que como él ocultan en su seno los horrores de la muerte. Si aquella vegetación inmensamente vigorosa; si la tranquilidad de aquellas interminables selvas, llenas de aromas de melancólica dulzura y de misteriosa y sublime poesía; si aquellas tierra de una fertilidad exuberante; si aquellos ríos donde la pesca abunda de una manera fabulosa, fueran compatibles con la existencia y el bienestar de nuestra raza; si no existieran allí las fieras que acometen y devoran, las fiebres que aniquilan, las culebras ponzoñosas que matan, las plagas de insectos que desesperan y el calor sofocante que a veces asfixia, una cabaña en aquellos bosques, una canoa en cualquiera de aquellos ríos y la libertad de acción que hacen las delicias del salvaje, serían para el hombre culto, que sabe conocer y estimar las obras de Dios en toda su grandeza, el non plus ultra de la felicidad humana.

Desde temprano íbamos a levar ancla; pero las lluvias del día anterior produjeron una mediana creciente en el río, y el capitán, aprovechando aquel accidente, hizo introducir a bordo algunas cargas más de café, en que consistía todo el cargamento, y para ello nos detuvimos algunas horas. Salimos, con todo, a eso del mediodía, y emprendí aquella navegación de tantas emociones, de tantos encantos para mí, como tuvo la del gran río Magdalena, cuando lo navegué por primera vez catorce años antes, a mi llegada a Colombia.

Las orillas del Zulia están incultas en su mayor parte. La vegetación espontánea es como la de todas las selvas de las tierras cálidas de aquellas regiones: grandes mimosas, higuerones y ceibas, cedros y caobos, palmeras de diferentes especies, y en las orillas de las aguas la caña agria, la palma nacuma, la tagua o cabeza de negro, que contiene el marfil vegetal, y en algunas partes la guadua o bambusa, que según la creencia popular florece cada siete años y origina con su florescencia fiebres perniciosas.

Donde el hombre ha disputado a la Naturaleza algunos pies de terreno, se levanta una choza humilde rodeada de plátanos, que son la despensa de la familia, algún naranjo o mango, a cuya sombra reposan hombres y animales, un pequeño pastel de pará o guinea para alimentar algún caballo raquíto, muchas veces sin orejas a causa de las garrapatas, uno o más ejemplares del árbol del pan, de cuyo fruto se alimentan, unas cuantas matas de caña de azúcar, de cuyo jugo extraen el guarapo que los refresca y el aguardiente que los embriaga, y unas cuantas plantas de tabaco, cuyas hojas preparan para fumar y mascar, que es su más agradable entretenimiento.

Desde Cúcuta para abajo ya se percibe el ceceo en la pronunciación y un dejo particular más propio de Venezuela que de Colombia. El boga o marinero de estos ríos es menos decididor y ampuloso que el del Magdalena, más reservado y servicial y al mismo tiempo más respetuoso. A las palabras mal sonantes, blasfemas a veces, que aquellos usan, éstos sustituyen deprecaciones de carácter religioso más o menos fanático y que revelan en lo general mejores costumbres; por lo demás, la misma

sencillez en el vestido, que dista poco del de nuestros primeros padres, antes de que Eva comiese la manzana, el mismo desprendimiento, la misma tendencia a la embriaguez, la misma pereza y el mismo desprecio de la salud y aun de la vida.

El Zulia tendrá en el puerto unos sesenta metros de anchura y dos de profundidad próximamente, ensanchándose o estrechándose más abajo según la configuración del terreno. Como las orillas están pobladas de árboles, las avenidas suelen socavar sus raíces, y éstos caen y son arrastrados por la corriente, deteniéndose donde es menos impetuosa, constituyendo obstáculos para la navegación y a veces dando lugar a la formación de islas, cuando se acumulan muchos materiales, islas que desaparecen tan pronto como llega una creciente con fuerza superior a la resistencia que ellas le oponen.

El combustible que se emplea para producir el vapor es siempre vegetal, no porque no existan por allí minas de hulla, sino porque no se han dedicado a explotarlas por lo difícil de la conducción hasta el lugar del consumo. Eso mismo sucede hasta ahora en el ferrocarril, hasta que puedan utilizarse las numerosas hulleras, que no pueden estar muy distantes de Pamplona pues en el mismo camino aparecen con frecuencia los terrenos secundarios y carboníferos.

Para atender a esta necesidad de la navegación por vapor, se han establecido, en las orillas de éste y los demás ríos navegables, proveedores de leña, que ganan su vida talando el bosque y conduciendo y almacenando cerca de sus viviendas los troncos ya fragmentados y en la forma más conveniente. Tanto en el Magdalena como en el Zulia los que se dedican a estos trabajos suelen ser de raza africana o mestizos ya habituados a aquellos climas.

Antes de llegar a la confluencia del río de la Grita, el Zulia da una gran vuelta hasta tomar casi la dirección del Sur, volviendo luego a la del noroeste. Cerca de la misma confluencia, a donde llegamos a las tres de la tarde, hay una extensa ranchería cerca de la cual se detuvo el vapor a recibir a un pasajero y algunas cartas. El terreno por allí

es algo más plano, el río adquiere más de cien metros de anchura y hay varias islas de bellissimo aspecto. El canal que tomamos junto a una de ellas no tenía mucha profundidad y el fondo del buque rozó, aunque ligeramente, con un tronco sumergido, con peligro inminente de una avería. Por fortuna se pudo evitar, y seguimos adelante, pero no sin tomar desde aquel momento grandes precauciones, siendo la principal de ellas el navegar con mucha lentitud, y arrojar al agua algunos marineros que iban cerca de la proa del buque, sondeando con su cuerpo la profundidad de la corriente, donde se temía un peligro.

Cuanto más se descende, hay en las orillas de un lado y otro mayor número de pequeños plantíos con sus respectivas cabañas; y como el bosque lo ocupa todo y no hay más camino que el fluvial, cada cultivador tiene su canoa para comunicarse con sus vecinos, y se las ve por todas partes en gran número, ya amarradas a algún tronco a la sombra de algunos árboles, ya navegando a impulsos de la palanca o del canaleta

Abajo de un lugar llamado Europa nos detuvimos a hacer leña, estando la tarde bien avanzada; y como es la hora de retirarse al reposo algunos animales y de entrar otros en actividad, asistimos al concierto, o desconcierto mejor dicho, de loros, pericos y guacamayos, que se disputaban las ramas en que pretendían posarse y el grito de los monos que saltaban de rama en rama con la agilidad de seres alados. En las playas más próximas se posaban también las bandadas de garzas blancas, que descendían de la altura como enormes copos de nieve, contrastando con el pato cuervo de color negro brillante y pico puntiagudo que acechaba desde las ramas secas de las orillas el pez que pasaba a su alcance para lanzarse sobre él y hacerlo su presa.

Ya iba oscureciendo cuando se acabó de cargar la leña, y el capitán, fiado en sus conocimientos prácticos y en la luz de la luna, quiso seguir navegando durante algunas horas de la noche, sin advertir que por navegar el buque con más celeridad que la creciente del río que habíamos aprovechado al salir del puerto, ésta iba quedando atrás y pronto entraríamos en aguas bajas. En efecto, serían las siete, cuando el buque rozó con el fondo y quedamos varados.

Cuatro horas, esto es, de las 7 a las 11 de la noche, estuvimos en una situación apurada, aunque no aflictiva; pues realmente no había gran peligro sino un poco de molestia y de detención, que podría tal vez prolongarse, hasta que hubiese una nueva entrada de agua y se elevase el nivel lo suficiente para poner el barco a flote.

En aquellas cuatro horas trabajaron los pobres marineros lo que no es decible: desnudos y con el agua al pecho trataban de llevar el barco unas veces por medio de cuerdas y otras empujándolo con los hombros hacia el lugar donde había más hondura; el capitán mismo se arrojó al agua para dirigir la maniobra; pero todo fue inútil: hasta que llegó la avenida que habíamos dejado atrás, el barco no salió del varadero.

El placer de los bogas y del capitán se mostró por medio de alegres cantos; éste lo manifestaba hasta en la expresión de su rostro y en las palabras con que recomendaba a su buque en tono de reconvención, y como si fuese un ser inteligente, que abriera el ojo y viera el lugar donde se metía, para no exponerse a sufrir nuevos apuros.

El navegante se liga de tal modo a la existencia del buque en que navega, y adquiere por él un amor tan grande, como se tiene al hogar donde se ha nacido y a la tierra que se ha cultivado. Sólo así se comprende cómo el marinero afronta y desafía la muerte en cada viaje, y cómo encuentra en la vida de a bordo, monótona para el que no se identifica con ella, la agradable variedad y los placeres que hallan en lo desconocido y peligroso aquellas almas templadas al fuego de la tempestad, medidas por las revueltas olas y arrulladas por los vendavales.

Tan pronto como nos pusimos a flote y se encontró una orilla profunda, el capitán mandó amarrar el buque y permanecimos allí el resto de la noche.

LUNES 31 DE DICIEMBRE

Al aclarar el siguiente día nos pusimos en marcha, y una hora después encontramos el vapor Colombia, que había sufrido igual contratiempo que nosotros en uno de los bajos, y que a la sazón cargaba de nuevo varios bultos que había tenido que alijar para ponerse a flote.

Las 9 de la mañana serían cuando llegamos a una pequeña población situada en la orilla izquierda, y compuesta de algunos ranchitos diseminados, que llevaba por nombre Buenavista. La población, si tal puede llamarse, está rodeada de cacaotales magníficos de una grande extensión, sombreados por corpulentos ceibos de flores pálidas, y cultivados algunos con notable esmero.

A las nueve y media encontramos al vapor América, de más de cien toneladas, que es el mayor de los tres que navegan en este río, y que llevaba a remolque un bongo cargado. A las diez encontramos otro bongo llamado Urdaneta, que subía a palanca impulsado por seis bogas o marineros, cuyas espaldas sudorosas brillaban a los rayos del sol, como si fuesen de bronce perfectamente bruñido. El San José se detuvo algunos momentos para proveer al bongo de un poco de carne fresca, y nos separamos después, siguiendo cada cual su rumbo, con la alegría de dos buenos camaradas, que se encuentran en un camino, se detienen a darse un apretón de manos y continúan su viaje.

Las dos y media de la tarde serían cuando llegamos a otro lugarejo llamado Valderrama, donde el río se ensancha mucho, hay plataneras y cacaotales en ambas orillas y las viviendas tienen ya un aspecto mucho más agradable. A más de la blancura y limpieza que se ve en todos los edificios, se observa también que, para su construcción, se han tenido en cuenta las condiciones especiales del clima. En aquella temperatura de fuego, las corrientes de aire son indispensables para no morir de asfixia, y las casitas todas tienen numerosos ventiladores, que al par sirven de adorno a sus fachadas. Algunos de los habitantes de ambos sexos, muchachos

particularmente, se acercaron a la orilla, durante el corto espacio que el vapor se detuvo en ella, y aunque sus trajes, ligeros en demasía, no demostraban un gran sentimiento de pudor, observábase en las prendas que vestían otros, cierta pulcritud y aseo propios de las familias medianamente acomodadas.

De Valderrama para abajo hay ya numerosos grupos de guaduas, que antes se encontraban apenas, y los cacaotales que se hallan a un lado y otro están sombreados por cañafistulas en lugar de ceibos y cámbulos.

Cerca de las cinco llegamos a la embocadura del Catatumbo, que nace en la región más elevada del ramal de la cordillera que termina en la Goajira y es uno de los principales tributarios del lago de Maracaibo.

Desde la confluencia de ambos ríos, donde el Zulia pierde su nombre, la corriente adquiere ya una grande anchura y una profundidad considerable; los terrenos que la rodean son muy bajos y se inundan todos en las crecientes, excepto en algunos montículos o pequeñas colinas que aparecen de cuándo en cuándo, y de las cuales muy pocas están habitadas. La vegetación no es ya por allí tan corpulenta ni vigorosa como en los lugares menos expuestos a inundación, y la mayor parte de las plantas, si no son precisamente acuáticas, pertenecen a géneros y especies que por su organización especial pueden vivir en una humedad continua.

Ya cerca del amanecer llegamos a Encontrados, donde el gobierno de Venezuela tiene establecida una aduana, alrededor de la cual hay una pequeña población, casi toda de empleados y peones para la carga y descarga de los buques. La aduana es un edificio de madera cubierto de teja, de mala construcción y está muy abandonado. Las demás casas, que apenas llegarán a veinte, son también de aspecto miserable como la vida que allí se pasa. En el muelle sólo había tres o cuatro pequeñas embarcaciones llamadas piraguas, de quince a veinte toneladas de cabida, de las que hacen la navegación del lago y el comercio con los habitantes de las orillas de los ríos y unas cuantas canoas para el uso de los habitantes del puerto.

Apenas llegamos, el capitán del San José se informó del tiempo que tardaría en llegar el primer vapor de Maracaibo y de las piraguas que estaban para darse a la vela. El vapor debía tardar por lo menos cinco o seis días, tiempo necesario para acabar de desembarazar la boca del Catatumbo, accidentalmente obstruida, y entre las piraguas había una que estaba ya aparejando para emprender la marcha. Entre dos males tenía que optar por uno: o permanecer una semana en aquel lugar insalubre e incómodo, o embarcarme en un barquichuelo sin comodidades de ninguna especie y sin más recursos que los pocos que llevaban los marineros. Opté por este último, y tomé pasaje en la Chinca, síncope de Chiquinquirá, advocación de la célebre imagen de la Virgen tan celebrada en Colombia, y bajo cuyo amparo y nombre navegaba la piragua. El patrón, piloto y propietario de la misma, era un hombre de edad algo avanzada, de más que mediana estatura, de carácter franco, de fisonomía simpática y de una calma imperturbable; hablaba pausadamente y con un dejo muy pronunciado; amenizaba la conversación con algunos chistes y agudezas, y sólo se entusiasmaba al hablar de la libertad republicana, de que era partidario fervoroso, aunque católico apostólico romano, como él decía, contribuyente en diezmos y primicias y algo para el dinero de San Pedro, y enemigo in pectore del general Guzmán Blanco, presidente de Venezuela, a quien él y los cuatro hombres que llevaba de tripulación llamaban el tirano.

La piragua iba completamente cargada de plátanos verdes, auyamas o calabazas de varias clases, y naranjas, sin acabar de madurar, que es como allí suelen cogerse. La cubierta estaba completamente embarazada con el fogón o cocina, la leña para el consumo, algunas calabazas de enorme tamaño, y media docena de barriles, llenos de agua unos y los otros enteramente vacíos. En la escotilla de proa iba el equipaje de los marineros; en la de popa había un espacio como de un metro cúbico o poco más, donde podría guarecerme en caso de apuro; mi cama debía ocupar un pequeño espacio cerca de este agujero, y de allí casi no podía moverme por los muchos obstáculos que como he dicho había sobre la cubierta.

Apenas entré a bordo, a donde me condujo el mismo patrón en su canoa, tomé posesión de mis reducidos dominios y me instalé en ellos con la resignación del que no tiene en qué escoger sino tomar las cosas según se las presentan. El patrón me preparó mi cama, poniendo algo de su equipaje propio, y se arregló como se pudo mi toldo o mosquitero para evitar la plaga. Aunque la noche era de luna, tardó poco en ocultarse y la oscuridad me impidió apreciar las bellezas de las orillas.

Como íbamos en favor de la corriente, los bogas tenían que trabajar poco con la palanca y sólo necesitaban cuidarse de que el buque no se atravesara y de no dejarlo acercar demasiado a las márgenes. A pesar de eso, por un descuido lo dejaron pasar una vez por debajo de unas ramas, que barrieron la cubierta, arañando la cara a uno de los marineros y desgarrando mi toldillo, sin podérselo llevar, gracias a su poca resistencia. Aquel accidente me hizo pasar el resto de la noche a merced de los zancudos, que muy pronto adquirieron conmigo la más ilimitada confianza, y se hartaron de mi sangre, aunque tuve los brazos en constante rotación como las aspas de un molino de viento.

El rocío de la madrugada era casi como una lluvia, a causa de la enorme evaporación de aquellas selvas. A la hora de salir el sol convirtiéndose la niebla en una abundante llovizna y tuve que buscar refugio en mi escondite, acurrucándome como pude entre los plátanos verdes; pero la fermentación de la fruta acumulada y el calor que de ella se desprendía eran tan insoportables, que, a trueque de salir de aquella atmósfera, preferí mojarme y me hubiera sometido con gusto a cualquiera otro género de inclemencias.

MARTES 1o. DE ENERO DE 1884

Entre estos apuros, amaneció el año nuevo, que no se presentaba para mí bajo muy favorables auspicios. Mi confinamiento en aquella estrecha e incómoda barquilla, la escasez de víveres, la temperatura ardiente, el clima deletéreo y todo lo que me rodeaba era tan poco halagüeño, que, gracias al estoicismo con que me he

acostumbrado a hacer frente a todas las contrariedades de la vida, me acostumbré pronto a mi situación o me resigné por lo menos a sufrirla sin desesperarme.

Nuestro almuerzo aquella mañana fue un poco de café con azúcar morena, un plato de arroz con tasajo y un poco de queso tan duro, que parecía estar elaborado expresamente para desafiar los dientes de los ratones. En cuanto a pan, tuve que contentarme con un plátano verde asado en el rescoldo, y convertir mentalmente en Burdeos o jerez las turbias aguas del Catatumbo.

El lugar en que nos amaneció se llama el caño Guasimales, y pudimos observar la vegetación que cada vez se hace más pequeña y toma un carácter más pronunciado de vegetación acuática. Ya por allí desaparece del todo la habitación del hombre y no se ven otros seres humanos que los que transitan en los vapores o en las piraguas como la nuestra, dedicadas a llevar a los caseríos ribereños carne, aguardiente de caña, queso y otros artículos de consumo, recibiendo en cambio los productos de la agricultura tropical, que llevan a vender a Maracaibo.

Además de los cuatro marineros de la tripulación, iban en la piragua dos muchachos de 14 a 16 años: el uno, especie de grumete y ayudante del cocinero y el otro, sobrino del patrón, inteligente y vivaracho, que volvía de una de las haciendas del Catatumbo, a la población de Cañada, donde residía su familia. Estos se entretenían algunos ratos en la pesca de marianas, peces de piel lisa como las truchas, y de media libra hasta dos o más de peso, de las cuales hay tantas y son tan voraces, que echado el anzuelo con cualquier género de cebo se prenden inmediatamente. Los marineros no gustan mucho de su carne, quizás por mera preocupación, o por su misma abundancia, y la facilidad con que se cogen; pero a mí me pareció buena, porque es muy blanca y aunque algo dura como la de las lisas, de agradable sabor; aunque tal vez contribuiría a aumentar su mérito mi propio apetito. Una cosa particular se observa también en aquellos peces, y es que sacados del medio líquido en que viven, al penetrar el aire atmosférico en sus órganos respiratorios, producen un ruido semejante al cacareo de una gallina, con el cual lo comparan también los marineros.

Entre la vegetación arbústica de aquellas llanuras dilatadas y cenagosas, se ven de cuando en cuando algunos higuerones, grupos de guaduas y alguna que otra palmera que destruyen la monotonía de paisaje. Tanto los árboles como los arbustos se ven en su mayor parte cubiertos de infinitas plantas trepadoras, especialmente con vólculos que forman vistosos pabellones o caprichosas grutas de original belleza.

Al pasar cerca de una palma corozo, cuyo tronco estaba agujereado, salió de la cavidad una pareja de loros, e inmediatamente asomó la cabeza uno de los polluelos que estaban criando. Los pobres animalitos fueron desde luego condenados a la esclavitud, aunque se aplazó la ejecución de la sentencia para el próximo viaje de la piragua, porque estaban aún muy pequeños.

Aunque las aguas del río corren con bastante lentitud en aquellos parajes, sólo se veía algún que otro caimán sobre los juncos de las orillas y nunca en tan gran número como en el Magdalena y alguno de sus afluentes, donde los hay por centenares. Las aves tampoco son muy numerosas: fuera de las acuáticas, que son garzas, patos, flamencos y Martín pescadores, sólo oímos al amanecer dos o tres guacharacas, cuyo canto se parece algo al de nuestra perdiz, y su onomatopeya es guacarracás varias veces repetido. También se ve por allí otra ave palmípeda, del tamaño de un pavo común y pintada de blanco y negro, que suele andar en pequeñas bandadas de seis u ocho y que lleva el nombre de chicagüire, que es también la onomatopeya de su canto.

A las 4 y media de la tarde estábamos ya cerca del lago, donde se forma el delta del Catatumbo, dividiéndose éste en dos brazos desiguales. Tomamos el de la izquierda, que es más corto y menos caudaloso, y sin embargo el que se navega mejor, porque se desvía en su corriente de la línea recta, que es la que siguen casi todos los troncos que las avenidas conducen y van formando al entrar en el lago y sobre la arena de la barra una especie de cordón litoral, que acabará por cerrar aquella boca.

Próximo a ponerse el sol penetramos ya en la extensa y majestuosa laguna llamada Coquibacoa por los naturales, y a que los primeros pobladores de nuestra raza dieron el nombre de Maracaibo. El lago tiene de norte a sur una extensión de dos grados, o sean 200 kilómetros y ciento en su mayor anchura. Es un verdadero mar de agua, dulce en unas partes y salada en otras, formado entre los dos ramales de la cordillera que van a morir la una cerca del golfete de Coro y la otra en las fuentes de los ríos Calanaca y Hacha en la península Goajira. Probablemente en tiempos remotos el lago se extendió hasta las faldas de las cordilleras que lo circundan, cuyos detritus arrastrados por el constante acarreo de las lluvias han ido poco a poco rellenando su álveo, limitando su extensión y empujando sus aguas hacia el golfo, a donde probablemente, y si no hay otro cataclismo que lo evite, irán todas a parar, avanzando los límites del continente hasta las islas de San Carlos y Zapara, donde está hoy el estrecho que divide el lago del golfo.

Después de estar por tanto tiempo sometido a los horizontes estrechos de las regiones montañosas y de los ríos cubiertos en sus orillas por selvas gigantescas, la vista se recrea en los horizontes lejanos del dilatado mar y de las extensas llanuras; y al par que la vista se extiende, parece también que los pulmones se ensanchan para respirar una atmósfera menos impura y brisas saturadas de sustancias fáciles de asimilar al organismo humano, y que no penetran en él para destruirlo, sino para conservarlo y robustecerlo.

Al salir a la pequeña ensenada que hay entre la barra y la boca de aquel brazo del Catatumbo, una bandada de delfines o toninas salió como a saludarnos, saltando alrededor de nuestra piragua. De vez en cuando se veía también la aleta dorsal de un enorme tiburón, que vagaba por aquellas aguas tranquilas en acecho de alguna presa. Allí había cuatro embarcaciones ancladas, poco más o menos del tamaño de la nuestra, dos de las cuales no tenían arboladura, porque sirven sólo para la navegación del río, remolcadas por los vapores o empujadas a palanca. En una de ellas celebraban el año nuevo con un baile y cantos del país los peones, ocupados ordinariamente en el trasbordo de las cargas, y alguna que otra mujer de sus familias.

Mi patrón, deseoso de aminorar mis amarguras, fue a buscar algunas provisiones a los cuatro barcos anclados; un poco de pan siquiera, por duro que fuese, y un poco de vino, que era lo que yo más necesitaba; pero no encontró el uno ni el otro, y sólo trajo algunas botellas de aguardiente de caña y un poco de queso menos duro que el que él tenía a bordo.

A todo esto, ya había anochecido; la brisa en el lago era algo fuerte; y no atreviéndose el patrón a pasar la barra en aquellas condiciones, echamos el ancla y permanecemos allí esperando la llegada del nuevo día.

MIÉRCOLES 2 DE ENERO

Al amanecer pasó junto a nosotros una de las dos piraguas sin arboladura y emprendió su viaje río arriba, hasta Encontrado, donde debía recibir la carga. Poco después, salimos nosotros para la barra, que es de arena y tiene como unos 200 metros de anchura. Los pasos de más peligro están señalados con boyas para que las embarcaciones puedan evitarlos. El paso nuestro se verificó sin velas, remos ni palancas: los marineros desnudos se arrojaron todos al agua; y al par que impulsaban el barco a hombros, iban ellos mismos sirviendo de sonda para buscar el canal más profundo.

A las 8 de la mañana estábamos ya en franquía y se izaron las velas, tomando la piragua el rumbo del noreste por ser el viento algo contrario.

¡Qué espectáculo tan bello se presentó a mi vista!. Al este la elevada sierra de Mérida, cuyos altos picos se ocultaban entre las nubes; Al sur y al sureste las bocas del Catatumbo entre las cuales se veía a flor de agua y sobre las arenas de la playa innumerables troncos de tamaño gigantesco, que aparecían a la vista como los restos del naufragio de una poderosísima escuadra, y al Occidente el pueblecito del Congo, levantado sobre pilotes, cuya única industria es la pesca y cuyos moradores tienen,

por decirlo así, la vida del anfibio. En el grupo de casitas de madera y paja que constituyen el poblado y cuya existencia en aquel lugar parece más bien el efecto de una ilusión óptica que la realidad misma, hay una casa de uno de los pescadores más acomodados, Ángel Piñero, que a fuerza de constancia y de paciencia ha hecho conducir hasta allí tierra de las orillas, que sujeta y apisonada entre los pilotes ha constituido un suelo artificial perfectamente sólido y libre de inundaciones, donde no sólo tiene su vivienda sino hasta un patio en que vegetan algunos árboles.

En una playa baja que hay cerca del pueblo, donde suelen limpiar y preparar algunos su pesca para salarla, vimos una bandada de grandes pájaros designados allí con el nombre de Chicharrones o Camucos; eran alcatraces, que a nuestra aproximación levantaron la cabeza alarmados, y lanzaron al aire su grito estridente semejante a un rebuzno o al chirrido de un gran cerrojo mohoso al rozar contra sus armellas.

Aunque los ríos que penetran en el lago llevan a él sus aguas más o menos turbias, el reposo en que entran hace las veces de un filtro; se decantan todas las materias térreas que conducen en suspensión para formar el sedimento del fondo, y ellas quedan claras y potables, porque todavía no se mezclan con la del mar, por ser mucha la distancia que hay desde allí hasta la boca del golfo.

Al partir de aquellas orillas hacia el centro de la gran laguna, nuestro horizonte estaba por aquella parte limitado por densas nieblas, que como cortinajes de gas flotaban en la superficie, elevándose hasta una gran altura; las bandadas de gaviotas y de alcatraces cruzaban de un lado a otro como meteoros y se perdían entre la niebla; las toninas saltaban alrededor de nuestro buque, lo cual, según los marineros, era indicio de próxima calma; nuestro pequeño bajel avanzaba lentamente con todas las velas desplegadas e impulsado por una ligera brisa y los marineros aprovecharon la salida del sol para secar sus mantas humedecidas por la lluvia del día anterior y por el relente de la noche.

La superficie del lago tiene casi en todo él un intenso color verde, y esto es debido a una multitud inmensa de corpúsculos vegetales que examinados con el microscopio se ve que son ovas filamentosas, que no pueden apreciarse a la simple vista y que es necesario separar para beber el agua, colándola por un lienzo algo tupido.

Otro de los fenómenos extraños que en el lago se observan es el de los mosquitos, que en nubes de magnitud prodigiosa se levantan formando caprichosas figuras de centenares de metros de extensión, ya en forma de pirámides, ya como penachos de humo de una hoguera inmensa, ya como nubarrones que avanzan a impulso del viento. Estos mosquitos, semejantes a los que acuden a los líquidos en fermentación, de cuerpo muy pequeño, de color blancuzco y alas semitransparentes, son del todo inofensivos, y sólo molestan porque se introducen en la boca con la respiración cuando uno se ve envuelto entre las nubes que forman.

Examinados con el microscopio, presentan un cuerpo velludo, el abdomen de doble extensión que el tórax, seis patas con numerosas articulaciones rodeadas de un círculo de pelos, una especie de trompa circuida de un penacho y las alas de forma ovoidal y con diez o doce estrías o nervios longitudinales. En las alas y en el tórax de algunos de ellos observamos otros insectos parásitos de tamaño proporcionado, cuyas formas no se podían apreciar por estar fuera del alcance de nuestro aparato óptico.

De cuándo en cuándo cruzaban por delante de nosotros grandes balsas formadas de plantas acuáticas de la familia de las nenúfares, impulsadas por el viento, que a cierta distancia parecían pequeños buques desarbolados, aumentado a veces la ilusión el movimiento de algunas aves pescadoras embarcadas en ellas, que hacían el efecto de los marineros sobre la cubierta de un buque lejano.

La predicción de los bogas se realizó tal como ellos la habían anunciado: a la caída de la tarde la brisa dejó de soplar completamente; la nubes se desvanecieron y evaporaron en la atmósfera, y por primera vez después de trece años vi hundirse el

sol en un horizonte limpio, sin un celaje siquiera que impidiese admirar la majestuosa desaparición del astro, que al parecer se sumergía entre las tranquilas ondas.

Amainadas las velas y abandonado el buque a su propio impulso, pasamos la noche en completa calma, observando el brillo de las constelaciones al través de una atmósfera pura y transparente, sin que turbase el silencio de aquellas líquidas soledades sino el rumor producido por el salto de algún pez, en persecución de su presa.

Para entretener la velada, los marineros y el patrón me relataron sus hechos de armas como guerrilleros en las contiendas civiles que por espacio de muchos años ensangrentaron casi de continuo el suelo de aquel país digno de mejor suerte, y yo a mi vez les referí algo de mis viajes entre las tribus bárbaras de la región amazónica, que se diferencian mucho de las costumbres de los indios goajiros, que ellos conocen por hallarse en su vecindad, diferencia que ha distinguido en todas partes y en todos los tiempos los hábitos inquietos y belicosos de los pueblos de raza caribe, de los tranquilos y hasta cierto punto sedentarios de la raza andoperuviana.

Una vez dormidos los hombres de la tripulación, aún duraba para mí la vigilia en que comparaba lleno de placer aquella tranquila noche tropical con las noches de estío en Andalucía, mi querida patria, con su diáfana atmósfera, sus brillantes estrellas y sus bólidos resplandecientes como chispas de fuego desprendidas de la vía láctea.

En las aguas del lago no sólo se observaba el reflejo de la luz lanzada por las estrellas, sino que parecía que ésta se multiplicaba por la gran fosforescencia de las olas, que al rizarse, despedían numerosas chispas.

Ya cerca del día empezó a soplar el viento del sureste y se levantaron algunas nubes que pronto se desarrollaron en menuda lluvia. Quise apelar como la primera vez a mi escondrijo, pero los vapores de la fermentación me obligaron a volver a la cubierta, donde preferí otra vez mojarme, a respirar aquella atmósfera mefítica y nauseabunda.

JUEVES 3 DE ENERO

Cuando el sol se elevó a cierta altura, las nubes desaparecieron y volvió de nuevo la calma, para mí desesperante, porque me anunciaba que no podría alcanzar el vapor que el día cuatro al amanecer debía salir de Maracaibo.

Por la tarde refrescó el viento, hasta convertirse en brisote duro; y como nos era contrario, tuvimos que navegar de bolina, tomando largas vueltas, algunas de las cuales nos aproximaban a la costa. En una de ellas vimos a lo lejos el pueblo de Lagunillas, situado en una especie de istmo que se interpone entre el lago y una gran ciénaga del mismo nombre formada por los derrames de los ríos Paraute y Chiquito, que descienden de las sabanas de Taratarare. El pueblo de Lagunillas se halla también levantado sobre pilotes, como el Congo y otros varios que hay en las tierras bajas de las cercanías del gran lago, y cuya única industria es la pesca. En toda aquella costa se ven muy extensos plantíos de cocoteros, cuyo fruto generalmente se exporta para el Norte de América.

Cuanto más la noche avanzaba, más duro se hacía el brisote de la costa occidental; pero la Chinca era muy velera, é, inclinada sobre su costado, por cuya borda saltaba a veces el oleaje, avanzaba siempre con todas sus velas tendidas y se deslizaba sobre la superficie como una gaviota con las alas abiertas. El piloto, puesto en la caña del timón, animaba entusiasmado a su barca, prodigándole cariñosos epítetos y anunciándole como premio a su fatigosa carrera el reposo que le esperaba al llegar al puerto.

A los primeros resplandores del alba empezó a dibujarse a lo lejos la bella ciudad de Maracaibo: primero sus torres, después algunos de sus edificios y por último los extensos y bellísimos bosques de cocoteros que la circundan. Cuando el sol se levantaba en el horizonte, entrábamos al puerto a toda vela; la Chinca había triunfado de todas las dificultades, y su dueño la contemplaba con amorosa y risueña satisfacción, mientras los marineros plegaban las velas y echaban el ancla.

VIERNES 4 DE ENERO

La ciudad está edificada como Nápoles, en semicírculo alrededor de su bahía; sólo que Nápoles tiene por respaldo el gran cono ignívomo del majestuoso Vesubio y Maracaibo las colinas arenosas estériles que fueron en un tiempo fondo del lago y cuya vegetación consiste sólo en algunos cactus y espinos.

A nuestra llegada había en el puerto cuarenta o cincuenta embarcaciones del porte de la Chinca, y algunos vaporcitos de los que hacen la travesía del lago. El Maracaibo, que yo deseaba alcanzar, había salido al amanecer para su destino.

En los barcos todos, que pudieran llamarse de cabotaje y que abastecen la ciudad de los productos de la agricultura y de la pesca, que van a buscar a largas distancias, había una grande animación y acudían a ellos los compradores en grande, para revender luego en el mercado que ocupa las inmediaciones del muelle. Por todas partes veíanse cruzar pequeñas barquillas o lanchas cargadas de estos artículos y conducidas por remeros de raza africana o mestizos, en lo general vestidos de blanco, lo cual, como en otra parte hemos dicho, hace el efecto del negativo de una fotografía.

La temperatura media es allí de 30 grados a la sombra, temperatura inaguantable para los que no están acostumbrados a ella y que ha dado origen a la broma con que suelen mortificar a los maracaiberos, diciendo que, cuando alguno de ellos llega a el infierno, pide al diablo una manta para abrigarse porque hace allí mucho menos calor que en la ciudad del Coquivacoa.

Al saltar en tierra, por un muelle de madera cubierto y de reciente construcción, pasamos por el mercado, que consiste en unas cuantas líneas de tiendas cubiertas, formando estrechas calles, y una plazoleta adjunta donde se hallan en el suelo, amontonados y sin orden, artículos de todas especies, como legumbres, flores, aves de

corral, productos de alfarería, frutas, pescados, piezas de caza, calzado, prendas de ropa, sombreros de paja y otros muchos artículos.

Fuimos a alojarnos en el mejor hotel de la población, que está cerca del muelle, tiene vistas a la laguna y ocupa el extremo de la calle principal o del Comercio, y un ángulo de la gran plaza donde están la aduana y el mercado: llámase el hotel Pabellón, tiene buenas habitaciones y está medianamente servido.

Antes de descansar, presenté algunas cartas de recomendación que llevaba de Cúcuta y di un paseo por la ciudad para poder formarme alguna idea de su fisonomía. El terreno sobre el cual está edificada es de sedimento arenisco que en variable espesor cubre enormes bancos de caliza conchífera y de arcilla muy compacta. Las calles, estrechas en lo general, suelen ser rectas las que están perpendiculares a la bahía, y las que están paralelas a ella se dividen en secciones rectas, que guardan en el conjunto la misma forma semicircular que la bahía describe. El plano en que se halla la ciudad tendrá unos diez o doce grados de inclinación hacia la laguna; las calles están cubiertas de las arenas que las lluvias arrastran y las aceras, en lo general muy levantadas del piso arenoso del centro, siguen las ondulaciones del terreno y presentan a veces escalones correspondientes al nivel del piso interior de las casas, que es completamente arbitrario. La mayor parte de los edificios es de un solo piso, aunque hay muchos de dos en la plaza principal y en las calles del comercio. En los suburbios o arrabales se ven todavía muchas casas de bahareque o tabiques entramados y con techo pajizo, que es la habitación ordinaria de las clases pobres. En cuanto a los templos y edificios públicos, me reservé su visita para otro día, ya que me era forzoso permanecer por lo menos una semana en la ciudad, esperando el regreso del vapor, único que va directamente a Curazao.

La impresión que el viajero recibe al llegar a Maracaibo no puede ser más agradable. Todo respira allí bienestar y alegría. Lástima que las guerras civiles, tan frecuentes en el país, conviertan a veces poblaciones tan bellas en montones de ruinas, que tardan mucho en volver a adquirir su primitivo aspecto. Adjunta ofrezco a mis lectores en

una lámina fotográfica la triste imagen que ofrecía la ciudad después de la última guerra.

SÁBADO 5 DE ENERO

He recibido algunas visitas y los cuatro periódicos que se publican en la ciudad: el Fonógrafo, Los Ecos del Zulia, El Porta del Comercio y el Mentor saludaron todos mi llegada con afectuosa cortesía y me ofrecieron sus columnas de la manera más galante. Envié a cada uno de ellos una ligera poesía que se apresuraron a publicar con calificaciones para mí muy honrosas, y varios amantes de las letras me obsequiaron con obras propias, o de los hijos notables del país, entre ellos el Sr. Don Eduardo García Rivas, director y propietario del Fonógrafo, con una colección de producciones en prosa y verso de escritores zulianos, de algunas de las cuales había él mismo sido editor, y que por cierto se pueden presentar como muestra de los grandes progresos de su tipografía.

De los siete templos que la población encierra, el más importante es el de San Pedro y San Pablo, situado en la plaza de la Concordia, que es la más extensa y regular; tiene un bonito paseo con arbolado, circuido de una elegante verja de hierro. Este templo tiene reminiscencias del orden dórico, y aunque no hay en él ningún objeto artístico de relevante mérito, está bien decorado, tiene algunos cuadros e imágenes de mediana ejecución y de varias escuelas, sobre todo de la sevillana; sus tres naves son bastante extensas; su pavimento es de mármol y el retablo del altar mayor elegante y sencillo.

Lo que más llamó mi atención en todos los templos fue el gran número de losas funerarias que cubren la mayor parte del pavimento, recordando los nombres de las personas allí sepultadas, su origen y las fechas de su nacimiento y su muerte. Con las inscripciones de todas aquellas losas podría formarse un álbum que comprendería lo más notable de las antiguas familias que habitaron en la ciudad y en ella murieron.

Deseoso de manifestar de alguna manera mi gratitud por los obsequios recibidos y de dejar una huella agradable de mi paso, propuse en una reunión de amigos, en su mayor parte escritores, que celebrásemos en el teatro una velada literaria, cuyos productos íntegros se destinasen a las casas de beneficencia. Mi pensamiento fue acogido con entusiasmo, y desde luego se empezó a trabajar para ponerlo en ejecución lo más pronto posible. Los periodistas se encargaron de invitar por medio de la prensa a los poetas y escritores que no estaban presentes, y de llamar la atención del público por la novedad que encerraba y el objeto que se proponía.

DOMINGO 6 DE ENERO

Uno de mis nuevos amigos, el joven D. Julio García Herreros, para quien había llevado desde Cúcuta una recomendación de familia, llegó desde muy temprano a buscarme. Era su objeto que visitásemos el teatro y que fuésemos después, atravesando la bahía, a visitar un lugar llamado Los Haticos, donde hay muchas y muy lindas casas de recreo, unas habitadas constantemente, y otras que tienen allí las familias acomodadas de la ciudad que no pueden abandonar en ella sus ocupaciones habituales, y van a ocuparlas sólo los días de fiesta. Desde allí, la vista sobre la ciudad es encantadora.

La visita al teatro fue para mí muy agradable. Aquel templo levantado a Talía tiene todas las condiciones de elegancia, ventilación, comodidades y aseo que pueden imaginarse. La ventilación principalmente, que es la necesidad más imperiosa de aquel clima, no perjudica en nada a las condiciones acústicas del salón; sus localidades son todas amplias y sin obstáculos que impidan la circulación del aire; sus adornos son sencillos y de buen gusto; las pinturas que adornan el techo, si no pueden llamarse obras maestras, están ejecutadas de modo que no ofenden el arte, lo mismo que las decoraciones y el telón de boca, sobre el cual se halla en un medallón el retrato de un maracaibero ilustre, Don Rafael María Baralt, conocido como historiador y filólogo en ambos continentes y con cuya amistad me honré durante su permanencia en España, hasta que murió en Madrid desempeñando la dirección de la Imprenta Nacional con

aplauso de sus nuevos compatriotas. Para desahogo del público, el teatro tiene también bonitos salones de descanso y ambigú, un terrado en el piso principal adornado con macetas de flores, un bonito jardín en la planta baja, y a la entrada un buen vestíbulo cercado por una elegante verja.

Del teatro pasamos a la casa del Señor García Herreros, y de ella salimos con su familia para los Haticos.

En menos de un cuarto de hora atravesamos la ensenada en una góndola ligera, y saltamos en tierra por un muellecito de madera junto al cual hay un cómodo baño cubierto, para satisfacer una de las principales necesidades del clima. Visitamos algunas casas, todas rodeadas de jardines y sombreadas por bellísimos grupos de palma de coco; y aunque en su mayor parte son de madera, su construcción especial y hasta su mueblaje les dan cierta frescura encantadora. Donde más nos detuvimos fue en la del Sor. José María Jugo, pariente de otro venezolano, que también había sido amigo mío, D. Francisco Delgado Jugo, célebre médico oculista, que estableció con gran crédito en Madrid un gabinete oftalmológico y falleció durante mi ausencia. La casa del Sor. Jugo es un palacio en miniatura; su familia, que forma parte de la del Sor. García Herreros, es como toda ella de un trato amenísimo, y él y su esposa saben hacer los honores de su hogar con la culta franqueza y la cordialidad propia de los pueblos Hispano-Americanos.

El Sor. García Herreros me invitó a comer con él aquel día, y tanto él como su joven y bella esposa me hicieron pasar el tiempo de la manera más agradable, amenizando los placeres de la mesa no sólo con la variedad de manjares que ofrece la localidad, sino con todos los detalles que pudieran exigirse en una de las principales poblaciones de Europa. Las primeras horas de la noche, clara y serena, como en aquella estación suelen ser en los trópicos, las empleamos en recorrer en carruaje las orillas del lago por la parte opuesta a Los Haticos, donde se extienden a un lado y otro de una vía carretera espacios destinados a varias industrias, entre ellas algunos alfares y hornos de cal, tiendas de bebidas y comestibles y habitaciones de gente pobre, en muchas de

las cuales se oían los instrumentos y la algazara de los bailes que en España llamamos de candil, con que las clases trabajadoras suelen en todas partes celebrar sus fiestas.

LUNES 7 DE ENERO

Después de un paseo matinal se presentó en el hotel uno de mis nuevos amigos, el Sr. D. Manuel Ignacio de Armas, antiguo marino y hoy dedicado al comercio, a quien también había sido recomendado desde Cúcuta, y me invitó a visitar con él un nuevo vapor llamado el Zulia, construido por una compañía de que él era el jefe, y destinado a la navegación del lago y del Catatumbo. La visita tenía por objeto el asistir a la prueba de la máquina del buque que debía verificarse en aquella mañana. Llegamos a él y ya estaban a bordo algunos de los socios y varias familias de los empleados; pero la prueba no se pudo hacer porque hubo una descomposición en la máquina y se necesitaban algunas horas para corregirla. Regresamos a la ciudad como a la una de la tarde, y marcando el termómetro a la sombra una temperatura de 32° centígrados. Aquello era derretirse, y sin embargo, los maracaiberos decían que era un inviernito. No es extraño que la conseja popular diga que sienten frío hasta en el infierno.

Por la tarde vinieron a buscarme el gobernador saliente del Cantón, Sr. D. José E. Andrade con su hermano D. Francisco, el nuevo gobernador, General D. Bernardo Pinedo Velasco, el secretario de gobierno y varios periodistas que deseaban oír mi opinión sobre un proyecto, empezado a poner en práctica, y era el conducir aguas a la ciudad desde una cañada distante algunos kilómetros, donde hay algunos pozos de agua potable ya muy antiguos, de que la ciudad se surte, acarreándola en cargas a las casas principales, lo cual es bastante costoso, mientras que el resto de los habitantes sólo usa las del lago, que por allí son ya algo saladas.

Siendo la conducción de aguas potables en abundancia a la ciudad un asunto importantísimo para todos sus moradores, por lo mucho que escasean y lo muy elevado de la temperatura, que las hace más necesarias para todos los usos de la vida,

se empeñaron, repito, en oír mi parecer, no valiendo excusarme con que yo no era ingeniero ni tenía grandes conocimientos en la materia.

Aunque desde la ciudad al punto donde se ejecutaban las obras, que había de tres a cuatro kilómetros, no hay verdadero camino, los carruajes pueden llegar bien, porque los cactus y arbustos espinosos que hay en el terreno dejan paso con facilidad en cualquier dirección, y el piso es suave y no está escalonado por las corrientes de las lluvias.

Llegados al lugar, nos apeamos de los coches y vimos ya hecha una grande excavación cuadrangular a donde por filtración deben reunirse las aguas subterráneas que descienden por la cañada a morir en el lago. Esta excavación, que tendrá por lado unos treinta metros, traspasa las capas de arcilla impermeables de la superficie, que tienen algunos metros de espesor, hasta encontrar las capas permeables de arena y guijo por donde circula el agua. Desde este depósito de filtración se hará subir el líquido por medio de una bomba a otro depósito superior al nivel de la ciudad, a la cual por medio de una tubería irán luego las aguas por su propio peso. La obra está muy bien concebida y se está ejecutando con mucho acierto bajo la dirección del ingeniero Don Francisco de Paula Andrade, con quien ya tenía amistad antigua, aunque epistolar y de carácter literario desde Colombia, donde ambos residíamos.

En la ejecución no había dificultad alguna que vencer. La única duda de los maracaiberos consistía en si las filtraciones serían tan abundantes, que pudiesen satisfacer siempre las necesidades de la ciudad, o si se agotarían fácilmente, en cuyo caso la obra no correspondería a las esperanzas que hacía concebir ni a los gastos que ocasionaba.

Mi parecer sincero y franco fue en favor del proyecto y así lo consigné en una carta que dirigí al Sor. Andrade y que publicaron los periódicos.

Hela aquí:

Señor D. Francisco de P. Andrade

Muy estimado señor y amigo:

Ya que desea Usted conocer mi humilde opinión sobre las obras emprendidas para conducir agua potable a esta ciudad desde el sitio denominado La Hoyada, y sobre la procedencia de las que allí se encuentran, aunque el ligero examen que practicamos ayer es insuficiente para emitir una opinión bien fundada y no sujeta a errores o equivocaciones, tengo mucho gusto en comunicarle la idea que formar pude por la simple inspección del terreno superficial, del corte de las primeras capas geológicas que se hallan al descubierto y por la naturaleza y disposición de las capas aglomeradas que constituyen el subsuelo hasta la roca subyacente.

Esta es una capa cretácea que debió constituir el primitivo fondo del lago, cuando éste se extendía por toda la dilatada llanura comprendida entre las cordilleras que le sirven de marco, y cuando comenzaron a formarse a expensas de los detritus de las mismas cordilleras, acarreados por las corrientes pluviales y fluviales, las capas de sedimento, en su mayor parte arenisco muy impregnado de óxido de hierro, que la cubren y que en algunas partes ha conglomerado fragmentos de mayor tamaño que las arenas gruesas arrastradas por corrientes más impetuosas, constituyendo estratos brechiformes, que varían de espesor según las ondulaciones del suelo en que los materiales se fueron depositando sin haber perdido hasta hoy su horizontalidad relativa.

El grande acarreo de materias sedimentosas, por una parte, y por otra la acción general de las fuerzas que constantemente están modificando la fisonomía del planeta, redujeron el lago a sus actuales dimensiones, dejando al descubierto y en seco las dilatadas llanuras que hoy lo circuyen, y en donde la excesiva permeabilidad del suelo y la elevación de la temperatura hacen que la filtración y la evaporación no dejen en la superficie sino una pequeña cantidad de humedad, insuficiente para otra vegetación

herbácea, arbústica o arbórea que no sea la de aquellas plantas que se nutren principalmente por la absorción atmosférica o las que llevan pronto la extremidad de sus raíces a la profundidad de los jugos perpetuos.

De aquí nacen dos cuestiones.

1a. ¿Puede por sí sola la absorción del suelo o filtración de las aguas de lluvia alimentar y sostener el volumen de agua que circula por las capas permeables hasta ahora examinadas?

2a. Si la filtración por sí sola no es suficiente, dada la rapidísima y enorme evaporación de las aguas de lluvia, ¿de dónde procederá aquella?

En mi humilde juicio las aguas subterráneas que se encuentran en La Hoyada principalmente (porque con raras excepciones aquellas siguen siempre el mismo curso que las superficiales), proceden, en una proporción muy pequeña, de las infiltraciones de la llanura arenosa y sí en su mayor parte de las faldas de la cordillera que se extiende desde el Catatumbo hasta la Goajira y muy especialmente de la región comprendida entre las hoyas del Socuy y del Palmar.

En las faldas de la cordillera tal vez más de una corriente fluvial se pierde en las arenas del llano para aumentar el volumen de las aguas subterráneas que en suave declive van a morir al Lago a más o menos distancia de sus márgenes y de su superficie.

Así encuentro resueltas las dos primeras cuestiones; y dada la extensión de los terrenos que tienen su declive hacia La Hoyada, me parece muy difícil que deje de afluir al lugar de la extracción la cantidad suficiente de aguas para que la ciudad esté bien abastecida.

La cuestión de elevar el agua hasta el depósito que se está fabricando está previamente resuelta por las bombas aspirantes e impelentes evitando la presión que pudiera extraviar el curso de las filtraciones.

Creo también que el sistema adoptado es el más a propósito para que el agua llegue bastante oxigenada al lugar del consumo.

Pienso por último, amigo mío, que Usted y las demás honorables personas que intervienen en la realización de la obra prestan a la ciudad de Maracaibo un verdadero y eminente servicio; y que así el gobierno como los particulares premiarán con su estimación y su gratitud los nobles esfuerzos con que Uds. satisfacen la primera y más apremiante necesidad de todo pueblo, máxime si éste aspira a tener verdaderas comodidades y a embellecer el aspecto público que es el mejor termómetro para apreciar los grados de su cultura.

Perdone Usted que me atreva a formular en tan breves líneas y tan a la ligera mi opinión en un asunto tan complicado e importante, sólo por satisfacer sus deseos; y aceptando mi parabién más cordial, disponga de su afectísimo seguro servidor y amigo,

Al volver a la ciudad llamó mi atención un grupo de indios goajiros compuesto de dos hombres, una mujer y un muchacho, cuyo vestido consistía en una especie de blusa o saco de tela blanca y recia, con abertura para la cabeza y los brazos. El hombre y el muchacho llevaban la túnica ceñida a la cintura por medio de un cordelillo y levantada casi hasta la mitad del muslo, mientras que la mujer la llevaba suelta y casi arrastrando por el suelo, velando completamente sus formas. Los hombres llevaban un sombrero de palma en la cabeza, uno de ellos con algunas plumas de gallo, signo de cierta autoridad en la tribu; el muchacho y la mujer la llevaban al descubierto, y esta última pintado el rostro por una faja horizontal de color rojizo que le cubría desde la frente hasta el labio superior y se prolongaba desde una oreja hasta la otra.

Aunque la esclavitud está abolida de derecho, casi se puede decir que existe de hecho en Maracaibo. El personal del servicio doméstico, tanto de hombres como de mujeres, se compone de indios goajiros, que desde niños son llevados a vender muchas veces por sus propios padres, y que se transmiten de una a otra familia por los mismos medios. Algunos de ellos suelen emanciparse y regresar a su tribu, mientras que otros, mejor hallados con la vida de la civilización, se habitúan a ella y se buscan la vida en cualquiera ocupación fuera del servicio doméstico.

Entre las clases ilustradas hay muchas simpatías por Colombia, y varias personas convinieron conmigo en que la actual división territorial es arbitraria y absurda y que la natural sería la determinada por el Zulia y el Catatumbo, en cuyo caso corresponderían a Colombia las faldas de las montañas por donde hoy va la demarcación, incluso Maracaibo y toda la península Goajira. De ese modo ambas repúblicas podrían salir al mar por aguas propias, y Venezuela recibir una indemnización en los Llanos de Casanare, por ejemplo, quedando también comunes las aguas del Meta y el Orinoco.

MARTES 8 DE ENERO

Con motivo de la próxima velada literaria, fijada para la noche del jueves 10 y anunciada por los periódicos con gran entusiasmo, recibo muchas visitas, y entre ellas las de algunos jóvenes que desean leer o recitar en público, y quieren consultarme.

MIÉRCOLES 9 DE ENERO

El gobernador saliente, señor Andrade, persona de notable ilustración y considerado allí muy justamente como un modelo de probidad y de cultura, me había prometido desde el día anterior acompañarme a visitar los establecimientos públicos de más importancia, y llegó muy temprano a visitarme en su coche.

Nos dirigimos primero al nuevo cementerio que se está acabando de construir, que comprende como diez hectáreas de terreno llano y está cercado ya de una verja de hierro apoyada en un alto zócalo y en fuertes pilastras de mampostería. Al frente de su entrada se está levantando un edificio para capilla y otro contiguo para depósito de cadáveres; los cuarteles están demarcados por calles que se cruzan perpendicularmente, y en cuyos bordes hay ya algunas plantas propias del clima; y a pesar de no hallarse concluido, se ven ya en él algunos bellos sepulcros monumentales de mármol, con esculturas simbólicas, llevados expresamente de Italia para algunas de las principales familias de la población, que desean entregarse al sueño de la muerte con el mismo esplendor y el mismo lujo que los ha separado en vida de las clases humildes y menesterosas. ¡Ilusión triste! porque la naturaleza, al recibir del hombre el pago ineludible de la materia que ella le ha prestado, no hace distinciones; y lo mismo roe el gusano de los sarcófagos las carnes putrefactas envueltas en terciopelo y brocado y encerradas en preciosas urnas cinerarias, que el cuerpo del infeliz mendigo envuelto en los asquerosos harapos de la miseria; y el mismo destino tienen en la transformación universal los despojos orgánicos del que ha ceñido corona entre los hombres, que los del insecto que ha desempeñado su misión providencial entre las criaturas, en la inferior escala que le cupo en suerte. El mármol, sustancia caliza atacada constantemente por la acción atmosférica, y el bronce, que tampoco resiste a la oxidación, permanecerán allí más o menos tiempo dando testimonio de la vanidad humana; pero al cabo entrarán también en el curso forzoso de las transformaciones, como ha entrado el cadáver que encubrían y como entra todo en la Naturaleza.

Lo único que me pareció de mal gusto fue el seguir la manía, general en los pueblos de nuestra raza, de formar nichos a manera de estantes, para colocar los muertos con su etiqueta y numeración, como si fuesen artículos de comercio.

Del cementerio, que está muy bien situado y a conveniente distancia de la población, pasamos al hospital de nuestra Señora de Chiquinquirá, donde había muy pocos enfermos, a pesar de darse en aquel entonces algunos casos de fiebre amarilla.

Hacíanse notar en él el grande aseo de las salas, el orden en todas las dependencias y las comodidades y el bienestar relativo de que los enfermos disfrutaban.

Pasamos de allí a la Casa de beneficencia, refugio de la ancianidad desvalida, que ocupa un antiguo edificio colonial bastante espacioso, donde todos los acogidos reciben una asistencia y un trato esmerados y bendicen constantemente a sus bienhechores.

Fuimos después al Asilo de huérfanos, que también llamó mi atención, por el aseo en las personas y en las cosas, y por el buen orden que la administración ha establecido. Aquél es, por decirlo así, el primero y más importante de los hospitales; pues en él se cura la más temible llaga social, que es el abandono de la inocencia a los malos instintos y a la depravación que casi siempre llevan en pos de sí el abandono y la ignorancia. Allí aprende el niño, bajo la dirección de buenos maestros, sus deberes para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes; allí aprende también a manejar las armas que ha de esgrimir en la lucha por la existencia a que todos estamos condenados, que es el manejo de las herramientas de un oficio y los rudimentos de las ciencias en que algún día puede apoyarse para prosperar y vivir bien, sin perjudicar a sus hermanos.

El administrador del establecimiento me presentó un álbum para que consignase en él mi nombre y la impresión que había recibido. Así lo hice con la mayor lealtad, como aquí lo dejo consignado.

Del Asilo de Huérfanos pasamos a la Penitenciaría. El director de ella nos acompañó por todas partes y, a pesar de la escasez de agua, tan indispensable para la limpieza, se observaba en todo un grande aseo. Los presos manifestaron a nuestra llegada respeto y compostura, en vez del cinismo del que suelen hacer gala los criminales, y el gusto con que se ejercitaban en los talleres, indicaba en ellos un verdadero propósito de rehabilitación por el arrepentimiento y el trabajo.

También llamó mi atención el pequeño oratorio debido a la iniciativa del señor Andrade, por la sencillez que en él se observa. En el altar no hay más que un crucifijo y dos ramilletes de flores artificiales plateadas como único adorno.

El pavimento es todo de cemento romano, lo cual facilita mucho la limpieza.

Después de estas visitas, hicimos por tierra una ligera excursión a Los Haticos, rodeando el lago cuyas orillas están cubiertas por todas partes de casitas más o menos bellas y espaciosas, según los recursos de sus dueños, y en su mayor parte rodeadas de palmeras y árboles frutales, arbustos y flores, cuya conservación exige grandes cuidados y sacrificios por las contrariedades del clima.

Antes del mediodía, el señor Andrade volvió a dejarme en mi hotel, y le agradecí mucho aquella muestra de deferencia, que me hizo formar de Maracaibo la elevada idea que bajo muchos aspectos merece.

JUEVES 10 DE ENERO

El vapor Maracaibo acaba de llegar y debe salir el sábado de madrugada. Hago todos mis preparativos para salir en él: paso el día en preparar mis manuscritos para la velada de la noche y en recibir algunas visitas.

Al oscurecer vienen a buscarme el señor García Herreros y varios amigos para acompañarme al teatro.

La plaza principal que se halla cerca de él estaba llena de gente esperando la hora de entrada. A las 8, lo más notable de la población ocupaba las localidades todas y aguardaba con impaciencia.

Levantado el telón nos presentamos en el escenario los que debíamos tomar parte activa en la fiesta y saludamos al público que nos recibió con las mayores muestras de simpatía.

Mis cofrades me cedieron el puesto de honor, invitándome a recitar el primero, y lo hice con mi poesía Al suelo natal, escrita muchos años antes al alejarme de él y se halla inserta en las primeras páginas de estas Impresiones de viaje.

Leyéronse después, entre otras composiciones, dos bellos sonetos dedicados a mí por los señores doctor Ildelfonso Vásquez y Don Lisoés Finol, y otras poesías de los mismos señores y del señor Don Pablo A. Vilches que merecieron grandes aplausos.

Tocóme de nuevo el turno y, a petición de mis amigos leí algunas de mis composiciones ligeras que van a continuación:

EL DESTINO DE LAS FLORES

En torno de una flor aún en capullo
El céfiro con dulce y blando arrullo
Suspiraba de amor.
Abre tus lindos pétalos, decía,
Y goza del naciente y claro día
El matinal albor

Abrió la flor su cáliz perfumado:
En su aroma purísimo embriagado
El céfiro falaz
Detúvose un instante y presuroso,
Envuelto en su perfume delicioso,
Huyó cruel y audaz.
Desapareció fugaz

La pobre flor, al asomar la noche,
Cerró de su corola el mustio broche,
La cabeza inclinó.
Pasó el céfiro alado indiferente;
Vió en su faz una lágrima pendiente,
Y su vuelo siguió.

LA NIÑA CURIOSA

-Padre: ¿Por qué la flor, ayer abierta,
Exhala más olor,
Cuando hoy baña su espléndida corola
En los rayos del sol?
-Ese es, hija del alma, un gran misterio
Que envuelve la creación:
Es la ley del progreso y de la vida;
Es la ley del amor.

-Padre: ¿por qué de noche no cantaba,
Y hoy canta el ruiseñor?
¿Por qué lleva a esconder entre el ramaje
Mis copos de algodón?
-Hija: porque obedece, sin saberlo,
La sabia ley de Dios,
A que obedece abriendo su corola,
La perfumada flor.

-Padre: ¿Por qué, cuando mi mano estrecha
Ese joven que usted nos presentó,
No puedo alzar los ojos y en mi pecho

Late con más violencia el corazón?
-Hija: es... Pero pregúntale a tu madre,
Que ella te lo dirá mejor que yo.

JURAMENTOS DE AMOR

I

Juana y Juan de tal modo se adoraban,
Que envidia a todos con su amor causaban,
Y eran de los amantes vivo ejemplo.
Por probarle hasta dónde lo quería,
Ella le dijo un día:
"Llévame, Juan, al templo,
Que allí, al pie del altar voy a ofrecerte
Ser tuya, sólo tuya, hasta la muerte;
Y además, a invocar con todas veras
A Dios para que sirva de testigo
De que quiero, en el caso que tú mueras,
En prueba de mi amor, morir contigo.

II

Cuando al templo llegaron,
Ante el ara sagrada se postraron,
Y Juana, con profundo sentimiento,
Puesta ante Dios de hinojos
Y arrasados de lágrimas los ojos,
Pronunció su solemne juramento.

III

Mientras él se encontraba bueno y sano,

Ella, fiel, su plegaria repetía,
Y sobre el corazón puesta la mano,
Morir con Juan como favor pedía.
Pero llegó el instante
En que Juan cayó enfermo, de tal suerte,
Que vio llorando la mujer amante
Ya inevitable y próxima su muerte.
Entonces a los pies de un crucifijo,
Cual triste y desolada Magdalena,
De lágrimas bañada, hincóse y dijo:
"Señor: si es fuerza que mi Juan sucumba,
Dejadme acá para sentir mi pena
Y ornar de flores su preciosa tumba.

UNA DEFINICION

CUENTO

Viajaba yo una vez por el Tolima²
Con un joven arriero calentano³,
Y, al coronar de un cerro la alta cima,
De parar me hizo seña con la mano.

-¿Se cansa usted? preguntó el arriero.
La cuesta es una cuesta del demonio!

-Nunca ella me cansó cuando soltero,
Dijo; pero hoy... ya cargo el matrimonio.

² Uno de los 9 Estados de la Unión Colombiana.

³ Natural o habitante de las tierras calientes.

¿Acaso el matrimonio pesa mucho?

-Ay patrón! explicárselo quisiera
Como yo lo comprendo.- Ya lo escucho.
Y el joven se expresó de esta manera:

Es... cual carga de miel pesada y dura...
Que mata el lomo al que la va cargando;
pero en cambio le ofrece la ventura...
De dar un lametón de cuando en cuando.

Después de otras varias lecturas y de la ejecución de algunas piezas notables por la orquesta, leí la poesía dedicada a Maracaibo, que el público recibió con grandes muestras de gratitud y aprecio:

A MARACAIBO

Después de áspero camino
por entre rocas y breñas
llego a tus playas risueñas
como errante peregrino.

Hijo del suelo español,
quise ver en su grandeza
la virgen naturaleza
que con su fuego baña el sol;

Y como hay algo, que traza
el rumbo al más noble afán,

me atrajeron como imán
los pueblos de nuestra raza.

Al ver cual ellos me amaron,
no eché de menos mis lares
recorriendo los hogares
que nuestros padres formaron.

Visité los anchos ríos,
trepé a las altas montañas,
viví entre gentes extrañas
en sus salvajes bohíos;

Y de emociones en pos,
mi pobre lira pulsando,
fui por do quiera cantando
las bellas obras de Dios.

Pero un placer más vehemente
nunca sintió el alma mía,
que al ver, al rayar el día,
desde el lago trasparente,

Tus blancas torres veladas
por la caprichosa bruma;
tus pies cubiertos de espuma
entre las ondas rizadas;

Y en la tropical aurora,
tus bosques de cocoteros,
cuyos penachos ligeros

la luz del alba colora.

Tu belleza al admirar,
Iba en mi asombro diciendo:
"¡Es otra Venus saliendo
de entre la espuma del mar!".

¿Qué espera tanto bajel
ondeando la blanca vela?
Tu sueño sumiso anhela
guardar como esclavo fiel.

Ansiosa por complacerte
la velera muchedumbre,
aguarda que el sol alumbre
y su señora despierte,

Para presentarle ufana
como ofrenda de su amor,
el más rico y mejor
fruto de la industria humana.

De dicha el germen fecundo
se ve brotar en tu seno;
tus hijos al fruto ameno
unen talento profundo;

Si belleza y juventud
doquier tus hijas ostentan,
sus méritos acrecientan
el pudor y la virtud

Y tu culta sociedad,
en su progreso avanzando,
va como huella dejando
instrucción y caridad.

El afecto que sentí
y el eco que él encontró
me están diciendo que yo
no soy extranjero aquí.

Mi pecho tan solo anhela
que este maternal abrazo
se convierta en nuevo lazo
entre España y Venezuela;

Que de esta grata mansión,
aunque tan pronto me pierdo,
será imborrable el recuerdo
que llevo en mi corazón.

Terminó la velada con el precioso romance en fabla antigua del joven Don Octavio Hernández, recitado por él con gran soltura, recibido por mí con profundo agradecimiento, y premiado por el público con extraordinarios aplausos.

He aquí el

ROMANCE

Non es de sesudos homes

ni de infanzones de pró-
facer desaire a un fidalgo
que viene en darnos honor.
Y, aun sin catar abolengos
ni curarnos del blasón,
la buena crianza obliga
al pechero y al señor.
Decirvos quiero, por ende,
que perdonedes si yo,
con mi rústica zampoña
agora ensayando el son,
al caballero de Alba
hago trovas de loor.
Non curedes si son buenas
ó desaboridas son,
ni si es grande el que las face
o en malvillas se crio;
pensá que es bueno el intento
y el huésped ha tanto honor,
que con estalle endilgadas
ya aquistan estimación.
Pensá que vino a esta tierra
como mandado por Dios
el que en tierra que otro tiempo
nuesa madre se llamó
vido mecer la su cuna
bajo el castellano sol.
Pensá que el su valimiento
non todos le gozan, non,
y que lleva a los sus lares
buenas nuevas que allegó

de cómo estamos agora
nasciendo a vida mejor.
Pensá que en ciencias y en letras
es home de mucha pró,
y si es dicha el hospedalle
y muy alta distinción,
pensá que muchas vegadas
tal dicha non caesció,
y es ley que todos la gocen
y la encumbre toda voz.

Ansí vos, el caballero,
el caballero español,
ca con hermanas cariño
os acordades de nos,
quando de vuestas destrezas
quisistes facernos don
y acorrer al malandante
en su coita y dolor,
ansi cefiros plascientes
sigan vuesa nao empós;
ansi tras della flotando
del pobre la bendición
al rabioso don Neptuno
domeñar pueda el furor;
ansi alla orilla arribedes
do vuesa cuna se alzo,
y en ella los pajaricos
apar que del nuevo sol
canten de vuestas venturas,
en el no apreciado son;

ansí vayan vuestas obras
siempre de bien en mejor,
peinedes las blancas canas
sin dolencia y sin lesión.

¡Dios os guarde, el caballero,
el caballero español,
que tornades a la patria
del buen Cid Campeador,
á la patria de Pelayo,
y tanto egregio varón!
noble fijo de tal patria,
noble fijo, guárdeos Dios
y ella os tienda los sus brazos,
ca lo sodes en su honor.
Cuando en la fermosa tierra
por quien sospirades hoy
trovardes vuestos hermanos
que, encariñados de vos,
folgan en cantar presente
al que fortuna alongo,
y hubo patria tan amante
magüer non fuera mejor,
decildes que aquí un momento
vuesa planta se posó
y acoitados nos dejastes
por la poca duración.
Contaldes que en nos ya es muerto
aquese añejo rencor
y que somos sus hermanos,
igual que lo sodes vos.

Aquesto y más, el de Alba,
decildes en nueso honor,
non por vano alabamiento
más por justicia y razón
Ansi de vuestas haciendas
el premio os otorgue Dios,
y Él os guarde, el caballero,
el caballero español.

Al salir del teatro, fueron a acompañarme hasta el hotel mis nuevos amigos y muchos caballeros que deseaban estrechar mi mano. En un ligero e improvisado refresco que pude ofrecerles, hubo muchos brindis, pero los que me complacieron más fueron los dedicados a la fraternidad y simpatías entre España y Venezuela.

VIERNES 11 DE ENERO

Como víspera de mi marcha, tuve que hacer muchas visitas de despedida a las autoridades y particulares que tanto me habían honrado, y a la caída de la tarde pasé a bordo del vapor, hasta el cual fueron muchas personas a despedirme, permaneciendo algunas de ellas a mi lado hasta hora bien avanzada de la noche.

SÁBADO 12 DE ENERO

A las 4 de la mañana salió el vapor Maracaibo e hizo rumbo hacia la boca del golfo. El lago que por allí se estrecha mucho, deja ver sus dos orillas y algunas isletas, por lo general cubiertas de manglares, y a mayor distancia bosques de cocoteros y colinas casi desnudas de vegetación y con derrumbes ocasionados por las corrientes pluviales. Cuatro horas después llegamos al fuerte de San Carlos, donde esperamos la subida de la marea para poder pasar la barra.

San Carlos es, a la vez que fortaleza, aduana y presidio, donde ciertos penados van a extinguir sus condenas. El fuerte tiene la forma de una estrella y está bien conservado y artillado. La guarnición se compone de unos 400 hombres, y el jefe militar, D. Rafael Arias, general venezolano, nos recibió de una manera muy afectuosa, acompañándonos a visitar los talleres donde los penados trabajan, unos en carpintería y herrería y otros en la conservación de las escolleras, batidas constantemente por las olas. También nos mostró el pequeño parque donde se ven desde los rifles de invención moderna hasta los fusiles de chispas que a principios del siglo se usaban.

Llamó mi atención entre los penados el ser mucho mayor el número de los de raza europea con más o menos mezcla de la africana, que el de los negros puros, a pesar de lo que esta raza abunda, sobre todo en las costas venezolanas.

Entre los individuos de la guarnición se ha formado una banda, que nos obsequió tocando muy bien algunas piezas escogidas; y desde el administrador de la Aduana, Señor Azpurúa, hasta el último de los empleados, trataron de hacer agradable nuestra corta permanencia en el fuerte.

El maestro de instrucción primaria, que lo es a la vez de los penados y de la tropa, es un joven bastante ilustrado, y me obsequió con un ejemplar de sus poesías, que acababa de dar a luz en un folleto, donde hay algunas notables por la belleza de su forma y por el sentimiento delicado que las inspira. El poeta se llama Don Eduardo Gallegos Célis, y probablemente permanecerá en aquella atmósfera tan poco propicia para el desarrollo de su inteligencia y para la realización de sus nobles aspiraciones, si no encuentra una mano poderosa y amiga que lo saque de aquel rincón ignorado.

A las 2 de la tarde zarpamos del fuerte de San Carlos, y a las 3 pasamos la barra con ayuda del práctico, que se volvió en un ligero vaporcito con el cual jugaban las olas como si fuese una pluma, haciéndolo aparecer y desaparecer alternativamente entre sus profundas sinuosidades.

En el golfo había mucha marejada, que fue arreciando cada vez más, hasta que ya cerca del día, el brisote se hizo menos duro y el movimiento del buque menos molesto.

DOMINGO 13 DE ENERO

Al anochecer, el mar quedó más tranquilo, y a la simple vista veíamos al este la costa de punta Macolla, y en la misma dirección, algo más lejos, el cerro de Santa Ana, que se presenta como un cono aislado de considerable altura.

A las 9 vimos dibujarse hacia el norte la Aruba, una de las islas holandesas, con su elevado cono hacia su extremo boreal, que hace el efecto de la cabeza de un monstruo enorme saliendo del fondo de las aguas.

Al sureste dejamos las costas de la península de Paraguaná, formada por médanos en los cuales se ven algunos ranchos de pescadores.

Según entraba el día, la brisa se fue levantando aunque no con la fuerza que en el anterior, y a la una de la tarde empezamos a ver hacia el noreste la isla de Curazao, a donde nos dirigíamos. A las 4 pudimos apreciar ya algunos detalles de sus costas. Los cerros más altos se hallan hacia el norte, y en ellos sobresalen algunos picos formados por los estratos rotos violentamente al tiempo de levantarse la isla. En su parte occidental se ven muchos vallecitos salpicados de casas de campo de elegante aspecto, algunas de ellas rodeadas de sementeras de maíz. La vegetación espontánea, cerca de la costa, es generalmente arbústica; las arboledas suelen ser artificiales y en las lomas más áridas no se ven sino *cactus cirius* y algunas plantas espinosas.

Casi todos los valles terminan al oeste en ensenadas más o menos profundas, y en todas ellas hay salinas. El resto de la costa es escarpada, y el batir de las olas va por todas partes socavando el terreno, trabajo constante de transformación con que trata el mar de recobrar su perdido imperio. Las capas superiores son madreporicas; más

abajo se ven como estratos calizos también de formación animal y bancos enormes de caliza incrustante, y en algunas islas cuevas formadas por el lento trabajo de las aguas se ven muchas estalactitas y estalagmitas. Hacia la parte del sur se dibujan mesetas de bastante extensión, tal vez destinadas a algún cultivo, pero por ninguna parte vimos ganados mayores ni menores. Como el viento era duro, el vapor tuvo que buscar el amparo de la costa, que corre de norte a sur, para evitar el noreste que le impedía avanzar hacia el puerto.

En cuanto alcanzaba la vista, los estratos de rocas tienen casi todos una inclinación o buzamiento hacia el noroeste y algunos hacia el oeste, lo cual indica el sentido en que se desarrollaron las enormes fuerzas plutónicas que produjeron el asombroso cataclismo a que deben su elevación aquellas islas o que sepultó entre las olas la cadena de montañas cuyas crestas forman hoy las Antillas, teniendo por centro de erupción el golfo de Méjico y el mar Caribe.

Cerca del puerto vimos hacer la señal de nuestra llegada en la torre del vigía, que se halla en la punta de un peñasco, y entrar a toda vela un bergantín goleta que venía de la parte del Sur.

Llegamos al puerto al ponerse el sol, y vimos el astro como nunca lo habíamos visto: la refracción de la luz en las capas inferiores de la atmósfera, muy cargada de vapores acuosos, aumentaba de un modo enorme el diámetro aparente del astro y le daba cierta opacidad y un color rojizo que lo asemejaba a un inmenso globo artificial, iluminado interiormente por una intensa luz de bengala.

Por no sacar el equipaje a aquella hora, preferí pasar la noche a bordo, y por cierto fue muy agradable.

LUNES 14 DE ENERO

Desde muy temprano me trasladé al hotel del León, que está frente al muelle y tiene regulares comodidades.

Allí me informé de los días en que debían salir buques para Puerto-Cabello o la Guaira, a fin de poder tomar allí alguno de los vapores de las líneas españolas que hacen la travesía de Colón a Puerto Rico, donde enlazan con los que van de Cuba a la península.

Según mis informes, había de detenerme por lo menos 12 o 15 días y tal vez otros tantos en la Guaira o Puerto-Cabello. Permanecer por tanto tiempo en aquella isla o en alguno de los puertos de Venezuela, no me ofrecía un gran aliciente. Por otra parte, no quería dejar las playas americanas sin visitar, siquiera fuese a la ligera, la gran fortaleza de los tiempos coloniales, la célebre Cartagena de Indias, y sobre todo, la más colosal de las obras emprendidas en nuestro globo por la humanidad que lo habita, a quien parece que Dios hubiera confiado la misión de acabar y perfeccionar una indicación de la Naturaleza: el canal interoceánico, empresa que dará nombre a nuestro siglo y al gran ingeniero encargado de su dirección, por más que el pensamiento que hoy se realiza hubiese sido explanado y acariciado por hombres de nuestra raza en los tiempos más felices de la dominación española.

De un día a otro debía arribar a la isla un buque inglés, que se detendría poco en el puerto y seguiría para Colón, y resolví tomar pasaje en él tan pronto como llegara.

El tiempo que iba a detenerme en Curazao no era suficiente para conocer bien aquella isla, descubierta por Alonso de Ojeda a mediados del siglo XV, y que, mientras fue nuestra, estuvo casi siempre abandonada. Su población ya la conocía desde que la visité por primera vez 13 años antes, así como su ensenada principal, que se asemeja a un gran árbol, con sus raíces, su tronco y sus ramas, forma especialísima que tiene en la isla otras seis o siete ensenadas más, aunque ninguna alcanza la magnitud, perfección y simetría que la que se ve del puerto a la capital.

Deseoso de saludar a mi patria en sus agentes oficiales, fui, como en Maracaibo, a visitar al cónsul español, que es un comerciante establecido allí desde hace largo tiempo. El señor William Henríquez, que tiene algo de procedencia española, según su apellido, es un hombre como de unos 60 años; tiene algo de sangre africana, como casi todos los criollos de Santo Domingo de donde procede, y aun cuando habla el español con alguna dificultad, suple con sus maneras afectuosas y expresivas la deficiencia de las palabras. Su esposa, que es de raza blanca y bastante más joven que él, posee bien nuestro idioma, se expresa con facilidad y tiene maneras muy cultas. Ambos me recibieron con el mayor agasajo, sin economizar los obsequios, ofreciéndome sus servicios con la mayor cortesía; me hablaron de varios jefes de nuestra escuadra que los habían visitado en distintas ocasiones y manifestábanse orgullosos de representar allí la nación española.

La casa del señor Henríquez es reducida en tamaño, pero tiene todas las comodidades imaginables, y sobre todo un atildamiento en el mueblaje y el decorado, que si allí es bastante común, no se ve entre nosotros sino en las principales poblaciones y en las casas de personas muy ricas.

Al salir de la habitación del cónsul, no pude resistir al deseo de pasear otra vez el intrincado canal en una de las pequeñas lanchas que están siempre al servicio del público, conocidas con el nombre de ponchos. Alquilé una de un joven de color, vivaracho y muy servicial, que, aunque sólo hablaba el papiamento, especie de jerga de carácter indefinible, que participa del francés, del inglés, del holandés, del español y del italiano, se hacía comprender perfectamente y me comprendía tan bien, que no dejó de ejecutar puntualmente ninguna de mis órdenes. Empleamos en esta excursión más de cuatro horas; salté en tierra en varios lugares para recoger muestras bellísimas de formaciones madreporicas y de restos fósiles envueltos entre la caliza incrustante; eché una ojeada por aquellos campos casi desnudos de vegetación por la gran escasez de aguas, y regresé al hotel cuando ya empezaba a refrescar la tarde.

Como los establecimientos de librería atraen al hombre aficionado a las letras, del mismo modo que las tiendas de licores a los devotos de Baco, fui antes de comer a visitar, en la calle Ancha, Punda, el notable establecimiento del señor D. Agustín Bethencourt e hijos, librereros, editores, almacenistas de obras e instrumentos musicales y de cuantos objetos contribuyen a la instrucción pública, que siendo en aquella isla corresponsales de las primeras casas de Europa y Norte-América, surten, por medio de sucursales en Venezuela y Colombia, a las principales poblaciones del litoral y del interior de ambos países. El establecimiento es muy notable.

El señor Bethencourt es un hombre que representa poco más de 50 años, y de una obesidad verdaderamente aflictiva. Fatiga sólo el verlo caminar por su establecimiento; y, sin embargo, sube y baja las escaleras con la misma facilidad que pudiera hacerlo un hombre cenceño y ágil. Tan pronto como le dije mi nombre, que le era conocido por muchas de mis obras que tenía en venta en su casa, llamó a sus hijos, que se hallaban en varios departamentos del local, y me presentó a ellos de la manera más afectuosa, sintiendo no poder presentarme al resto de la familia, que a la sazón se hallaba en Venezuela en una excursión de recreo.

Al poco rato, fue a buscarme el señor Bethencourt y dimos juntos un largo paseo, en el cual visitamos, aunque a la ligera, el bellissimo puente giratorio de Punda, la casa del Gobernador, el Hospicio de huérfanas, el Manicomio, la logia Igualdad y los cementerios. Para llegar a ellos, hay que subir una cuesta larga y no poco empinada, en la cual admiré una vez más la agilidad de mi compañero, que la subió de una vez sin fatigarse. Al regresar de nuestro paseo entramos a descansar un rato en la casa de un amigo de dicho señor, y después regresamos a mi hotel, admirando las nuevas y bellas construcciones de una calle recién abierta, donde las casas son todas pequeños palacios construidos con la mayor elegancia y consultando todas las necesidades de aquel ardoroso clima. Las construcciones son allí muy baratas y extremadamente sólidas: las canteras de caliza son explotadas fácilmente por su poca dureza, y tallados los sillares a poco costo; los ladrillos, tejas y maderas forman el lastre de las embarcaciones que en la isla tocan y que son llevados allí desde su propia metrópolis

o de las costas Norte-Americanas; la mano de obra es también relativamente barata; así es, que por 3 o 4 mil florines se puede construir una vivienda cómoda y capaz para una familia acomodada y que no sea muy numerosa.

Durante nuestro paseo tuvimos ocasión de ver en una plaza próxima a un templo católico, aún no concluido, un cuerpo de milicia local, que se ejercitaba en el manejo de las armas. Los jefes eran en su mayor parte holandeses establecidos en la isla y del gremio comercial, según nos informaron; en la tropa había individuos de todas razas y colores, desde el blanco más puro de las regiones boreales de Europa, hasta el negro más intenso de los habitantes del abrasado suelo africano. El uniforme, menos ligero de lo que pudiera y debiera ser en aquel caloroso clima, se parece mucho al del ejército francés; y como la tropa se componía de jornaleros e industriales de la población, sus familias respectivas habían acudido a recrearse en aquel espectáculo marcial, con el mismo placer y cándida fruición que se observaba entre nosotros cuando había una parada de milicianos nacionales.

MARTES 15 DE ENERO

Acaba de llegar al puerto el vapor de la marina mercante inglesa llamado Yucatán, que haría rumbo para Colón en la misma tarde. Resuelto a embarcarme en él, arreglé mi pasaje con el consignatario; me despedí de los amigos, y envié mi equipaje a bordo, a donde me trasladé a eso de las cuatro. Al poner el pie sobre la cubierta fui sorprendido tan agradable como inesperadamente: el capitán que mandaba el Yucatán era el mismo Mister Watson que mandaba el Californian cuando trece años antes navegué en él desde San Thomas a Santa Marta. Al vernos, nos reconocimos inmediatamente, a pesar de que la barba de Mr. Watson y la mía habían encanecido en tan largo período. El capitán había alcanzado la dignidad de Comodoro inglés, y mandaba uno de los mejores buques de la compañía; el segundo que lo acompañaba, lo había sido también a bordo del Californian; pero el resto de los oficiales y el personal de la tripulación eran distintos. El Yucatán es un magnífico buque de hierro, de 3.000 toneladas, y todo en él revelaba el orden y la exactitud escrupulosa de la marina inglesa. El capitán me

presentó a sus oficiales, me dio en la mesa el puesto de honor y me destinó uno de los mejores camarotes.

A las cinco de la tarde levamos anclas con magnífico tiempo y viento en popa, y antes de anochecer desapareció la isla de Curazao velada por las brumas.

A las ocho de la noche, sentado en la popa, elevaba naturalmente la vista hacia los espacios siderales, donde dan testimonio de la magnificencia divina las miríadas de soles que los pueblan. Esa contemplación que nos arrebató y despertó en nosotros ideas grandiosas aunque indefinidas y aspiraciones a conocer las maravillas de la creación universal, me ha hecho creer siempre que Dios no podría permitir que germinasen en nuestro cerebro esas aspiraciones, si no hubieran de realizarse algún día, en mayor o menor escala, según el progreso moral e intelectual de nuestro espíritu. Al fijarme en aquella inmensidad, incomprensible hoy para nosotros, vi hacia el lado del noroeste un cometa, pequeño a la simple vista, que se dirigía a su ocaso, tendida hacia el sureste su larga cabellera. Eran las ocho de la noche cuando yo lo observé el primero de todos, e inmediatamente echamos mano de los anteojos marinos, con cuya ayuda pudimos ya observarlo mejor que sin aquel instrumento óptico.

El cometa desapareció como a las diez de la noche, ocultándose entre las nubes que por aquella parte del horizonte se levantaban; y yo, impresionado por aquel espectáculo grandioso, y deseando trasladar al papel mis pensamientos, me retiré a mi camarote y escribí (casi pudiera decir improvisé) la siguiente poesía:

A UN COMETA

¿Cuál será tu misión en el espacio,

Viajero celestial?

¿En dónde, cuándo y cómo habrás nacido?

¿Qué fin te aguardará?

¿Qué eres tú y qué soy yo? Sólo una muestra
Del gran poder de Dios;
Una nota fugaz en la armonía
Del himno de su amor.

Átomo imperceptible en lo infinito
Soy yo, y aun eres tú:
Yo, aquí escondido entre la oscura sombra;
Tú, radiante de luz.

Yo, revestido de materia impura,
Condenado a arrastrar
La pesada cadena que me liga
Al mundo terrenal;

Tú, cruzando el espacio con pasmosa,
Increíble rapidez,
Mensajero quizás de algún mandato
Del divino poder.

Yo, surcando los mares, hondo abismo
Siento a mis pies bullir;
Pero ¿qué es, comparado al que tú miras
Alrededor de ti?

Nubes y aire circundan este globo
Que tú acaso ni aun ves;
A ti, a más de tu luz, brillantes soles
Te alumbran por doquier.

¿Piensas? Sientes? Deseas? ¿Hay un alma
En tu cuerpo sutil,
Que al Supremo Hacedor rinda amorosa
Adoración sin fin?

Si yo, átomo grosero, lodo impuro,
Capaz soy de ese amor,
Y siento en mí la poderosa llama
Del aliento de Dios;

¿Cómo una creación tan pura y bella
Materia podrá ser
Agrupada al azar, sin otro objeto
Que el que los hombres ven?

No; tú tienes un alma poderosa,
Alma digna de ti,
Capaz de comprender tu alto destino,
De creer y de sentir.

¿Qué importa que algún día en tu carrera
Te lleve la atracción
Tu materia a volver para inflamarse
A la hoguera de un sol?

¿Por eso sólo el alma que te alienta
Habrá de perecer?
¿No será que a destinos superiores
Dios la eleve tal vez?...

¡Ay de mí, que nacido entre tinieblas

Quiero explicar la luz!
Sin saber lo que soy ¡loco! pretendo
Saber lo que eres tú!

Pero ese atrevimiento ¿no es indicio
De que hay dentro de mí
Algo que no es materia y que procura
A otra región subir?

Yo te admiro, celeste viajero,
Sin saber qué serás.
Si Dios te ha dado un alma, te la envidio:
¡Cuánto comprenderá!...

Más, si lo que hay en ti sólo es materia
Que dilata el calor,
Por mucho que tu brillo me deslumbre,
Ya no te envidio, no.

El 16 de Enero nada ocurrió de particular; atravesamos el mar caribe con viento fresco y favorable y a la noche volvimos a contemplar el cometa.

JUEVES 17 DE ENERO

Por segunda, vez al cabo de 13 años nos amaneció a la vista de Santa Marta. La sierra nevada se presentó primero a nuestros ojos como una masa informe y negruzca; después apareció su cima iluminada por una luz resplandeciente, que extendiéndose por sus faldas, fue dibujando los contornos de sus cerros y de sus valles, esclareciendo las masas compactas del bosque tropical, en muchas partes aún no explorado por el hombre, y reflejándose, como en un espejo de plata bruñida, en las primorosas

cascadas que descienden de las alturas heladas y paramosas para perderse en las ardientes arenas de la playa o ir a confundirse con las amargas olas del mar que las reciben espumantes y clamorosas.

A las 8 de la mañana entramos en la bahía y poco después saltamos en tierra.

Durante aquel largo período, la población de Santa Marta nada había ganado. La que fue un tiempo activa y ruidosa capital de aquellas extensísimas regiones; la que fue cuna de todas las aventuradas empresas de los españoles en las costas de aquellos mares, extendiéndose algunas hasta lo más elevado de la cordillera andina; la ciudad que no tenía un momento de reposo entre la llegada de los buques llenos de soldados aventureros, de los expedicionarios que volvían del interior cargados de oro o muertos de hambre, cubiertos de heridas y agobiados por la desnudez, la miseria y las fiebres, y los aprestos de los que proyectaban nuevas incursiones para apoderarse de las riquezas de los indígenas, único Dios de aquellos hombres, para quienes la vida era un objeto despreciable; aquella ciudad, en otros tiempos tan floreciente, ha perdido en un todo su primitivo carácter, y arrastra, lánguida y perezosa, una existencia, que parece una expiación, viendo caer cada día alguno de sus antiguos edificios, para no levantarse más, como la matrona abandonada al dolor, ve desprenderse las galas de su juventud y contempla con ánimo abatido aparecer en su rostro las arrugas de la vejez que la acompañarán hasta su muerte.

Santa Marta, sin embargo, procura hoy recobrar siquiera una parte de su perdido imperio y su antigua preponderancia sobre Barranquilla, su afortunada rival, cada día más próspera. Para ello, trata de enlazarse con la arteria principal, el Magdalena, por medio de un ferrocarril, que sustituya la dificultosa navegación de los estrechos y cenagosos caños que por aquella parte forman el delta. Realizada esa mejora, podrá conseguirlo, si cuenta además con la inmigración de brazos útiles para cultivar las faldas de su Sierra Nevada, únicos medios de salvación que le quedan.

Al saltar en tierra fue mi primera visita el Doctor Andrés Bermúdez, persona importante del Estado, con quien contraí amistad cuando llegué allí por primera vez, y la he conservado durante mi permanencia en Colombia.

El poco tiempo que debía permanecer el buque en el puerto me impidió visitar las obras del ferrocarril, que, según supe después por el Señor D. José Alzamora, uno de los principales accionistas de la empresa, se encontraban ya bastante adelantadas.

Con un calor de 30 grados regresé al medio día al vapor, y poco después recibí la visita del Sr. Bermúdez y un joven periodista de la población que lo acompañaba.

A la una y media salió el vapor para Sabanilla, y en toda la extensión que abarca el delta del Magdalena por delante del cual cruzábamos, llamó mucho mi atención el color verde claro de las aguas del mar, hasta una gran distancia de la costa, que demuestran con su tinte claro y uniforme la escasa profundidad que por allí tienen, debido a la gran cantidad de materias detríticas que acarrearán las lluvias incesantemente y que van constituyendo un fondo sedimentoso, que elevándose cada vez más, llegará a constituir una extensísima playa y a cambiar completamente la actual fisonomía de aquellas costas.

A las cinco de la tarde llegamos frente a las Bocas de Ceniza, por donde vierte en el Océano la mayor parte de su caudal el río Magdalena. Estas aguas, siempre turbias, penetran hasta una gran distancia sin perder sus caracteres, y su impulso produce un constante oleaje, que hace la navegación por allí poco grata y en ocasiones hasta peligrosa. Como a distancia de una milla, vimos salir de la superficie de las aguas la arboladura del Satélite, buque perdido algún tiempo antes, al salir para Cuba con cargamento de madera.

En casi toda la travesía no dejan de verse las costas, bajas y pantanosas, cubiertas de manglares, y que poco a poco van ganando terreno hacia el mar por los muchos materiales acarreados durante las lluvias.

A las seis y media de la tarde entramos en el puerto de Salgar o de Sabanilla, que es una rada abierta a todos los vientos y en la que los buques de algún calado tienen que anclar a más de una milla de la costa.

Durante toda la noche se dejó sentir un brisote duro que nos molestaba bastante, a pesar de la magnitud de nuestro vapor y del lugar que ocupábamos en la rada.

VIERNES 18 DE ENERO

Serían las 8 de la mañana cuando llegó a nuestro costado un vaporcito remolcador con cuatro bongos o barcazas cargadas de mercancías para el ferrocarril; y como muchos de los pasajeros deseábamos visitar a Barranquilla, saltamos al pequeño vapor, y éste emprendió la marcha hacia la parte oriental de la rada, para subir luego costeando al abrigo de las colinas, porque no dejaba de soplar el brisote. Entre las personas que trasbordamos del vapor inglés al remolcador iban también el capitán Watson, que tenía que despachar en Barranquilla algunos negocios, y el Señor Alzamora, con quien tuve el gusto de relacionarme en aquella corta travesía.

Apenas una milla habríamos andado desde que dejamos el Yucatán, cuando el remolcador se detuvo casi de repente; soltáronse las amarras de los bongos, botando al agua sus anclas, y cuando todos creíamos que íbamos a continuar nuestro viaje sin el embarazo de los bongos, por algún accidente especial, acaso de poca importancia, vimos con sorpresa que el vaporcito no se movía y que continuábamos siempre en un mismo punto. El oleaje era bastante fuerte y el viento duro y contrario, lo cual hacía que el remolcador en vez de ganar terreno lo perdiese cada vez más, sin que comprendiésemos la causa. En el pequeño y casi dismantelado saloncillo que ocupábamos a popa, no se sentía el movimiento de la hélice ni en el interior el ruido de la máquina. Entonces empezaron nuestros cuidados y nuestras investigaciones, cuando se oyó la voz del intérprete que había acompañado a la comisión sanitaria y

fiscal a la visita de nuestro vapor, diciendo: "¡Estamos perdidos; la máquina se ha roto; el buque hace agua y nos vamos a pique!".

Esto coincidió precisamente con el acto de izar a proa y a popa banderas a media asta, pidiendo socorro a los buques anclados en la bahía, mientras que el capitán del Yucatán agitaba en dirección de su buque un pañuelo blanco amarrado al extremo de un bastón, señal convenida sin duda para cualquier lance apurado; pues inmediatamente salió del costado del Yucatán un ligerísimo bote con cuatro vigorosos remeros y uno de los oficiales de a bordo hacia el lugar en que nos encontrábamos.

Mr. Watson nos tranquilizó respecto al peligro, asegurando que no lo había; que la rotura de la máquina se podía reparar fácilmente, y que el agua que el intérprete había visto era un derrame de la caldera por el mismo tubo roto y no una vía abierta en el costado o en el fondo del buque.

Apenas llegó la lancha al costado del remolcador, el capitán y yo saltamos en ella y volvimos a bordo del Yucatán, porque en la reparación de la avería del vaporcito era necesario emplear algunas horas, y hasta la mañana del día siguiente no podría continuar su rumbo. Después, llegaron los empleados de la visita y algunos pasajeros más en la falúa del gobierno.

Como yo llevaba algunas cartas que debía entregar en Barranquilla, las confié al Señor Alzamora, por si algún nuevo accidente me imposibilitaba de hacerlo por mí mismo.

Nuestro capitán volvió inmediatamente a bordo del remolcador con el maquinista y el herrero del Yucatán, provistos de todo lo necesario para remediar la avería, y llevó además algunos víveres para los viajeros que tendrían que pasar allí el resto del día y toda la noche.

Las tripulaciones de los buques que en la bahía se hallaban anclados no vieron o fingieron no ver la señal de pedir socorro que hacía el remolcador; pues de ninguno de

ellos salió un solo bote de auxilio. Si el peligro hubiera sido en realidad tan grave e inminente como parecía, habiéramos perecido todos, sin que aquellos filántropos se hubiesen tomado la menor molestia para salvar nuestras vidas. Afortunadamente el capitán Watson suplió por todos. Después de enviar sus gentes a componer la rotura envió otro bote hasta el puerto a anunciar a Barranquilla lo ocurrido, por medio de un telegrama.

La empresa que tiene a su cargo la pequeña línea férrea que une a Barranquilla con Sabanilla y debe facilitar el transporte seguro y cómodo de mercancías y pasajeros entre el puerto y los buques que llegan a la rada, a pesar de lo caro del pasaje, se cuida muy poco del servicio y de tener los elementos indispensables para que éste se haga de un modo conveniente. El remolcador a que nos referimos, pequeño, sucio y viejo, no llena el objeto a que se le destina, y mucho menos no habiendo otro que lo reemplace en un caso análogo al que acababa de ocurrir en aquel día.

A las seis de la tarde regresó el capitán con su gente, después de dejar compuesto el remolcador y en aptitud de seguir prestando sus servicios.

SÁBADO 19 DE ENERO

Lo pasamos en la rada sin novedad alguna, recibiendo y alijando parte de la carga.

DOMINGO 20 DE ENERO

El remolcador vino temprano con una comisión para invitar al capitán Watson a hacer una visita a Puerto-Velillo, hasta donde se pretende llevar la línea férrea, que hoy sólo llega a Sabanilla, avanzándola algunos kilómetros más, apoyada en un arrecife bastante sólido, que se extiende hasta el lugar ya indicado.

Puerto-Velillo no tiene más amparo ni resguardo que la rada de Sabanilla; pero circunstancias especiales hacen que en aquel lugar permanezcan siempre las aguas en

un reposo relativo, y tiene además la ventaja de un muelle natural al que pueden atracar hasta los buques de mayor calado.

En Sabanilla permanecemos hasta media noche, y a esa hora emprendimos rumbo hacia Cartagena.

LUNES 21 DE ENERO

Después de un brisote fuerte, que nos molestó durante toda la madrugada, al salir el sol nos encontramos ya frente a la ciudad, centro algún día del comercio español en aquellos mares, escala obligada para las posesiones del Pacífico y baluarte inexpugnable del poder castellano en aquel continente: estábamos a la vista de Cartagena.

Pasamos primero por delante de Boca-Grande, canal obstruido artificialmente por el gobierno español para hacer más segura la fortaleza; y, recibido el práctico a bordo, penetramos por Boca-chica. A la entrada hay un estrecho con dos fuertes laterales, que, bien artillados, podrían resistir a las primeras escuadras del mundo. A un lado y otro del canal se ven algunos grupos de casitas rústicas, una ermita y un lazareto, con algunos pequeños espacios de terreno más o menos próximos cultivados de maíz y plátanos y algunos cocales. Por todas partes se ven isletas cubiertas de vegetación casi siempre acuática; en los ángulos salientes de una y otra orilla asoman aún las formidables fortalezas, muchas de las cuales parecen acabadas de construir; y ya cerca de la ciudad, el castillo Grande a la izquierda y a la derecha el Manzanillo, donde ya no asoma ni un cañón, ni se pasea un soldado, ni hay la más mínima señal del primitivo objeto a que fueron destinadas aquellas portentosas edificaciones.

El aspecto de Cartagena es todavía muy bello, a pesar de la decadencia visible en que se halla: como la mujer que ha sido hermosa y deja comprender aún por entre las arrugas que cubren su rostro, algunos de los bellos rasgos que en su juventud la hermoseaban.

Serían las ocho y media de la mañana cuando dimos fondo en el puerto. El capitán de éste llegó a girar la visita acostumbrada; y, al saber mi nombre, muy conocido en toda Colombia, vino a ofrecerme la falúa del gobierno para conducirme a tierra. Admití su ofrecimiento benévolo, y salimos al poco rato en dirección al muelle.

Antes de llegar a las primeras fortificaciones, encontramos en astillero, y bastante adelantados en su construcción, dos vaporcitos chatos, es decir sin quilla, propios para la navegación de ríos poco profundos. Debía llevar el uno el nombre de Rafael Núñez, Presidente electo de Colombia, y el otro Cartagena, y ambos estaban destinados a navegar por el canal del Dique, primer brazo que se desprende del Magdalena por la orilla izquierda a muchas leguas de su embocadura, y penetra en el mar a corta distancia de Cartagena.

Entre esta última ciudad, la de Barranquilla, de reciente creación, relativamente a las otras, y la de Santa Marta, que es la más antigua y fue por mucho tiempo la principal de todas, existe una especie de rivalidad, sobre cuál ha de ser la preferida para recibir y enviar hacia el interior las importaciones comerciales, y hacia el exterior los productos indígenas que circulan por la gran arteria.

Tiene Santa Marta los caños que caen a la ciénaga, estrechos en su mayor parte, tortuosos, a veces poco profundos y cubiertos siempre de una vegetación acuática, que dificulta mucho la marcha de los vapores, y tiene además las emanaciones palúdicas que en este trayecto son verdaderamente aterradoras. Siendo su puerto uno de los primeros, si no el mejor de la costa atlántica, este puerto sería siempre preferible, terminado el ferrocarril hasta la orilla del Magdalena, y facilitando el transporte por medio de fletes cómodos y baratos.

Barranquilla, situada en la orilla izquierda del mismo río, tiene como salida natural al mar la corriente principal de éste, o sea las Bocas de Ceniza; pero aquí la barra es muy peligrosa y han tenido que buscar por medio de un ferrocarril la comunicación con la

rada de Sabanilla, molesta, de poco fondo y que ocasiona muchos dispendios para los viajeros y las cargas. La continuación del ferrocarril hasta Puerto-Velillo evitará, según parece, estas dificultades; pero aún quedan muchas ventajas en favor del puerto y bahía de Santa Marta.

En cuanto a Cartagena, que también quiere disputar por el Dique las preferencias del tráfico, tiene el inconveniente de que el dicho canal suele obstruirse, como todas las corrientes fluviales de aquellas regiones, donde las aguas bajan cargadas de enormes cantidades de materias térreas, y a veces de gruesos troncos, por lo cual necesita todo el año una o más dragas en ejercicio, para tener expedita la vía, dragas que no pueden menos de ocasionar gastos que debe sufragar el comercio. No parece, pues, que se halle en mejores condiciones para ser preferida.

Cualquiera que lo sea, obtendrá muy considerables ventajas del tráfico con el interior y el exterior, pero eso depende de las facilidades que se puedan ofrecer al comercio, que no se impresiona sino por las utilidades que encuentra.

Al penetrar en la ciudad, se experimenta ese sentimiento indefinible que produce el aspecto de una gran decadencia.

Aquellas murallas de granito artificial; aquellas fortalezas que, aun abandonadas, resisten con inquebrantable solidez los embates del mar, la acción destructora de los agentes atmosféricos, la vegetación parásita y hasta la mano del hombre, que sin conciencia de sus actos ayuda también a la Naturaleza; aquellas construcciones, donde se fundió, por decirlo así, una gran parte del oro encontrado en el nuevo mundo; aquellas obras que por su duración y su inmenso costo arrancaron a Felipe II desde el Escorial la célebre y expresiva frase "aún no las veo", como queriendo significar que obras tan gigantescas no podían menos de verse desde cualquier parte del globo; en fin, todo aquel conjunto que representa la virilidad, el poder y la voluntad enérgica de un gran pueblo, no pude menos de traer a la memoria las páginas en que están

escritos sus hechos admirables y despertar el sentimiento de respeto y de veneración profunda que excita siempre la desgracia.

Sus calles, en lo general rectas y angostas, recuerdan en su disposición y en el aspecto interno y externo de sus edificios algunas de las poblaciones meridionales de España. Muchos de sus templos y de sus espaciosos cuarteles se hallan en ruinas, y en casi toda la población se siente la tristeza de la soledad y el silencio, como si se acabara de salir o se estuviese bajo la amenaza de una gran catástrofe.

La que rechazó con sólo un puñado de valientes las fuerzas piráticas lanzadas contra ella por sus eternas rivales; la que en la guerra de emancipación sufrió todo género de amarguras energizada por sus esperanzas y por sus recuerdos, hoy yace abatida y desconsolada, sin ver en su puerto un solo buque en que el aire agite su propia bandera, y recordando los tiempos en que se congregaban allí las escuadras españolas, para descansar a la sombra de sus murallas, como la gaviota que pliega sus alas al respaldo de la roca amiga.

Llegada la hora de almorzar, pregunté dónde hallaría un lugar, hotel o fonda; y habiéndome indicado como de los mejores un establecimiento que no quiero nombrar, me sucedió en él algo de lo que refiere Cervantes de aquella posada en que había de todo, menos de lo que se pedía.

Después de almorzar, si tal puede llamarse un refrigerio mal preparado y peor servido, volví a dar otro paseo por la población, contemplando las muchas casas que conservan aún sobre sus puertas el escudo heráldico de sus antiguos poseedores; visité algunos templos en que el pavimento está casi exclusivamente formado de lápidas sepulcrales y en que todo recuerda la disposición y forma con que se celebra en España el culto católico.

Cuando me pareció ya hora oportuna, tomé un coche para ir a visitar, en un sitio de las afueras de la población llamado El Cabrero, al Presidente electo de la república,

Doctor Don Rafael Núñez, con quien me unían relaciones de amistad, conservada principalmente en correspondencia literaria y política. El Cabrero es un bello suburbio rodeado del mar, donde, entre cocoteros y otras preciosas plantas tropicales, se levanta una linda casita de recreo de construcción reciente y de elegante forma, de la cual ha hecho su morada habitual el literato, estadista y filósofo llamado a regir por segunda vez los destinos de su patria, entre los aplausos de unos, la repugnancia de otros y la indiferencia de muchos, como sucede siempre que los partidos políticos ocultan los intereses personales de sus afiliados bajo la máscara de otros más sagrados intereses.

Recibíome el Doctor Núñez con su habitual cortesanía; conversamos largo rato sobre las necesidades del país y su propósito de cicatrizar en lo posible las profundas llagas de que está afectada Colombia, y honrándome con la manifestación de su deseo de que realizara un próspero viaje y regresara pronto a aquella mi segunda patria.

Por el Doctor Núñez supe la llegada reciente a Cartagena de otro de mis anteriores y buenos amigos, el General Don Alejandro Posada, que acababa de dimitir la cartera de Fomento por las veleidades y conducta poco digna del que ocupaba accidentalmente la Presidencia de la Unión, hombre infausto, cuyo nombre será un baldón eterno para aquella desventurada república. En efecto, el Doctor José Eusebio Otálora, que había ocupado la primera magistratura por puro accidente, hombre ignorante, presuntuoso y de una ambición desmedida, había desquiciado de tal manera todos los ramos de la administración en su provecho propio, que los hombres de dignidad y de convicciones tuvieron que abandonarlo por no participar ante el país de las consecuencias de sus abusos y desafueros, que más tarde hubieron de aglomerar sobre él la tempestad de una acusación parlamentaria, bajo la cual tuvo la fortuna de rendir la existencia, salvándose hasta cierto punto de la deshonra.

Al saber dónde el General Posada se hallaba hospedado, fui a buscarlo inmediatamente, y tuve la doble fortuna de encontrarlo pronto y de que me cediera las

habitaciones que él ocupaba en una casa especial de que hablaré enseguida, por trasladarse él a la de uno de sus hermanos que así lo reclamaba.

La casa a que me refiero es una especie de hotel privado o casa de huéspedes, donde se admite sólo por recomendación un reducido número de personas respetables por su posición y antecedentes. La familia que la ocupa y da en ella hospedaje lleva el apellido de Grissol, que era el de un francés bien acomodado, que se casó con una mujer de raza negra, que aún existe, y tuvo en ella varios hijos, de los cuales queda un varón que es hoy el jefe de la casa y varias mujeres, algunas de las cuales han pasado ya de la juventud a la edad madura. La familia Grissol, a pesar de su raza mezclada, que por lo general goza de poco prestigio, es una familia respetable bajo todos conceptos, así por su educación esmerada, como por la intachable conducta de sus individuos; tienen todos una instrucción más que mediana; son inteligentes, laboriosos y modestos y gozan en la población de una simpatía general y envidiable. La casa que ocupan, que es de su propiedad, se halla al norte de la ciudad, próxima a la muralla; tiene un extenso jardín regado por una bomba, movida por el viento. El agua, extraída de un pozo distante menos de cien metros de la orilla del mar, pierde la mayor parte de sus sales al atravesar las capas de filtración y sale casi dulce. También hay en la casa baños cómodos y habitaciones confortables, donde el rumor incesante de las olas del mar sirve para arrullar el sueño.

Como el vapor iba a permanecer en el puerto por dos o tres días, me instalé en la casa de la familia Grissol, donde me cuidaban con solicitud y esmero, y hubiera permanecido con gusto, a serme posible, una larga temporada.

A poco de estar instalado, recibí la visita del General Chaparro, Comandante General de las fuerzas nacionales en la costa y antiguo amigo mío, a quien por una tarjeta había participado mi llegada. El General Chaparro es un militar franco, de excelente carácter y sin género alguno de pretensión; tiene por España la simpatía de todo buen hijo, y me manifestó con amigable galantería y ruda franqueza su deseo de que regresase al país, expresándolo en esta fórmula que no deja de lisonjearme: -Si yo

supiera que se iba Usted para no volver más de mi tierra, ahora mismo lo ponía preso y lo enviaba para Bogotá con una escolta.

Por la tarde llegó a buscarme en coche el General Posada con dos de sus amigos, los señores Irisarri y Vélez, director y editor respectivamente de El Heraldito, periódico de Cartagena y uno de los mejores que se publican en el país, para dar un paseo hasta el Pie de la Popa, célebre castillo que se levanta en el pico de un cerro, dominando la ciudad y la bahía, en el cual hay un templo, donde entre otras fiestas religiosas se celebra una notabilísima el 2 de Febrero de cada año.

El paseo de la Popa está fuera de las murallas, sobre un terreno arrancado en parte al dominio del mar como es el Cabrero, y donde se ven algunas bellas casitas de campo rodeadas de jardines. El negro que guiaba nuestro carruaje, o no era muy diestro o carecía de vigor para sujetar los caballos, que estuvieron a punto de desbocarse, lo cual hubiera sucedido sin la intervención del señor Vélez que echó mano a una de las riendas y al fin consiguió detenerlos.

La velada de aquella noche se pasó muy agradablemente en la casa de Don Manuel Posada, hermano de D. Alejandro e hijo del General don Joaquín Posada Gutiérrez, antiguo General de Colombia, amigo y compañero de Bolívar y escritor galano, que dejó publicado antes de morir el primer tomo de sus Memorias histórico-políticas, del cual conservo con cariño y respeto un ejemplar firmado por él con el cual tuvo la bondad de obsequiarme a los pocos días de mi llegada a Colombia. Allí estaba también Carlos, el hijo menor que cultiva así mismo las letras con notable éxito, y juntos lamentamos la muerte de Joaquín, otro de los hermanos, poeta festivo, de inimitable gracia y chistosísimas ocurrencias, cuyas composiciones se recuerdan en todas partes y son sabidas de memoria sobre todo entre los jóvenes amantes de la poesía humorística.

La noche fue muy agradable.

MARTES 22 DE ENERO

Me levanté muy temprano y continué mis excursiones por la ciudad, acompañado del señor Don Pedro Macía, agente de los vapores y caballero muy obsequioso y estimable. Buscamos inútilmente algunas fotografías de los monumentos más notables y una memoria histórica de la población, que tampoco encontramos. Al volver a casa me encontré con un regalo del señor Posada: el segundo tomo de las Memorias de su ilustre padre, que recientemente había salido a la luz en la capital de la república.

Cartagena, hoy capital del Estado soberano de Bolívar, es, como hemos dicho antes, una especie de reina destronada, que, a pesar de su decadencia, conserva en su fisonomía los rasgos característicos de su primitiva grandeza. Entre sus templos hay algunos notables. Fundada en 20 de Enero de 1533 por Pedro de Heredia en territorio descubierto 32 años antes por Rodrigo de Bastidas, pronto adquirió una gran preponderancia por las notables condiciones de su puerto, y fue, como todo el mundo sabe, la población española de más importancia en aquellas costas del Atlántico. Sus murallas se empezaron a construir por don Pedro de Acuña; sufrió nada menos que cinco invasiones piráticas, francesas e inglesas, desde 1544 hasta 1741, en las cuales se cometieron horrores indecibles y se ejecutaron heroicidades que no se podrían creer si no estuviesen comprobadas por la historia. En su interior hubo colisiones tremendas entre los poderes eclesiásticos regular y secular, el de la inquisición y el poder civil, como aquel tan ruidoso de las monjas de Santa Clara, cuyo edificio arruinado hoy, ocupa el frente de la casa que me sirvió de hospedaje; acontecimiento en que hay detalles curiosos: monjas sitiadas por el hambre, excomuniones recíprocas apoyadas en la fuerza bruta y tantos y tan atroces escándalos, que la pluma se resiste a describirlos y la imaginación a darles crédito.

El Estado de Bolívar, rico en productos minerales, vegetales y animales, está hoy reducido casi a la pobreza por la escasez de brazos, y sólo exporta algún ganado vacuno criado en sus inmensas dehesas, algún tabaco de las vegas de sus ríos y poco

de sus productos naturales. Aunque hay en él ricas minas de oro, como se observó en tiempo de la conquista, hoy se hallan casi del todo ignoradas y sin explotar, como sucede con las de hulla y petróleo, que también esperan para rendir grandes productos la acción de la industria que hoy las tiene completamente abandonadas.

En este Estado, como en otros de Colombia, existen todavía algunas tribus en su primitivo estado de barbarie, que con un poco de actividad y buen deseo por parte del gobierno hubieran entrado ya en la vida civilizada.

La población blanca y de pura raza europea es muy escasa en comparación de la mezclada con la indígena y aun con la etíope. En esa fusión que hoy se está verificando y que terminará sin duda por una raza más inteligente y vigorosa que conserve las mejores cualidades de aquellas que le han dado el ser, se observa un fenómeno especial, que acaso depende de la lucha interna entre elementos antagónicos, que pugnan por armonizarse, y que da a los individuos de raza mezclada donde quiera que predominan, un carácter díscolo, perturbador del orden en todas sus manifestaciones y ansioso de imponerse por la astucia o por la fuerza.

Algunos echan en cara al P. Lascasas su indiscreta filantropía, al introducir en aquellas regiones el elemento de la raza negra; pero el P. Lascasas no hizo otra cosa, en mi concepto, que dar el primer paso, inconsciente sin duda, hacia el gran hecho que se ha de realizar más o menos tarde y acaso en lugares distintos: la fusión completa de todas las razas humanas, término tal vez de la angustiosa lucha que hoy se experimenta y principio acaso de una nueva era, en que domine la razón y triunfe para siempre la justicia de los malos instintos de la animalidad a que hoy nos encontramos sujetos.

Di mi último paseo por la ciudad, despidiéndome de mis amigos y deseándoles que consigan para la población el renacimiento que parecen indicar de sus nuevas empresas de navegación, su prensa periódica, inteligente e ilustrada, sus establecimientos de instrucción pública, verdaderos focos de luz y esperanza legítima

de la patria, sus establecimientos de crédito, entre los cuales hay cuatro bancos, y su actividad comercial e industrial en que se ve cada día un nuevo progreso.

Al llegar a bordo del Yucatán estaban embarcando algún ganado vacuno para Colón y un considerable número de peones para los trabajos del Canal, mulatos y negros en su mayor parte, y muchos de los cuales llevaban consigo sus familias.

A puestas del sol levamos anclas y salimos del puerto. Ya en alta mar empezó a soplar de popa una fuerte brisa que nos hacía avanzar más de catorce nudos por hora, brisa que duró toda la noche y que nos molestó bastante para el movimiento del buque.

MIÉRCOLES 23 DE ENERO

Amaneció claro y algo más sereno; el Yucatán parecía orgulloso de su triunfo sobre el viento y las olas e impulsado por su hélice y tendidas todas las velas avanzaba majestuoso hacia el oeste como la gaviota hacia la playa donde hubiera dejado su nido. A eso de medio día empezamos a divisar hacia el suroeste la costa, baja en un principio y después ondulada y montañosa del Estado de Panamá, regiones en su mayor parte habitadas todavía por la raza indígena en el estado de la Naturaleza.

Antes de llegar a Puerto-Bello y Manzanillo, dejamos a babor y a corta distancia un cabo escarpadísimo delante del cual se elevaban como centinelas avanzados algunos bajíos y arrecifes con enormes peñones de trecho en trecho, donde las olas iban a estrellarse, levantando sus crestas espumosas a muchos metros de la agitada superficie. Desde aquella hora continuamos ya siempre con tierra a la vista.

A eso de las cinco de la tarde empezamos a ver el puerto de Colón distintamente. Lo primero que divisamos fue un bosque de mástiles, semejante a una selva gigantesca, cuyos árboles hubiesen perdido la copa; después, las casas de la población, que a cierta distancia parecen levantadas sobre la misma superficie del mar: tan poco es lo que sobresalen de su nivel, a lo menos en la apariencia. Al aproximarse más, se ve que

en efecto la población está edificada sobre una playa baja, fácil de inundar por una gran marea y de destruir por cualquiera de esos accidentes que hacen levantar el oleaje algunos metros sobre su nivel ordinario.

Colón, que es una población nueva y tiene el carácter de tal en sus edificios, se extiende alrededor de la bahía, como si procurara bañarse continuamente para mitigar el ardor de su elevadísima temperatura. Alrededor de ella y en el mismo poblado se ven graciosos bosquecillos de cocoteros y otros árboles tropicales; más allá el bosque primitivo, manglares infectos con las copas en una atmósfera de fuego y las raíces entre el fango, donde fermentan infinitos organismos que se descomponen y levantan en sus vapores pestilentes las emanaciones palúdicas que llevan consigo las fiebres malignas, el envenenamiento y la muerte.

Entre las multitud de buques anclados en la bahía, estaban representadas todas las naciones, pero el número mayor era de Norte-americanos. Atracamos a uno de los muelles flotantes que avanzan hacia el interior de la bahía, y a poco y con el auxilio de una grúa movida por el vapor se echó fuera la carga, y entre ella los animales tomados a bordo en Cartagena, que cogidos con cuerdas por las astas eran levantados en peso y depositados en el muelle con la misma facilidad que manejaría un hombre una colección de animalejos pequeños e inofensivos. Los peones y sus familias, que habían ido sobre cubierta entre el ganado vacuno, y que a consecuencia del mareo no habían contribuido menos que aquél a llenarla de todo género de inmundicias, desembarcaron también, y a las pocos minutos agua del mar arrojada por las bombas en gran abundancia le devolvió su primitiva limpieza.

El capitán Watson deseaba que le acompañase hasta Nueva Orleans, término de su viaje; pero no pude acceder, porque me proponía visitar, aunque a la ligera, los trabajos del Canal, que creía bastante adelantados, y la ciudad de Panamá, antigua reina del mar del sur y origen de las expediciones aventureras de los primeros tiempos de la colonia en aquellos mares, como Santa Marta lo había sido en los territorios bañados por el Atlántico.

Me despedí del capitán y de sus oficiales con verdadero sentimiento; hice mi última visita a ciertos pasajeros que el capitán llevaba a bordo, con los cuales me entretenía algunos ratos, y algunos de los cuales recibieron de mi mano el alimento como si estuviesen perfectamente domesticados: eran estas unas cincuenta tortugas de más de un metro de largo, que iban en sendos cajones llenos de agua del mar y que el capitán había tomado a bordo en una de las islas, para llevarlas a Inglaterra o dejarlas en Nueva Orleans, si encontraba buenos compradores. La tortuga es uno de los animales que demuestran menos inteligencia y que con más facilidad se resignan con su suerte, tal vez por esa misma falta o por carecer de medios para rechazar el dominio del hombre.

JUEVES 24 DE ENERO

Hospedado en el hotel Internacional, situado en la calle principal del Comercio, hice mi primera visita al Sor. D. Juan C. Stevenson, cónsul español, a quien iba recomendado desde Cartagena y en quien encontré las afectuosas atenciones que hubiera podido hallar en un amigo antiguo. Después fui a hacer una ligera excursión por las principales calles de la naciente ciudad, que tiene un carácter originalísimo.

Si hay algo en el mundo que pudiera darnos una idea siquiera aproximada de la Babel bíblica, sin duda alguna es Colón. Allí se habla en todas las lenguas, se agitan todas las razas y se ven todos los tipos humanos: el atildado parisiense, el estoico e indiferente hijo de Albión, el flemático alemán, el perezoso italiano, el español socarrón y picaresco, el yankee despreocupado y activo, el negro de Santo Domingo o de Jamaica, amigo de ganar en un mes mucho dinero para derrocharlo en un día, el mulato de la costa, semejante en aspiraciones al jamaicano, el emigrado de Cuba, que casi en todas partes lamenta, como mujer la esclavitud de su isla, en vez de defender en ella su libertad como la defienden los hombres, y el hijo en fin del Celeste Imperio, económico y avaro por educación y por carácter, que se apodera del comercio, grano a grano, con la impasibilidad y la constancia de la hormiga; todo se ve allí confundido y mezclado,

como si aquello fuera un pequeño mundo en estado de gestación y se hubieran reunido para ello todos los elementos morales, intelectuales y físicos susceptibles de desarrollo.

Las calles de Colón son regularmente anchas y casi todas rectas; la mayor parte de ellas no tiene pavimento artificial, y su piso es de arena movediza con charcos o fangales más o menos extensos y profundos. Como en un cementerio abandonado suele verse rodando por el suelo los restos informes de algunos seres anónimos, las calles de Colón están sembradas también de restos desechados por la industria después de utilizados sus servicios. Por todas partes se tropieza con tornillos, clavos, tuercas, pedazos de hierro de diferentes formas, trozos de cajas y de barriles, latas abolladas, botellas de vidrio y de barro, y en fin de toda clase de receptáculos vacíos. Estos objetos, que nadie se cuida de recoger, y las emanaciones pantanosas que se mezclan con los olores que aquellos exhalan, constituyen una atmósfera mefítica, que se hace más densa y repugnante por los vapores y el humo del figón donde se prepara constantemente groseros alimentos, de la taberna donde se apura sin cesar todo género de bebidas, de los almacenes donde se amontona toda clase de efectos más o menos susceptibles de fermentación, y que despiden olores más o menos acres, y por último de las casas de madera achicharradas por el sol, donde se alojan muchos más individuos de los que caben, y cuyo sudor aumentado por la temperatura, el hacinamiento y el ejercicio, contribuye también a viciar e inficionar el aire hasta el punto de hacerlo repugnante y nocivo.

Si la vista y el olfato tienen allí tantos elementos de satisfacción y de recreo, no los tiene menos el oído: desde el eterno guirigay de todas las lenguas y de todos los dialectos, hasta el grito del vendedor, el juramento, la amenaza y la interjección más o menos enérgica de todos los idiomas y de todas las religiones, forman un conjunto diabólico, que atormenta y aturde completamente al que no esté acostumbrado a aquel ruido inaguantable; y si a esto se agrega el rechinar de los carros y de las carretillas de mano, en que se transportan equipajes y mercancías, y el continuo ir y venir de las locomotoras que cruzan constantemente con vagones o sin ellos por los

cuatro ramales paralelos de la vía férrea, que parten del muelle y siguen por toda la calle principal, lanzando agudos silbidos, y agitando siempre una campana, que suena acompasadamente como si tocara a muerte; podrá formarse una idea de lo que es aquella moderna Babilonia.

En cuanto al aseo y aun a la conservación del orden, la policía pudiera remediar mucho; pero allí no hay policía ni nada: nadie se cuida más que de hacer negocio, y a nadie le importa la vida ni la salud ajena, cuando tan poco se estima la propia.

El jornal ordinario de un peón es de ocho y media pesetas, muy superior al que pudiera ganar en otra parte, lo cual hace que afluayan en gran número, sin calcular para nada las consecuencias. Sólo así hubiera podido emprenderse la obra colosal a que se ha dado principio, y que consumirá capitales inmensos, dejando al par en cada uno de sus bordes montones de cadáveres, como sacrificio exigido por toda grande obra que reclama acumulación de fuerzas para producir un beneficio general; aunque hoy ese sacrificio se ha disminuido mucho por el adelanto de las ciencias, que sustituyen a las fuerzas humanas los ingeniosos aparatos en que casi no intervienen sino las de la naturaleza dirigidas por la inteligencia del hombre.

En una de estas excursiones y en medio de un terreno arrebatado al mar por la industria, me detuve a contemplar algunos momentos la gran estatua de Cristóbal Colón con una joven india a sus pies, grupo de figuras perfectamente modeladas y fundidas en bronce, regalo de una española (la ex-Emperatriz Eugenia) a la república colombiana, que colocado hace algún tiempo sobre un mezquino pedestal, cubierto hoy por el terraplén hasta una buena parte de las figuras, está reclamando la erección inmediata de un pedestal proporcionado a su belleza artística y a su grandeza y majestad como monumento histórico.

En Colón, como en todas las poblaciones de la costa intertropical de ambos mares, abunda mucho la raza etíope con la derivación de sus mezclas, por ser la más

apropósito para sufrir los rigores de aquel clima y reproducirse en él sin perder nada de su vigor primitivo.

El negro en todas partes tiene irresistible tendencia a imitar en todo las costumbres del blanco, y no perdona ocasión de vestir el traje de etiqueta, ya sea un entierro o un baile, donde se presentan siempre vestidos de frac y con el sombrero de copa dándose la importancia de un gran señor y con humos aristocráticos que forman un contraste ridículo, no precisamente con su color, sino con su educación y sus ocupaciones habituales. El primer dinero que ahorra un negro en aquel país lo emplea con seguridad en la adquisición de uno de esos trajes, con el cual mira de reojo y con supremo desdén a los de su misma raza que no lo tienen, y hay alguno que así vestido de frac, con guantes y corbata blanca, se cree igual por lo menos al primer potentado del mundo.

En la tarde de aquel día vi por primera vez un entierro, conduciendo en ferrocarril el cadáver y el cortejo fúnebre. El entierro debía ser de algún negro bien acomodado, porque iban muchos del mismo color vestidos de toda etiqueta.

En cuanto a las mujeres, como allí las sirvientas y trabajadoras de todas clases ganan un buen salario, todas visten y calzan a la europea y compran el calzado y el traje ya hechos, sin cuidarse mucho de la medida. Es curioso ver una negra o mulata con traje de color claro, con numerosos cogidos o pliegues en la parte posterior de la falda, unas veces arrastrando y otras tan alto que descubren la negra pierna metida en un botín o zapato a medio calzar, llevando al brazo un cesto lleno de carbón o de comestibles, la cabeza enmarañada y cubierta de flechas de metal y adornada la garganta con collares de coral o de cuentas de vidrio. Otras suelen llevar sombrerillos a la europea enteramente nuevos con trajes ya raídos, desgarrados y sucios y el cigarro en la boca, a veces con la candela para adentro. Aquello ofrece en fin tal conjunto de ridiculeces y tan extraños contrastes, que a veces se me figuraba estar no en una población comercial de primer orden sino en un manicomio, donde los enajenados anduviesen sueltos.

Aunque las casas en su mayor parte son de madera, hay muchas elegante y sólidamente construidas: éstas pertenecen en lo general a los altos empleados en la gigantesca empresa de canalización, y alguna que otra a algún comerciante rico; estas casas están separadas del centro comercial, próximas a la costa y tienen sus calles regularmente pavimentadas y jardines contiguos o por lo menos algunos grupos de árboles.

En comparación de la sinagoga y el templo protestante, el único templo católico que hay en la ciudad, es tan miserable y ruin, y está tan sucio y desmantelado, que por sí solo está diciendo hasta dónde llega el sentimiento religioso y la solidez de las creencias de los fieles que pertenecen a aquel culto. El templo, que por nada merece tal nombre, es de madera con rendijas por todas partes, con la pintura abigarrada y destruida por las lluvias, y la plazoleta que hay cerca de él está convertida en un muladar hediondo, a donde arroja las basuras todo el vecindario.

La sinagoga, que visité aquella noche y que se halla fuera de la población comercial, es un edificio modesto, pero limpio y aseado, como lo es también la capilla protestante.

En el mismo barrio, que puede llamarse el barrio aristocrático de Colón, hay un jardinito en cuyo centro han erigido un monumento conmemorativo a los tres primeros exploradores de los terrenos para la actual obra del Canal, monumento cuyos pormenores no pude ver, por ser de noche y muy escasa la luz que lo alumbraba.

Aunque muy de prisa vi a la entrada del río Chagres las grandes dragas que acababan de montar para las excavaciones, habiéndose quemado recientemente una de ellas, excepto el casco por ser de hierro, incendio que algunos no creían ocasional sino intencionado. Un año después de mi visita las llamas han devorado también una gran parte de la ciudad con enormes pérdidas para su comercio, debiéndose el desastre,

más que al encono de las pasiones políticas, al feroz instinto de destrucción y al deseo de pillaje disfrazado con aquella máscara.

VIERNES 25 DE ENERO

Para visitar las obras del Canal, el medio más sencillo es tomar el ferrocarril y detenerse en las estaciones donde son más importantes los trabajos.

Informado de que los principales desmontes se hallaban en un sitio llamado Emperador, y provisto de una carta de recomendación para que una persona establecida en aquel punto y dependiente de la que me recomendaba, me acompañase, salí en el tren de las siete de la mañana en el que iba también un crecido número de pasajeros.

La vía entra inmediatamente en la cuenca del río Chagres, cuyo cauce es por decirlo así la base principal de la excavación y en cuya embocadura trabajan ya las dragas con bastante éxito.

El terreno por donde el ferrocarril de desarrolla está formado por colinas de mediana elevación, cuya superficie está cubierta de una arcilla rojiza con bastante arena. El subsuelo y las rocas subyacentes varían mucho, siendo en algunas partes arcillas compactas blanquecinas o grises y en otras conglomerado arenisco de grano más o menos grueso, hasta llegar en algunas partes a la pudinga, o sea la roca que afecta la forma de una masa en que se hallasen incrustadas muchas almendras.

Al llegar a la primera estación, vi entre los pasajeros que allí se quedaban, o mejor dicho me reconoció antes que yo a él, uno de mis amigos de Bogotá, el General Buenaventura Correoso, representante en muchas legislaturas del Estado de Panamá en el Congreso de la Unión y Presidente en varias ocasiones del mismo Estado, que es el de su naturaleza. Apenas tuvimos tiempo para saludarnos y aplazar una entrevista en la ciudad de Panamá, que es su habitual residencia. Después supe que la estación

de Gatún, que así se llama la en que él se quedó, está fundada, como la población que allí se improvisa, en terrenos propios de dicho General y de los cuales saca hoy una cuantiosa renta.

La línea férrea, siguiendo la falda de la colina, divide a Gatún en dos partes: a la derecha y por el fondo del valle corre el río tranquila y mansamente, y a su orilla se levanta un pequeño grupo de chozas pajizas humildes y estrechas, de que hace su morada la gente pobre, casi toda de color, que se ocupa en varias faenas agrícolas, en la pesca y en los trabajos del Canal; en la falda de la colina y al lado opuesto, se ven distribuidas por escalones y sobre estacadas, que nivelan el suelo, lindas casitas de madera, en su mayor parte Norte-americanas, que forman un gran contraste con las miserables cabañas del fondo. Estas casitas están habitadas por los empleados de la gran empresa, y en todas ellas se ven las comodidades y el lujo refinado de la civilización, mientras que en las otras se ve por todas partes la escasez, el desamparo y la miseria.

La segunda estación es Lyon Hill, pueblecito pobre, rodeado por todas partes de ciénagas y del bosque primitivo, en el cual se ven algunas rozas con plataneras, yucas y algunos mangos.

Después se halla otra estación llamada Bohío, bellísimo pueblecito incipiente y en lugar ventilado y más sano. A la izquierda de la vía hay un corte vertical en la colina que pone al descubierto la estratificación de conglomerado arenisco.

Llegamos después a la estación de Buenavista, pueblecito pajizo también, cerca del cual se efectúan algunos trabajos en pequeño, pertenecientes a la excavación, donde circulan algunos carros de volquete, sobre carrileras improvisadas, arrojando el material al cauce del río.

Sigue luego la estación de Tabernilla, donde hay algunas casas de madera cubiertas de paja o de lata para albergar a los trabajadores. Allí hay algunos desmontes de mayor

extensión en que se cultiva el plátano, la yuca y otras plantas alimenticias, pero en cantidad apenas suficiente para una pequeñísima parte de la población que allí se aglomera. En aquel punto hay también algunos trabajos de excavación, aunque en pequeña escala.

La estación inmediata se llama San Pablo; la mayor parte de sus casas son de buenas proporciones y a la moderna; hay cultivos de mayor extensión sobre un terreno menos ondulado, y los trabajos del Canal tampoco son allí muy importantes.

En la estación de El Mamey, que es la que sigue, hay pocas casitas de paja y muchas de madera bien construidas. Al llegar allí, eran las ocho y media de la mañana y nos cruzamos con el tren de Panamá a Colón, compuesto de unos catorce vagones. Allí los trabajos de excavación no tenían tampoco una gran importancia.

De allí seguimos a la estación de Gorgona, donde entre algunas casitas de paja hay muchas al estilo moderno, levantadas sobre explanadas artificiales y sobre estacas o postes de ladrillo para evitar la humedad del suelo y las emanaciones palúdicas. En Gorgona son ya los trabajos del Canal de alguna mayor importancia; pero todavía parecen muy exiguos en proporción de la magnitud de la empresa.

En la estación de Matachín, que es la que sigue, nos cruzamos con un tren de mercancías, y salieron algunas negras a ofrecernos naranjas, plátanos y otras frutas, encontrando muy pocos compradores.

En esta estación y en las de Bajo y Alto Obispo, que son las que siguen, los trabajos son algo más considerables; pero todavía en tal desproporción con la excavación general, que me hacían el efecto de un pequeño hormiguero, queriendo transportar una colina de un lado a otro; llevando los materiales grano a grano de arena.

Llegamos por fin a la estación de Emperador, donde me proponía detenerme algunas horas, por estar allí lo más importante de los trabajos; y en efecto me desmonté en la

casa de un joven de color llamado Antonio Maestre, dependiente y socio de la Casa Comercial de Bauer y Bosco de Colón, que a él me había recomendado. El joven Maestre, a quien también conocía desde Bogotá, me recibió con mucho cariño y mandó preparar inmediatamente un opíparo almuerzo.

Por ser él mismo contratista de algunos pequeños trabajos de la obra, me acompañó en mi excursión; vimos en algunas partes perfectamente marcada la anchura del Canal; pero apenas desflorada la superficie del terreno. ¡Cuánto faltaba todavía hasta llegar a la profundidad que por allí debe tener la excavación, para que se comuniquen las aguas de un mar a otro!

En aquel punto hay como unos dos mil trabajadores, cinco excavadoras mecánicas de vapor y sesenta u ochenta carros de volquete arrastrados por tres locomotoras que conducen sin cesar los materiales arrancados a una distancia conveniente. El trabajo aquél es verdaderamente grande, prodigioso si se quiere; pero en comparación de la colina que hay que transportar, volviendo a mi símil, es la hormiga conduciendo el grano de arena.

Las rocas estratificadas que constituyen por decirlo así la osamenta de aquellas colinas y cerros, son principalmente capas de arcilla muy compactada por carbonatos de hierro o arenas cementadas por cal, sílice u óxido de hierro anhidro, cuando no por peróxidos de manganeso.

De la excavación principal tomé tres pequeños trozos de roca de diferente carácter, que procuraré conservar como un recuerdo de mi visita a la obra más importante que hasta hoy ha acometido la humanidad sobre el globo que la sustenta.

La mayor parte de los barrenos para despedazar la roca se abren mecánicamente, empleando en ellos dinamita; y como son tantos se oyen casi constantemente explosiones semejantes al cañoneo de una batalla.

Después de nuestra excursión volvimos a almorzar y a descansar un poco a la sombra, porque el calor era insoportable.

Emperador es uno de los lugares más poblados, por la posición central que ocupa en el istmo y por ser uno de los menos malsanos de aquella mortífera comarca. La mayor parte de sus habitantes está dedicada a los trabajos del Canal o al comercio de aquellos artículos más indispensables para la vida. Sobre todo los licores espirituosos se venden en cantidades enormes en proporción al número de habitantes; y como el que comercia lo único que procura es vender mucho para obtener grandes ganancias, nada le importa que los artículos estén averiados, que los licores sean el producto de una falsificación criminal, en que los aparatos químicos tienen más parte que la Naturaleza, y que resulte de todo ello un crecido número de enfermedades y de muertes, de que la justicia humana no se meterá a pedirle cuentas. En este comercio al por menor, en que se emplean muchos hijos del país y no pocos procedentes de las Antillas inglesas, francesas y españolas, sostienen ya una verdadera rivalidad los hijos del Celeste Imperio, que se van extendiendo por todas partes como las malas yerbas y que tienen una fuerza de expansión y de absorción irresistibles.

A las tres y media de la tarde me despedí de mi huésped y salí para Culebra, estación inmediata en que los trabajos son poco más o menos tan considerables como en Emperador.

De allí pasamos a río-grande-superior, que ofrece un paisaje sumamente pintoresco: a la izquierda hay un grupo considerable de cabañas que formaban la población primitiva; a la derecha casitas preciosas, unas ya habitadas y otras en construcción, que formarán con el tiempo una población elegante y cómoda.

Tanto en esta estación como en las dos que le siguen, los trabajos son menos activos y el aspecto de las cabañas más pobre. Al llegar a la estación del Corozal, el bosque primitivo se aleja, el horizonte por todas partes se ensancha y el suelo aparece cubierto de una pequeña gramínea capaz de alimentar algunos ganados y que podría

sustituirse por praderas artificiales apropiadas al clima, cuyos productos serían mucho mayores. Por allí se ven ya algunas rancherías habitadas por agricultores o ganaderos e indicios seguros de la proximidad de una población importante: en efecto, la ciudad de Panamá se encuentra ya a muy corta distancia.

Lo primero que se ve a la derecha y al pie de un cerro son los magníficos hospitales erigidos allí por la Compañía del Canal para asistir a los enfermos ricos o pobres, procedentes de sus trabajos. El tren había recogido algunos en el camino y conducidos en un vagón especial fueron inmediatamente llevados a donde podrían prestar algún alivio a sus dolencias o a depositar sus restos en el lugar destinado para las sepulturas humanas.

A las cuatro y media de la tarde llegamos a la estación de Panamá, y después de dejar nuestro equipaje en el hotel, fuimos en coche a dar un paseo extramuros a un lugar llamado Caledonia, donde habita la mayor parte de la gente pobre de la población, dispuesta siempre a tomar parte en los disturbios políticos y en las asonadas allí tan frecuentes. Entre aquellas casuchas de madera, en su mayor parte estrechas y desvencijadas, abunda mucho la gente de color y se ven por todas partes muchachos desnudos y mujeres harapientas, que ofenden a un mismo tiempo el pudor, la vista y el olfato. Por allí se ven también algunos cercados cubiertos de pasto artificial para el alimento de las caballerías de tiro, de silla y de carga que hay en la población, que no dejan de ser numerosas relativamente a su vecindario.

El aspecto de la ciudad es triste y melancólico; sus calles generalmente estrechas y sus casas tan altas que impiden la fácil circulación del aire y hacen su atmósfera más cálida aún, casi siempre malsana y a veces insoportable.

Como en toda población circuida por murallas y en que el terreno escasea, las habitaciones también son estrechas e incómodas; y hoy, que han cesado las causas que obligaban antes a tener encerradas ciertas poblaciones en recintos murados, la de Panamá está llamada a extenderse por fuera de sus murallas, sobre todo hacia la parte

del norte, donde se formará con el tiempo una población nueva más bella, más cómoda y sobre todo más higiénica que la actual, donde todo conspira contra la existencia del hombre.

La bahía tiene poco fondo, cerca de la costa, para buques de mucho calado, y éstos tienen que anclar a gran distancia del muelle con la incomodidad consiguiente del transporte de pasajeros y de mercancías.

Las pequeñas islas que se hallan al frente de la ciudad, picos de elevadas montañas en otros tiempos sumergidas y cerca de las cuales anclaban los buques de mayor calado, parecen inmóviles centinelas que velasen por la seguridad de la población, amenazada un tiempo por continuas invasiones piráticas. La principal de estas islas se llama Taboga y cerca de ella hay otras menos importantes, como Perico, Otoque y Flamenco.

SÁBADO 26 DE ENERO

Me levanté muy temprano para dar un paseo por la población, antes de que el sol molestase mucho, y recorrí la mayor parte de sus murallas, hoy derruidas y en el más completo abandono. Después visité las oficinas de correos, que es uno de los establecimientos más importantes, porque allí toca y se distribuye correspondencia para todo el mundo, y al frente del cual se halla uno de los primeros amigos que tuve en Colombia, el Señor Don Gregorio Obregón, ex Secretario de Fomento, y persona de inteligencia, actividad y probidad poco comunes. Este señor me ofreció presentarme a Monseñor Paul, Obispo de la diócesis, a quien deseaba mucho conocer y tratar por la merecida fama de su ilustración y de sus virtudes, y por ser hermano de uno de mis amigos más estimados de la capital, que me había hablado de él muchas veces.

Fuera de las primeras horas de la mañana, no es posible caminar a pie por la población ni fuera de ella sin ser sofocado por el calor y el polvo; y aunque en coche sucede poco más o menos por la poca fuerza de los caballos y la mala disposición de los vehículos, siempre se evita el cansancio, que es la mayor de las mortificaciones.

Para concluir mi excursión tomé un coche, de que me serví hasta el mediodía, y a esa hora regresé al hotel para no salir hasta la tarde.

Ya cerca del oscurecer un amigo tuvo la bondad de presentarme un caballero español, Don Manuel García del Barrio, natural de Reinosa y uno de esos castellanos viejos que llevan la franqueza y la honradez pintadas en su fisonomía y que no olvidan jamás ni el acento que los distingue ni el amor ni el respeto que deben a la patria. El señor Barrio, que lleva 30 años de residencia en Panamá, es un mentís perpetuo a los que hablan de lo enfermizo de aquel clima: su rostro teñido del mismo color que si estuviera en las montañas de su nativo suelo; su robustez rara en los individuos que permanecen por mucho tiempo bajo la acción de los calores tropicales y por último su agilidad, superior a lo que pudiera esperarse de su edad avanzada, todo indica que hay en su naturaleza algo de refractario a lo enervante de aquel clima, que no ha podido hacer mella en él al cabo de tanto tiempo.

DOMINGO 27 DE ENERO

Desde temprano espero la llegada del señor Obregón para ir juntos a hacer la visita al señor Obispo, que aquél le tiene ya anunciada. En mis habitaciones hay un gran balcón que da a la calle principal, y desde él se ven a corta distancia las torres gemelas de la Catedral, cuyas cúspides están adornadas por caracoles marinos incrustados en la argamasa, y que heridos por los rayos del sol brillan como si fueran otros tantos espejos. Aquel punto de vista domina una gran parte de la ciudad y se ven los tejados ennegrecidos por las brisas del mar y alguna que otra azotea, pero sin las macetas de flores que tanto adornan las de las poblaciones meridionales de mi patria.

Durante la mañana y toda la noche anterior los hijos del Celeste Imperio, en celebración de su año nuevo, no han cesado de quemar triquitraques, en lo cual parece que se asemejan a nosotros, que no tenemos fiesta popular, religiosa o profana que no se celebre con cohetes.

Hace algunos días que en Panamá han ocurrido diferentes casos de fiebre amarilla terminados casi todos por la muerte. Entre los atacados están franceses en mayoría: unos lo atribuyen a su temperamento, otros a que no modifican aquí sus costumbres, según las exigencias del clima y otros al uso inmoderado del hielo en todas las bebidas y a todas horas; en pocos días han muerto varias personas de posición pertenecientes a las familias de los principales empleados en las obras del Canal, y esto ha alarmado la población no sin motivo.

Poco después del mediodía he ido con el señor Obregón a la visita del señor Obispo de Panamá que nos estaba aguardando.

El palacio episcopal, si tal nombre puede dársele, es una casa sencilla y modesta, y en ella se advierte más que el lujo un escrupuloso esmero en la limpieza y en la sencillez del mueblaje y de los adornos. Monseñor Paul nos recibió como si fuésemos antiguos amigos; pero aquella franqueza característica del prelado está tan lejos de la bajeza y del orgullo y tiene toda la atracción y despierta todas las simpatías imaginables, porque al través de ella se ve el corazón bondadoso y el amor verdaderamente paternal y evangélico de aquella alma candorosa y pura. El Obispo de Panamá no es hipócrita, porque aquel candor no se finge, y un hombre de su posición y de su talento ni desciende jamás una línea de la dignidad que le corresponde, ni se levanta tampoco una línea más de lo que le prescribe la doctrina de su Maestro.

Después de conversar con él sobre varios asuntos de interés local y de oírle expresarse en todo con ideas y sentimientos altamente humanitarios y liberales, nos despedimos del ilustre prelado que con razón ha sabido granjearse el amor y el respeto de todas las clases de la sociedad, aun de aquellos mismos que no profesan la religión católica.

Por la tarde fuimos a pasear con el señor Obregón por una explanada que hay sobre la muralla del mar, donde se reúne casi todas las tardes la gente desocupada de la

población a dar vueltas de un lado a otro, donde apenas se cabe de pie, con pretexto de hacer ejercicio y a oír algunas piezas que toca una banda militar, no sabemos si de las fuerzas nacionales o del Estado. La tropa de este último es una exhibición vergonzosa de la desidia y de la miseria. Aquellos pobres soberanos, hijos del pueblo, soberano también, que en ejercicio de su soberanía son arrancados violentamente de sus ocupaciones habituales para empuñar un fusil y hacer la vida vagabunda y desmoralizadora de los cuarteles, lejos de llevar uniforme, van vestidos cada cual a su manera, a veces con la chaqueta o el pantalón rotos y sucios, viéndoseles las carnes por todos lados; lo cual provoca generalmente la risa, particularmente de los extranjeros, y hace formar muy mala idea de la administración del Estado.

LUNES 28 DE ENERO

Esperando encontrar ya en Colón el vapor Pasajes de la Compañía Trasatlántica Española, salí en el segundo tren, y apenas tuve tiempo para tomar mi billete y enviar mi equipaje a bordo. Gracias a las atenciones del señor Céspedes, consignatario del buque, que me recomendó al capitán del mismo con mucha eficacia y a los señores Baur y Bosco, que emplearon sus criados en mi servicio, pude embarcarme poco después de oscurecer, no sin graves inconvenientes, sobre todo para mi equipaje, que entró revuelto con el de 460 pasajeros de proa que iban para Cartagena a gastarse en las célebres fiestas de la Candelaria cuanto habían podido ahorrar con su trabajo de jornaleros.

MARTES 29 DE ENERO

El Pasajes salió de Colón a las ocho y media de la mañana, con una brisa bastante fuerte que arreció por la tarde y se convirtió durante la noche en brisote huracanado. El mareo fue general y los numerosos pasajeros de proa que iban sobre cubierta hicieron del buque una verdadera sentina. Afortunadamente, el trayecto era corto; pues de lo contrario, hubiera sido de temer el desarrollo de un tifus, según la atmósfera nauseabunda en que el buque se hallaba envuelto.

MIÉRCOLES 30 DE ENERO

En este día fue menos duro el brisote, sin dejar de ser fuerte y siempre contrario, razón por la cual no pudimos llegar frente de Cartagena hasta bien entrada la noche. Anclamos a la entrada de Boca-grande y esperamos hasta la mañana siguiente para penetrar en el puerto.

JUEVES 31 DE ENERO

Al amanecer hicimos rumbo hacia Bocachica; vino el práctico a bordo y entramos sin dificultad hasta dar fondo en la bahía.

Si grande había sido la barahúnda para entrar en el buque los pasajeros de proa con sus equipajes, no lo fue menos para la salida. A pesar del cuidado de los empleados del buque y de ir mi equipaje todo bien rotulado, salió entre los baúles uno mío pequeño, pero precisamente el más interesante para mí, pues llevaba todos mis papeles de alguna importancia, mis trabajos literarios y los dibujos de todas mis expediciones. Inmediatamente que lo eché de menos, salí a dar aviso en la aduana, y gracias al jefe del resguardo, que se tomó un vivo interés, el baúl fue encontrado en el muelle sin falta ni deterioro alguno.

Aquella tarde entraron a bordo el nuevo ministro de Colombia en París, Doctor Don Francisco de Paula Mateus, con el cual y toda su familia había yo tenido muy buenas relaciones, y la familia de un desgraciado actor dramático español, de apellido Carmona, asesinado cobardemente en una de las poblaciones del interior, mientras se hallaba trabajando en la escena. Esta pobre familia, que había podido llegar a la costa con los mayores trabajos, era trasladada gratuitamente por mediación del Cónsul español, hasta Puerto-cabello, donde se proponía ingresar en una compañía de actores que allí se estaba organizando.

Aunque aquella noche era de gran fiesta en la ciudad, sobre todo en la Popa, no quisimos saltar a tierra; porque lo que principalmente caracteriza estas diversiones entre las clases del pueblo, es la embriaguez, bajo cuyo influjo no hay desmán que no se cometa.

VIERNES 1o. DE FEBRERO

Salimos del puerto poco después de amanecer con una brisa ligera, que se aumentó mucho desde que llegamos al frente de Galera Zamba. Desde allí en adelante volvieron a molestarnos mucho los brisotes de proa y el grueso oleaje, que el buque dominaba con facilidad por sus buenas condiciones marineras.

A las cinco de la tarde llegamos a Sabanilla, donde se quedaron el Doctor Mateus completamente mareado y algunos otros pasajeros. Al anochecer nos volvimos a hacer a la mar y encontramos de nuevo los brisotes duros y gran marejada, sobre todo al enfrentar con las Bocas de Ceniza.

SÁBADO 2 DE FEBRERO

El tiempo mejoró un poco. Divisamos de lejos las costas de la Goajira, peligrosas para los navegantes, que echan de menos un faro en Punta-gallinas, que los pudiese guiar en aquellos mares. La noche fue más tranquila que las anteriores y por ser el día de mi cumpleaños el capitán y los oficiales me obsequiaron mucho.

DOMINGO 3 DE FEBRERO

Continuamos nuestra navegación con vientos menos duros. Al medio día dejamos al este los tres picos de una montaña sumergida denominados los Monjes, y cerca de ellos una barca de pescadores, que se balanceaba sobre las olas del mar todavía bastante agitado, sin que sus impertérritos tripulantes diesen muestra de temer el menor peligro. Por la tarde vimos al noreste la isla de Aruba y al suroeste la punta de

San Román, entre las cuales navegábamos por un canal que tendrá como diez millas de anchura.

LUNES 4 DE FEBRERO

Desde muy temprano empezamos a divisar las costas de Venezuela. Al medio día nos hallábamos frente a la punta Tutacas, donde principia el golfo triste y distábamos ya sólo 24 millas de Puerto-cabello.

A las tres y media entramos en la bahía, cuyas fortificaciones están completamente arruinadas y el muelle en lamentable deterioro. Alrededor de la bahía hay verdes islotes cubiertos de mangles y plantas acuáticas, y en los cerros que se levantan al redor de la población se ven algunos castillos antiguos derruidos y alguna que otra casita de campo; pero el aspecto general es triste, la vegetación espontánea uniforme y poco vigorosa, y la ciudad encerrada entre el mar y los elevados cerros que la rodean, parece condenada a sufrir el calor y la sed en aquel ahogado recinto.

Aunque era poco el tiempo de que podíamos disponer, bajamos no obstante algunos pasajeros a dar un paseo por la ciudad, cuyos habitantes, a pesar de lo estéril del terreno, mantienen en la orilla del mar un jardín público bastante bien cultivado con diferentes plantas tropicales. Las calles por lo general son rectas; las principales bastante anchas y muy estrechas las transversales; las primeras tienen todas la dirección norte sur y las segundas las cortan en ángulo recto. Entre sus casas hay muchas de dos pisos, que parecen cómodas y espaciosas y están construidas con buen gusto. Hay muy buenos almacenes de comercio, en su mayor parte alemanes, que son los que poco a poco se van apoderando de este ramo en una gran parte de la América del Sur y no pequeña de la del Norte. El alemán, sobrio, trabajador y ordinariamente flemático, tiene todas las condiciones para sobreponerse a los individuos de raza latina, en esa lucha en que las mejores armas son la constancia y la paciencia.

Al llegar a bordo observamos que la suspicacia del Gobierno no permitía a los habitantes del país entrar en ningún buque sin licencia especial para ello; pero los venezolanos, antes tan belicosos, se hallan hoy sometidos a un poder personal, que abusa de su fuerza, aunque tal vez menos de lo que suelen abusar las masas desbordadas, cuando se adueñan de un país; que ha sido el estado normal de aquella república por espacio de muchos años.

Al llegar al muelle nos asedió una multitud de vendedores de aves tropicales de diferentes especies y monos de distintos tamaños y colores, de los cuales suelen hacer allí una gran extracción para Europa.

Aquella misma tarde nos retiramos hacia la entrada de la bahía, para poder salir durante la noche.

MARTES 5 DE FEBRERO

Al amanecer estábamos ya a la vista de La Guaira. La costa es por allí generalmente escarpada; en algunos vallecitos se ven pequeñas poblaciones rodeadas de cocales y algún cultivo de caña de azúcar; por lo demás, los cerros tienen un aspecto análogo a los que rodean a Puerto-Cabello; el mismo color rojizo de la tierra, la misma vegetación arbórea y arbústica y la misma estrechez en la playa. La bahía es muy extensa, desabrigada y con muy poco fondo. La población de la Guaira ocupa la falda de un cerro bastante empinado, por no tener otro lugar en que desarrollarse; las calles suben por escalones, y a cierta distancia se asemejan a las que hacen de juguete para los niños en cierta época del año y les dan el nombre de Nacimientos, por conmemorar en algunos de sus accidentes el portal de Belén en que vino al mundo Jesucristo.

Desde la Guaira a Caracas se ha construido recientemente una línea férrea que se halla en explotación, y ha habido que vencer para establecerla todo género de dificultades. La línea se desarrolla por la falda de empinados cerros, teniendo que describir a veces

curvas de muy corto radio, y al fin se ve triunfar la ciencia de todos los obstáculos que la Naturaleza le opone.

Como el buque no se detuvo en la bahía sino algunas horas para cargar cacao y café, que ya estaban en disposición de transportarse a bordo, me fue imposible realizar mi proyectado viaje a Caracas, como lo había ofrecido a algunos amigos.

Concluida la carga del vapor, levamos anclas durante la noche e hicimos rumbo hacia Puerto Rico.

MIÉRCOLES 6 DE FEBRERO

El tiempo abonanzó completamente; calmáronse las olas y parecía que el vapor se deslizaba sobre un inmóvil y extenso lago. A las ocho de la mañana pasamos a la vista de la isla Orchila, deshabitada y estéril; a eso de las diez dejamos al oeste. Los Roques, promontorios aislados que se veían a larga distancia coronados de blancas nubes e iluminados por el sol de la mañana. Vuelve a refrescar la brisa, pero no molesta. Al anochecer nos rodean grandes bandadas de gaviotas, algunas de las cuales pasan la noche posadas en las jarcias.

JUEVES 7 DE FEBRERO

Sigue el buen tiempo. Navegamos con mar tranquilo todo el día y al anochecer llegamos a la vista de Ponce. No pudiendo entrar a aquella hora en el puerto, nos mantuvimos a la capa hasta que amaneciese.

VIERNES 8 DE FEBRERO

Apenas fue de día, hicimos rumbo al puerto, dejando al este un islote que por su forma particular tiene alguna semejanza con la caja de un muerto, que es el nombre con que se le designa. Al entrar en bahía pasamos junto a la arboladura del vapor inglés

Tasmanian, sumergido allí hace más de cinco años, y cuyos palos resisten todavía a la acción continua del viento, del oleaje y demás elementos de destrucción porque se hallan combatidos. En el puerto había muchos buques que, como en Colón, parecían una población flotante.

La ciudad de Ponce, bautizada con el nombre de uno de los principales colonizadores de la isla, que lo fue también del territorio de la Florida, arrastrado en su vejez por la ilusión placentera de encontrar allí la maravillosa fuente de Juvencio, se halla rodeada de colinas que sirven de estribo a un ramal de la pequeña cordillera que atraviesa toda la isla. A derecha e izquierda de la entrada del puerto hay algunos islotes cubiertos de mangles y una isleta habitada que lleva el nombre de Cayo-ratones. En la playa se ven algunos cocales, y alrededor del muelle algunos edificios de forma regular y aspecto agradable, entre los cuales descuellan la aduana y la capitanía del puerto. Los demás en su mayor parte son almacenes de distintos artículos para la exportación y para el consumo.

Aunque hay señales de haber existido un tranvía, no se halla hoy en explotación y tuvimos que tomar un coche para trasladarnos a la ciudad. El camino es bastante bueno y se recorre en media hora. A un lado y otro hay muchas casitas de madera levantadas sobre estacas o postes de ladrillos. En los bordes de la vía hay muchas acacias y otras mimosas, mangos, palmeras de varias clases, chicalás, cipreses horizontales y piramidales, grandes retamos y rojos de Cayena, que no sólo dan sombra a los transeúntes, sino que alegran la vista con sus flores y embalsaman el ambiente con sus aromas.

La población tiene el aspecto de limpieza y elegancia de que carecen por lo general las poblaciones antiguas. Las calles, medianamente anchas, están bien pavimentadas con el piso de grava en forma convexa, y las aceras, de losas anchas o de cemento romano, son cómodas y espaciosas. Las casas, en su mayor parte de madera y construidas a la americana, son de bella apariencia y tienen toda la ventilación que exige lo ardoroso del clima. Sus paseos públicos son risueños y alegres; donde el espacio lo permite hay

árboles que dan agradable sombra, y todo previene en favor de la cultura de sus habitantes. El templo católico es espacioso pero con adornos abigarrados y de mal gusto. Había en él orando sólo una mujer negra y vieja, lo cual no da una alta idea de la devoción del vecindario, sin embargo de ser la hora en que en otras poblaciones están los templos más concurridos. Los almacenes de comercio son grandes y numerosos; el teatro, aunque no muy grande, está construido con gusto, tiene suficiente ventilación, una portada monumental, dos órdenes de palcos, buen patio con sillas ligeras y una extensa galería.

En uno de los extremos de la población hay un buen establecimiento de caridad en un excelente edificio debido a la filantropía de un señor Tricoche, cuyo nombre está inscrito en la portada.

En Ponce se publican diariamente tres o cuatro periódicos; hay bastantes establecimientos de instrucción, un buen mercado cubierto, y en sus alrededores ingenios de azúcar, fábrica de gas, sierras mecánicas, fundiciones y herrerías, fábrica de hielo artificial y cuanto da indicio de una población bien administrada y amante del progreso.

El cultivo de la caña es todavía allí empírico; la cuestión de abonos está muy descuidada por los agricultores, sin embargo de ser ella la principal fuente de productos; pues los residuos de la caña se ven abandonados por el suelo y no se utilizan como debieran.

La temperatura no es allí excesivamente calorosa; las gentes de color no abundan tanto como en la capital, y todo indica que Ponce está llamado a ser, si no la primera, una de las más importantes poblaciones de Puerto Rico.

Al medio día regresamos a bordo, después de almorzar en un buen hotel, donde fuimos perfectamente servidos, y a las tres de la tarde salimos del puerto y fuimos costeano la isla por el lado de Occidente, sin perder de vista la costa.

Al oscurecer doblamos el cabo Rojo; cayeron algunos chubascos, que en tierra fue muy abundante lluvia, y a las diez y media de la noche pasamos junto al peñón Desecheo, dejándolo a babor, desde cuya hora empezó a refrescar la brisa y a presentarse la mar picada y gruesa.

Al amanecer navegábamos al frente de la costa norte de la isla, que a veces avanza en tendida playa y a veces se ve con cortes abruptos y grandes rompientes. Cerca de ella se divisan montículos redondeados por la acción de las aguas o por los agentes de disgregación, colinas cubiertas de cactus y arbustos, y valles en cuyo fondo se alza la selva gigantesca. Por último divisamos el Yunque o la Cabeza de San Juan, que es la cumbre más elevada de la sierra de Luquillo, a donde subí catorce años antes, como dejo anotado en mis apuntes de aquella época.

SÁBADO 9 DE FEBRERO

A las ocho de la mañana anclamos en el puerto. Poco más tarde bajé a la población, donde ya no encontré la mayor parte de las personas que tan grata me hicieron en otro tiempo mi permanencia en la isla. Muchos la habían dejado para trasladarse a otros lugares; otros para el gran viaje de la eternidad de que ninguno regresa.

Por no haber llegado aún el vapor Coruña, a cuyo bordo habíamos de continuar nuestro viaje a España, nos detuvimos todo aquel día, que fue para mí de grandes recuerdos y de tristes y amargas reflexiones.

DOMINGO 10 DE FEBRERO

Al fin entró el Coruña, que venía retrasado por las brisas de proa. A las tres de la tarde me trasladé a su bordo, a donde me acompañaron algunos oficiales del Pasajes, que continuaba para Cuba. Allí estaba también el vapor Villaverde que volvía para Colón

por la misma escala del Pasajes y en el que tuve el gusto de saludar a algunos amigos que volvían de Europa para Colombia.

DEL LUNES 11 AL LUNES 25 DE FEBRERO

A las ocho de la mañana dejamos la bahía de Puerto Rico e hicimos rumbo al noreste.

Aunque el vapor Coruña es un buque algo viejo y de no mucho andar, ofrecía la ventaja de su solidez y de estar ya muy probado en largas y continuas navegaciones. En él encontré yo la sociedad agradable de mis compatriotas: la gravedad del castellano, la ruda franqueza del aragonés, la amable ligereza del valenciano y la locuacidad alegre y simpática de mis paisanos andaluces. Los brisotes fueron casi siempre molestos y duros; el domingo 17 no hubo misa a bordo por causa del oleaje, y aquel mismo día vimos pasar flotando por babor y estribor muchas tablas y algunos restos al parecer de un buque naufrago. Aquella noche fue arrojado al mar con las ceremonias de costumbre el cadáver de uno de los pasajeros, que encontró el fin de su existencia donde él colocó tal vez el principio de sus esperanzas.

El lunes 25, a los 15 días de navegación, divisamos hacia el noreste, a eso de las 8 de la mañana, la sierra Monchique velada entre la bruma; dos horas después nos hallábamos cerca del cabo San Vicente, cuyas costas escarpadas y de terreno rojizo han presenciado en sus aguas tantos y tan tremendos desastres. En poco tiempo vimos cruzar cerca de nosotros muchos vapores y buques de vela en direcciones distintas, innumerables parejas de lanchas pescadoras y barcos salineros, que sólo con grandes precauciones pueden cruzar sin peligro aquellas aguas tan frecuentadas, durante la oscuridad de la noche.

Al volver a ver, al cabo de tanto tiempo, el suelo patrio, porque el portugués no es extraño para nosotros, se experimenta en el alma un goce íntimo imposible de describir y más imposible de comprender para los que no han dejado jamás el dulce regazo de la madre patria, el aire que ha ensanchado cuando niños nuestros pulmones

y el suelo que ha sustentado nuestra planta, el hogar que nos ha dado calor y abrigo, y la familia, parte de nuestra propia existencia.

Al pasear la vista por la extensa planicie ligeramente ondulada del suelo Lusitano, donde crecen la vid y el olivo como en nuestras comarcas andaluzas; al ver brillar las numerosas casitas blancas con los rayos de un sol espléndido, y sin un celaje en la atmósfera; viendo alrededor de nuestro buque inmensas bandadas de patos, que salpicaban la superficie del mar como copos de algodón flotantes; al ver saltar a uno y otro lado innumerables grupos de alegres delfines, que parecían animarse con los gritos de la tripulación y de los pasajeros asomados al costado del buque, y al ver por último el valle por donde penetra en el mar el Guadiana, después de haber abierto un cauce subterráneo de siete leguas por debajo de la serranía, y divisado la playa donde el gigante Genovés armó sus carabelas, para dar a España con su prodigioso descubrimiento tanta gloria como ilusiones desvanecidas, y realidades amargas, y a su propio nombre fama imperecedera, mientras la envidia ligaba con cadenas sus pies y cubría su corazón de inconsolable luto, fueron tantas y tan contradictorias mis sensaciones y acudieron a mi imaginación en confuso tropel ideas tan distintas, que por algún tiempo permanecí como anonadado, sin poder darme cuenta de lo que sentía ni de lo que pensaba.

Por habernos sobrecogido la noche antes de llegar a Cádiz, tuvimos que esperar al siguiente día, navegando corto a alguna distancia.

MARTES 26 DE FEBRERO

Al amanecer entramos en la bahía, donde nos despedimos de los oficiales de a bordo y de los pasajeros que nos habían acompañado. El frío de la estación me había impresionado mucho y me encontraba algo indispuerto, razón por la cual, tan pronto como salté en tierra, resolví descansar sólo algunas horas y trasladarme a Sevilla en el tren de la tarde.

Las campiñas de Jerez y de Utrera volvieron a recordarme los bellos días de mi juventud, los campos de Dos-hermanos y de Sevilla, aunque velados ya por la sombra de la noche, ofrecían a mi imaginación todos los detalles, que mis ojos no podían ver, pero que en mi interior adivinaba.

Descansé en el hotel aquella noche, y por la mañana encontré a uno de mis hermanos y a varios sobrinos, desconocidos todos para mí, porque los había dejado en la infancia y los encontraba ya hombres, y todos juntos fuimos a sorprender a mi buena madre, y al regazo de la familia, que, aunque sabían mi próxima llegada, ignoraban el día que debiera verificarse.

Entre otras cosas llamaron mi atención la vía férrea que hoy pone en contacto inmediato la capital con mi pueblo nativo y los grandes progresos que en él se advierten.

Al llegar a mi antiguo hogar y al sentir humedecidas mis mejillas por las lágrimas de mi anciana madre a quien estrechaba contra mi corazón y verme rodeado de mi numerosa familia.... lo que sentí que no hay palabra humana que pueda expresarlo.

Por lo demás, puedo decir que me encontraba como extranjero en mi propia patria. De mis contemporáneos quedaban ya muy pocos. Sus hijos y sus nietos acudían a visitarme y a algunos de ellos conocí por la fisonomía, que conservaba rasgos característicos de sus progenitores. Las casas y las calles tenían ya diferente aspecto; el traje popular de hombres y mujeres se había transformado y representaba ya otros tipos y otras costumbres; sólo el ambiente perfumado y puro, el olor al tomillo y al cantueso, quemados en los hornos de pan, constantemente encendidos, daba a la atmósfera cierto perfume agradable familiar a mi olfato. Al tender la vista sobre una de las colinas que dominan la población hacia el norte veíanse semiveladas por el follaje de los olivos las blancas tapias del cementerio donde reposan las cenizas de mis abuelos y de mi padre, y donde espero que reposarán las mías.

¡Bendito sea Dios, que me ha dejado llegar a donde vi la primera luz después de haber visitado en ambos continentes las portentosas obras que han brotado de su poder y que hacen al hombre amar, creer y esperar, que es su destino sobre la tierra!.